

Siria

Ignacio Álvarez-Ossorio

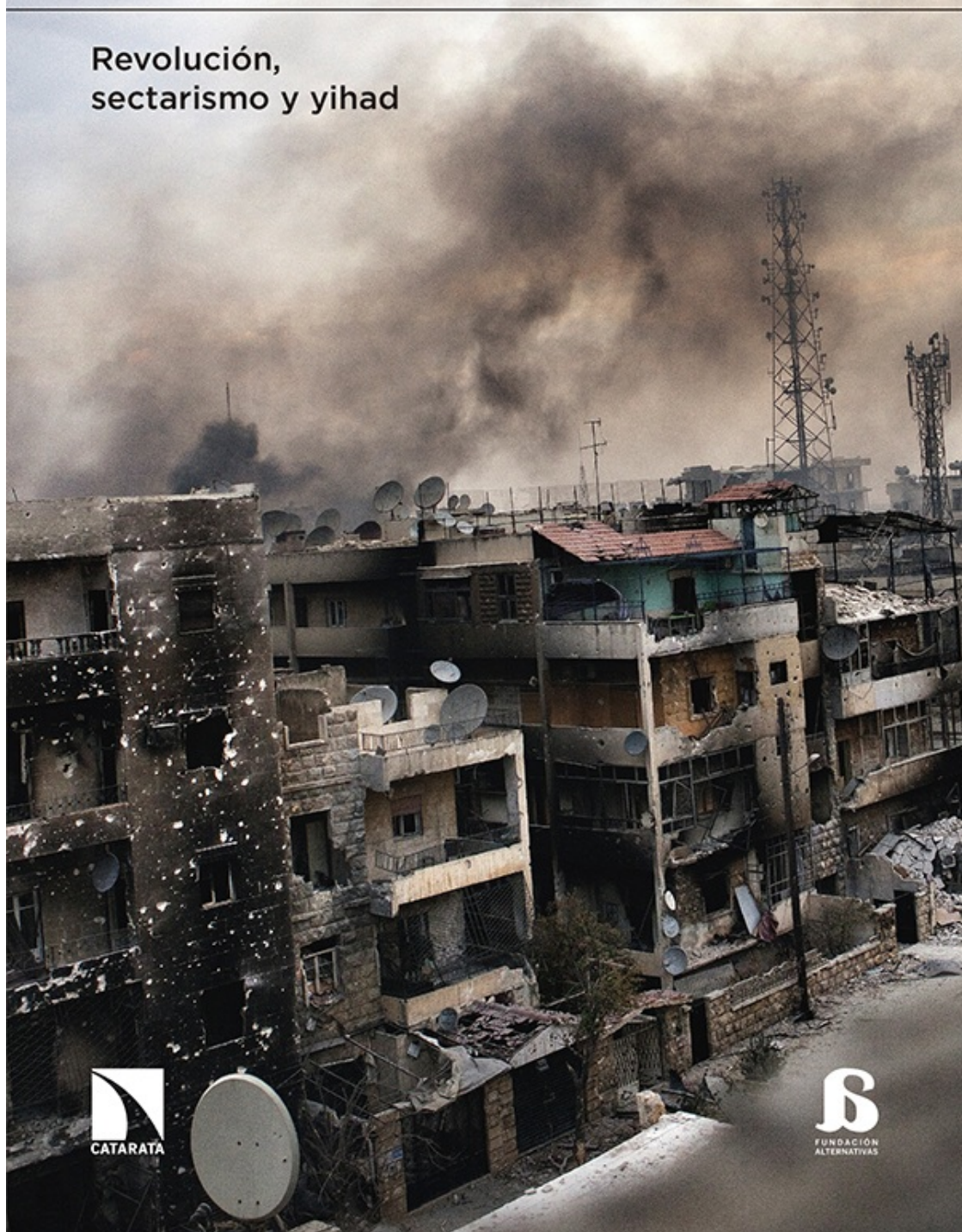
Revolución,
sectarismo y yihad



Siria

Ignacio Álvarez-Ossorio

Revolución,
sectarismo y yihad





Ignacio Álvarez-Ossorio

Siria

REVOLUCIÓN, SECTARISMO Y YIHAD



COLECCIÓN ALTERNATIVAS

LA EDICIÓN DE ESTE LIBRO HA CONTADO CON FINANCIACIÓN DEL PROYECTO DE I+D+I LAS REVUELTAS ÁRABES: ACTORES POLÍTICOS EMERGENTES Y RECONFIGURACIÓN DE LA ESFERA PÚBLICA EN EL NORTE DE ÁFRICA Y ORIENTE MEDIO (CSO2012-37779), SUBVENCIONADO POR EL MINISTERIO DE ECONOMÍA Y COMPETITIVIDAD



ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: © MAYSUN © IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO, 2016

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2016
FUENCARRAL, 70

28004 Madrid

TEL. 91 532 20 77
FAX. 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

SIRIA.

REVOLUCIÓN, SECTARISMO Y YIHAD

ISBN: 978-84-9097-235-9

E-ISBN: 978-84-9097-277-9

DEPÓSITO LEGAL: M-37.703-2016

IBIC: 1FBS/JPWS/HRAM9

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

Siglas

ACNUR Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados CCG Consejo de Cooperación de Golfo

CCL Comités de Coordinación Locales

CNK Consejo Nacional Kurdo

CNCCD Comité Nacional para la Coordinación del Cambio Democrático CNS Consejo Nacional Sirio

CNFROS Coalición Nacional de Fuerzas de la Revolución y la Oposición Sirias EII Estado Islámico en Irak

ELS Ejército Libre Sirio

FDS Fuerzas Democráticas Sirias

HH MM Hermanos Musulmanes

ISIS Estado Islámico en Irak y Siria

OLP Organización para la Liberación de Palestina PDK Partido Democrático del Kurdistan

PKK Partido de los Trabajadores del Kurdistan PNUD Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas PYD

Partido de la Unión Democrática

YPG Unidades de Protección Popular

Presentación

“Yo o el caos”. Este es el mensaje que el presidente Bashar al-Asad ha lanzado una y otra vez desde el inicio de la revolución siria en marzo de 2011, cuando cientos de miles de personas desafiaron al régimen tomando calles y plazas para demandar, de manera pacífica, libertades y reformas, al igual que había ocurrido previamente en Túnez, Egipto, Libia, Yemen o Bahreín. Al contrario que en otros países, estas movilizaciones no propiciaron un cambio político. Más bien ocurrió todo lo contrario, puesto que el régimen reprimió con extrema dureza las marchas populares y recurrió al sectarismo para enfrentar a los diferentes componentes de la sociedad siria. El “conmigo o contra mí” se convirtió en la máxima de Bashar al-Asad, que no dudó en dividir a la población manipulando su heterogeneidad confesional con la intención de mantenerse en el poder.

Lo que empezó siendo una revolución popular se convirtió en unos meses en una confrontación civil a gran escala. La intensificación de la represión llevó a la oposición a recurrir a las armas para defender las poblaciones alzadas. Tras la muerte de centenares de manifestantes, la revolución siria se militarizó. En un primer momento, el Ejército Libre Sirio (ELS) abanderó las diferentes milicias armadas que surgieron en buena parte del territorio, aunque a partir de 2012 se vio obligado a compartir el protagonismo con las distintas facciones islamistas que ganaron terreno gracias al generoso patrocinio que obtuvieron de las petromonarquías del golfo Pérsico.

A medida que la autoridad del régimen se desmoronaba, Bashar al-Asad adoptó métodos cada vez más expeditivos para tratar de frenar el avance rebelde. Las matanzas se generalizaron, así como el empleo de misiles balísticos, barriles explosivos e, incluso, armas químicas para castigar a las poblaciones alzadas. El régimen también recurrió a los castigos colectivos mediante la imposición de asedios en los que se impedía el acceso de alimentos, medicinas y ayuda humanitaria con el propósito de doblegar su resistencia. Esta estrategia de tierra quemada tuvo un elevado coste en términos humanos y provocó un masivo éxodo de la población civil.

Hoy en día, la situación está fuera de todo control y Siria ha quedado dividida

entre el régimen, las facciones rebeldes, los *peshmerga* kurdos y los grupos yihadistas, que han aprovechado el vacío de poder y el caos imperante para irrumpir en el país. Lo más preocupante es que no existe razón alguna para pensar que la tempestad vaya a amainar en el corto plazo, dados los planteamientos irreconciliables de los contendientes. Mientras que Bashar al-Asad tacha de terrorista a todo aquel que se opone a su cruento régimen, los insurgentes interpretan que el todavía presidente debería ser juzgado por los crímenes de guerra y de lesa humanidad perpetrados por su ejército y sus servicios de seguridad.

La indiferencia occidental ante el descenso a los infiernos de Siria abrió el camino a las potencias regionales. En la actualidad, Irán y Arabia Saudí, conscientes de que Siria es la llave para extender su influencia en el conjunto de Oriente Próximo, están librando una guerra por la hegemonía regional a través de actores interpuestos. Irán interpreta que la supervivencia de Bashar al-Asad es prácticamente un asunto de seguridad nacional y que su caída debilitaría al Hezbollah libanés. Arabia Saudí considera, por su parte, que debe recuperar el terreno perdido en la región desde 2003, cuando la invasión norteamericana de Irak entregó las llaves de Bagdad a Irán. También otros actores regionales, como Turquía y Qatar, intervienen activamente en Siria financiando diversos grupos armados que compiten entre sí para ganarse el respaldo de sus patrocinadores.

A medida que los insurgentes se hicieron más poderosos y conquistaron mayores porciones de territorio, el régimen pasó a depender cada vez más de sus aliados. En un principio, Rusia proporcionó cobertura diplomática y respaldo militar a Bashar al-Asad, resucitando una alianza nacida en plena Guerra Fría. El avance rebelde hacia la costa mediterránea en verano de 2015 encendió todas las alarmas y provocó la intervención militar rusa, que permitió recuperar parte del terreno perdido por el régimen.

Además de este sólido respaldo ruso-iraní, otra de las razones que explican la resiliencia de Bashar al-Asad es la incapacidad de los diferentes grupos opositores de articular un frente unido. Las plataformas opositoras, como el Congreso Nacional Sirio (CNS) o la Coalición Nacional de Fuerzas de la Revolución y la Oposición Sirias (CNFROS), disponen de escasa credibilidad en el interior del país y han quedado bajo la tutela qatari o saudí, dos fuerzas que no simpatizan precisamente con los principios revolucionarios que desataron el levantamiento popular. El ELS ha ido perdiendo protagonismo, mientras que las milicias salafistas de Ahrar al-Sham y el Ejército del Islam han ganado peso gracias al respaldo de las petromonarquías del golfo Pérsico. También Estados

Unidos ha intentado contar con sus propios peones en el tablero sirio y ha financiado a diferentes grupos armados como las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS), una heterogénea coalición liderada por los *peshmerga* kurdos.

Esta caótica situación ha convertido a Siria en un polo de atracción para los yihadistas internacionales. El desmoronamiento del régimen y el vacío político resultante han permitido la irrupción de dos fuerzas yihadistas emparentadas con al-Qaeda: el Frente al-Nusra (que en julio de 2016 pasó a denominarse el Frente de la Victoria del Levante), netamente sirio, y el autodenominado Estado Islámico en Irak y Siria (más conocido por sus siglas en inglés ISIS), integrado por yihadistas internacionales. Su agenda sectaria supone una grave amenaza para las minorías religiosas y étnicas, que representan una tercera parte de la población.

La irrupción del ISIS fue aprovechada por las potencias internacionales para intervenir en Siria. En el verano de 2014, Estados Unidos se puso al frente de una coalición internacional que golpeó las posiciones del grupo terrorista tanto en Irak como en Siria. Rusia también utilizó el mismo pretexto para justificar su intervención en otoño de 2015, aunque pronto se evidenció que su objetivo no era otro que apuntalar un régimen en horas bajas. En ambos casos, los intereses de dichas potencias van mucho más allá del ISIS, ya que lo que pretenden es afianzar su presencia en una zona de especial relevancia geoestratégica y, sobre todo, que sus respectivos intereses sean respetados en un eventual acuerdo que ponga fin a la guerra.

El gran juego sirio tampoco se entiende sin aludir al factor energético. Aunque Siria nunca ha sido un gran productor de petróleo, su territorio siempre ha sido codiciado por las potencias petrolíferas al representar un puente de comunicación entre el golfo Pérsico y el mar Mediterráneo. No en vano, el primer golpe de estado en la Siria independiente, perpetrado en 1949 por Husni al-Zaim con la ayuda de la CIA, se explicaba en gran medida por la necesidad de poner en marcha el oleoducto Tapline, que exportaba un tercio de la producción saudí por el puerto libanés de Sidón. Hoy en día, Qatar, uno de los principales productores mundiales de gas, aspira a construir un enorme gaseoducto hasta Turquía para abaratar sus exportaciones, lo que explicaría su activa implicación en la guerra. Este proyecto tendría un gran perjudicado: la compañía estatal rusa Gazprom, que hoy en día abastece una cuarta parte de la demanda de gas en Europa. También es pertinente recordar que la compañía rusa Soyuzneftegaz ha firmado un jugoso contrato de 25 años de duración para explotar las reservas petroleras y gasísticas de la costa siria, donde según distintas fuentes podría

encontrarse la principal bolsa de gas mundial. Por su parte, Irán promueve un gran oleoducto de 1.500 kilómetros que atravesase los territorios sirio e iraquí, cuyos regímenes se encuentran hoy en día bajo su tutela, para abastecer al mercado europeo, lo que estrecharía las relaciones entre la Unión Europea e Irán y representaría un duro golpe para su principal rival regional: Arabia Saudí.

A estas alturas parece claro que la injerencia de todas estas fuerzas, en su mayoría contrarrevolucionarias, ha sido sumamente nociva para la revolución siria, ya que ha acentuado el sectarismo y ha contribuido a la devastación del país. El resultado de esta guerra multidimensional es bien conocido: la mayor catástrofe humanitaria registrada en Oriente Próximo en lo que va de siglo. Cuando se escribían estas líneas, en otoño de 2016, la guerra ya había costado la vida a entre 330.000 y 470.000 personas, según diferentes estimaciones. Además, seis millones de sirios se habían convertido en refugiados en los países del entorno (sobre todo en Turquía, Líbano y Jordania) o Europa (donde más de un millón de sirios habría pedido asilo) y otros nueve millones en desplazados internos. Para António Guterres, que durante años desempeñó el cargo de Alto Comisionado de ACNUR, se trataba de “la crisis más peligrosa para la paz y la seguridad global desde la Segunda Guerra Mundial”. La devastación de buena parte del país como resultado de la estrategia de tierra quemada adoptada por el régimen hace inviable su retorno en el corto plazo.

A pesar de la agudización de la tragedia siria, la comunidad internacional se ha mantenido impasible. La Unión Europea reaccionó tarde y mal a pesar de que Siria es un país mediterráneo y que el agravamiento de la situación podría provocar, como muchos advirtieron desde un principio, la desestabilización de toda la región. A partir del verano de 2015, cientos de miles de refugiados sirios llamaron a las puertas de Europa debido a una combinación de factores, entre los que se encontraban el agravamiento de la situación sobre el terreno, la reducción de las ayudas prestadas por los organismos internacionales y la ausencia de expectativas en torno a una solución negociada del conflicto. Los atentados de París del 13 de noviembre de 2015, a los que siguieron otros en Bruselas y Niza, no alteraron una política exterior europea incapaz de aliviar el sufrimiento de la población civil y de presionar a las partes del conflicto para que resolvieran sus diferencias en la mesa de negociaciones.

El hecho de que algunos países occidentales empiecen a ver a Bashar al-Asad como un mal menor ante la irrupción en escena del ISIS es una evidencia más de la errática estrategia seguida en estos últimos años y que se ha basado en la gestión de la crisis y no en la resolución del conflicto y la intervención

humanitaria. En los primeros compases de la revolución siria era frecuente encontrarse en los muros de las ciudades alzadas objeto de las razias de las fuerzas del régimen: “O al-Asad o incendiamos el país”. Eso es lo que han hecho desde 2011 ante el silencio cómplice de la comunidad internacional.

Madrid, 10 de octubre de 2016

CAPÍTULO 1

La Siria de los Asad

Bashar al-Asad fue elegido presidente de Siria el 17 de julio de 2000, cinco semanas después del fallecimiento de su padre Hafez, quien llegó al poder mediante un golpe militar y dirigió los destinos del país con mano de hierro durante tres décadas. Durante la dictadura de Hafez, la persecución de las libertades públicas alcanzó cotas desconocidas en el mundo árabe. La oposición, ya fuera islamista —como los Hermanos Musulmanes (HH MM)— o izquierdista —como el Partido de Acción Comunista—, fue diezmada y el Partido Árabe Socialista Baaz fue sometido a una profunda purga para eliminar a todo rival, ya fuera ficticio o real. Sus fundadores fueron hostigados hasta tal punto que Michel Aflaq tuvo que refugiarse en Bagdad y Salah al-Din al-Bitar huyó a París, donde fue asesinado. El derrocado presidente Nur al-Din al-Atasi junto a Salah Yadiid, hombre fuerte del anterior gobierno baazista, fueron encarcelados de por vida en la prisión del Mezze en Damasco. La supervivencia del régimen fue encomendada a los servicios de inteligencia, los temidos *mujabarat*, que impusieron un reino del terror con el pretexto de cortar de raíz cualquier potencial amenaza. La novela *El lado oscuro del amor* del escritor Rafik Schami, exiliado en Alemania por sus actividades políticas, describe con gran acierto el clima de persecución imperante contra todos los activistas políticos durante las cinco décadas de dictadura baazista.

Una vez en el poder, Hafez al-Asad no dudó en instrumentalizar la heterogeneidad confesional existente en el país para tratar de dividir a la población y ganarse la lealtad de unas comunidades frente a otras. Debe tenerse en cuenta que el 90 por ciento de los 23 millones de sirios es árabe, aunque existen bolsas importantes de kurdos (10 por ciento), así como armenios, asirios, circasianos y turcomanos. En el terreno confesional, los musulmanes representan cerca del 90 por ciento de la población: la mayor parte de ellos sunníes, pero con presencia también de diferentes ramas más o menos emparentadas con el

chiismo como los alauíes, los drusos o los ismaelíes, que sumados representan algo más del 15 por ciento de la población. Los cristianos, sobre todo greco-ortodoxos y en menor medida católicos (armenio-católicos, melquitas, siríaco-católicos, maronitas, caldeos y latinos), suponen otro 10 por ciento.

La toma de control del Estado por parte del ala militar del Baaz, a la que pertenecía Hafez, fue considerada como una revancha de la periferia rural contra las elites urbanas sunnís de Damasco y Alepo, dado que buena parte de sus integrantes pertenecían a las minorías confesionales tradicionalmente marginadas por el poder central y, en particular, a las corrientes alauí e ismaelí. Debe recordarse que el Baaz era un partido nacionalista que consideraba que la ideología arabista debería ser el principal elemento de cohesión sociopolítica, lo que le permitió atraer al resto de las minorías confesionales hacia su proyecto socialista, secular e igualitario.

UNA NARRATIVA CONTROVERTIDA

En estas apresuradas pinceladas, destinadas a contextualizar la revolución siria de 2011, también consideramos conveniente desmontar algunos lugares comunes que suelen repetirse sin demasiada base al hablar de la Siria de los Asad. Durante años, el régimen sirio ha cultivado una imagen que no se corresponde exactamente con la realidad, presentándose como punta de lanza del secularismo, bastión del arabismo, rival del imperialismo americano, trinchera frente a Israel y defensor de la cuestión palestina.

Esta narrativa puede rebatirse fácilmente. A partir de los años ochenta del pasado siglo, la aguda crisis del nacionalismo árabe y su deriva autoritaria llevaron al régimen sirio a buscar una ideología de recambio mediante la cooptación del discurso religioso. Tras la insurrección islamista brutalmente sofocada en Hama en 1982, Hafez al-Asad sponsorizó un islam moderado y apolítico mediante la creación de veinte institutos de ciencias religiosas, más de cien medersas y 8.000 mezquitas, al mismo tiempo que cooptó a las influyentes cofradías sufíes que proliferaron por todo el país. Como advierte el académico Salam Kawakibi, codirector del Arab Reform Initiative, “cuando se hizo evidente que la ideología marxista y nacionalista árabe había fracasado, los ‘estrategas de palacio’ intentaron reapropiarse de la religión y manipularla para sus propios fines”. Otra señal clara de su alejamiento del proyecto secular fue su aproximación a Irán, la única teocracia islámica en Oriente Próximo, y su alianza con la milicia libanesa de Hezbollah y con la palestina de Hamás, abanderados

de la denominada “resistencia islámica” contra Israel. Este patronazgo resultaba cuanto menos chocante si tenemos en cuenta la ideología secular del régimen y su violenta represión de los propios HH MM sirios.

También parece evidente que la Siria de los Asad no se ha esforzado demasiado en perseguir la unidad árabe, sino más bien se ha concentrado en consolidar el proyecto regionalista sirio. Prueba de ello es que ha mantenido una relación extraordinariamente tirante con todos sus vecinos árabes. Desde Jordania, cuyo territorio invadió momentáneamente en el curso del Septiembre Negro de 1970, hasta Líbano, que llegó a ocupar entre 1976 y 2005, pasando por Irak, donde también el Baaz alcanzó el poder y con el que rompió relaciones diplomáticas en 1981. Tampoco sus relaciones con Turquía, un país no árabe, pueden considerarse ejemplares, ya que en varias ocasiones ambos países estuvieron al borde de la guerra por el respaldo sirio al Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK).

En cuanto a su papel como punta de lanza contra Israel, cabe señalar que la última vez que Siria se enfrentó directamente contra el Estado sionista fue en la guerra de Octubre de 1973, cuando intentó sin éxito recuperar los Altos del Golán ocupados desde la guerra de los Seis Días. Desde entonces, y dada la constatada superioridad militar israelí, el régimen sirio ha preferido delegar dicha tarea en algunos de sus aliados —como Hezbollah o Hamás—, todo ello con el propósito de evitar asumir el coste de un enfrentamiento directo que, por lo demás, lo debilitaría más que fortalecería. Cada ocasión que Israel ha golpeado el territorio sirio —y lo ha hecho con relativa frecuencia—, la respuesta ha sido idéntica: “Responderemos en el momento adecuado y de la forma oportuna”. Por citar tan solo algunos ejemplos, el ataque israelí contra un supuesto arsenal de armas de destrucción masiva en Deir ez-Zor en septiembre de 2007 o los asesinatos en Damasco de Imad Mugniye, dirigente de Hezbollah, e Imad Suleiman, su responsable de aprovisionamiento de armas, en febrero y agosto de 2008, quedaron sin respuesta por temor a eventuales represalias.

En lo que respecta a la cuestión palestina, el régimen sirio siempre ha tratado de instrumentalizarla a su favor, consciente de los réditos políticos que este apoyo le podría reportar. Si bien es cierto que los 560.000 refugiados palestinos residentes en el país han gozado de una situación privilegiada, sobre todo si los comparamos con sus compatriotas en Líbano, también son evidentes las permanentes injerencias sirias en el ámbito político. En 1976 intervino en Líbano a favor de los cristianos maronitas para evitar que el frente progresista dirigido por Kamal Yumblat y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) se

hiciera con el poder, permitiendo que el campamento de refugiados de Tal Zaatar fuera reducido a cenizas. En 1985 secundó a las milicias chiíes de Amal para que acabaran con los restos del movimiento nacionalista palestino en Líbano en la conocida como guerra de los Campamentos, cuyos resultados son todavía visibles. Por otra parte, su apoyo a diferentes facciones palestinas — como los Frentes Popular y Democrático para la Liberación de Palestina— se condicionó a que estos aceptasen los dictados sirios en lo que respectaba a los Acuerdos de Oslo. En lo que respecta a sus relaciones con Fatah, el principal grupo de la OLP, fueron siempre tensas hasta el punto de que Hafez al-Asad promovió en los años ochenta varios intentos para derrocar a Yaser Arafat y reemplazarlo por un líder más dócil. Como señalara el entonces presidente sirio, “la cuestión palestina es demasiado importante para el destino de la nación árabe como para dejarla en manos de los palestinos”.

Si bien las relaciones entre Siria y Estados Unidos han estado tradicionalmente presididas por el conflicto, lo cierto es que la principal razón ha sido el inequívoco respaldo norteamericano a Israel y a su proyecto colonial en Palestina. En 1980, en las postrimerías de la Guerra Fría, Damasco y Moscú firmaron un Tratado de Amistad y Cooperación Militar, lo que contribuyó a intensificar las tensiones con la Administración de Reagan. Aunque en la década de los noventa Hafez al-Asad se acercó a Estados Unidos para tratar de recuperar los Altos del Golán, esta aproximación no dio los resultados esperados ni permitió la rehabilitación internacional siria. La tensión entre ambos países llegó a su punto culminante con la llegada de George W. Bush a la presidencia, quien situó a Siria en su diana tras invadir Irak en marzo de 2003 al considerar que daba respaldo tanto a la insurgencia iraquí como a los grupos yihadistas situados en la órbita de al-Qaeda.

UNA HERENCIA ENVENENADA

Bashar heredó un país que atravesaba una situación relativamente estable tras varias décadas de turbulencias, aunque también con importantes retos de índole política, económica y social. Una parte significativa de la población interpretó que su llegada al poder permitiría la modernización del país y la introducción de las tan anheladas reformas políticas tanto tiempo aplazadas. Su juventud (cuando fue elegido solo contaba con 34 años) y el hecho de haber residido en una capital occidental (en Londres, donde se formó como oftalmólogo) fueron algunos de los argumentos esgrimidos para justificar estas desproporcionadas expectativas

que pronto quedarían defraudadas.

En el plano político, el Partido Árabe Socialista Baaz dirigía los destinos del país desde que en 1963 asaltara el poder. El artículo 8 de la Constitución de 1973 le reconoció como el “partido líder en el estado y la sociedad” y le otorgó el monopolio de la escena política. El resto de formaciones fueron ilegalizadas, a excepción de aquellas que aceptaron la posición dominante del Baaz, entre ellas varias de orientación naserista, socialista o comunista que disponían de apoyos residuales en la sociedad y que pasaron a formar parte del oficialista Frente Nacional Progresista.

La Siria que heredó Bashar era, junto al Irak de Saddam Husein o la Arabia de los Saud, uno de los países más autoritarios del mundo árabe, según los índices del *think tank* Freedom House, que miden el grado de libertades existente en el mundo. A pesar de ello, Bashar dejó claro que entre sus prioridades no estaban las reformas políticas e ignoró las voces que demandaban la instauración de un sistema pluripartidista y la derogación de las leyes de excepción. Una de esas voces era la de Riad al-Turk, secretario general del Partido Comunista-Buró Político que había sido encarcelado durante diecisiete años en régimen de aislamiento sin tan siquiera ser juzgado, quien señaló a *Le Monde* el 28 de junio de 2000: “Hay que volver a dar la palabra al pueblo. Que el Parlamento vuelva a tener el poder del control del Estado. Sin ese retorno a los principios republicanos, Siria seguirá siendo lo que es hoy: un régimen totalitario, una república hereditaria”. Bashar desoyó todas estas reivindicaciones y planteó un proceso de liberalización económica y de modernización administrativa, orientado básicamente a reemplazar a la vieja guardia por una nueva elite dirigente integrada por tecnócratas formados en el extranjero.

Como no podía ser de otra manera, los *mujabarat* siguieron conservando su protagonismo bajo la batuta de Ali Mamluk, que controlaba la poderosa Dirección General de Seguridad. En un encuentro celebrado en Madrid el 11 de diciembre de 2015, el abogado y defensor de los derechos humanos Anuar al-Bunni, encarcelado cinco años por firmar la Declaración de Damasco y en la actualidad director del Syrian Center for Legal Studies and Research, señaló: “Siria está secuestrada y es rehén de sus aparatos de seguridad”. El propósito de estos servicios de inteligencia no era otro que controlar la sociedad, pero también vigilar a las fuerzas armadas y servicios de inteligencia para evitar que el clan de los Asad fuese desalojado del poder. Para ello contaba con una tupida red de confidentes repartidos por todos los rincones del país. Como resumiera gráficamente Riad al-Turk en una entrevista con *Syria Comment* el 11 de marzo

de 2005, “el terrorismo del régimen de Asad durante las últimas tres décadas ha convertido al país en una cárcel de silencio... En cada ciudad y pueblo que visite encontrará tristeza y horror por lo sucedido en el pasado”.

También debe subrayarse la naturaleza clánica del régimen. La mayoría de los diecisiete cuerpos de la inteligencia están dirigidos por miembros de la confesión alauí, la misma de los Asad, y el más importante de ellos —la Inteligencia Militar, que tenía bajo su mando el dossier de Hezbollah y de Hamás— quedó bajo la batuta de Asef Shawkat, cuñado de Bashar, mientras que Hafez Majluf, primo del presidente, dirigió la poderosa Dirección General de Seguridad de Damasco. Su hermano Maher al-Asad, por su parte, quedó al mando de la Guardia Republicana y la IV División Armada, la principal unidad del ejército y la que contaba con armamento más sofisticado. Otro primo hermano, Dhu Al-Himma Shalish, es el jefe de la guardia pretoriana del presidente, lo que le permitió acaudalar una inmensa fortuna gracias a sus negocios en el sector inmobiliario, la importación de automóviles y la venta de trigo. Esta estructura de poder pone de manifiesto que quien maneja las riendas del país es una alianza familiar cimentada en la *asabiya* o solidaridad tribal que une al clan alauí de los Kalbiya.

En el plano económico, Bashar puso en práctica una política de orientación neoliberal encaminada a pasar del estatismo a la economía de mercado con el modelo chino como referente. Los principales beneficiados de este proceso de liberalización fueron los empresarios próximos al poder y, en particular, su primo Rami Majluf, que amasó una inmensa fortuna a la sombra del conglomerado Cham y la compañía de telefonía móvil Syriatel. Sus intereses se extendían por el sector inmobiliario, el turismo, la energía, las infraestructuras y los medios de comunicación hasta el punto de que su implicación personal era un salvoconducto indispensable que garantizaba el éxito de las inversiones extranjeras a cambio de un elevado porcentaje del negocio en cuestión.

Desde un primer momento, el aparato burocrático, tachado por Volker Perthes, director del German Institute for International and Security Affairs, como “torpe, poco transparente, ineficiente y desdeñoso”, cuando no proclive “al soborno y la extorsión”, acaparó la atención de Bashar. En el X Congreso Regional del Baaz, en junio de 2005, Bashar señaló: “Afrontamos numerosas dificultades debido a la debilidad de nuestra estructura administrativa, a la falta de personal cualificado y a la acumulación crónica de estos problemas”. Consciente de la necesidad de rodearse de un grupo de colaboradores de absoluta confianza, Bashar emprendió una modernización de las estructuras

gubernamentales. En sus dos primeros años de presidencia ya había reemplazado a dos de cada tres altos cargos políticos, administrativos y militares. Sin embargo, esta nueva guardia, integrada por una pléyade de tecnócratas y economistas formados en el extranjero, se topó con la resistencia del estado profundo que siguió controlando los servicios de inteligencia y las fuerzas armadas.

Según el Fondo Monetario Internacional, el país tenía a comienzos del siglo XXI una de las regulaciones más restrictivas en materia de comercio a nivel mundial. A la tela de araña burocrática se debía añadir el problema de la corrupción endémica. En 2005, la organización Transparencia Internacional situaba a Siria entre los treinta países más corruptos del mundo. De hecho, la corrupción estaba completamente institucionalizada y se había convertido en un instrumento para premiar o castigar, según correspondiese, a quienes apoyaban o se oponían al régimen.

La progresiva liberación económica auspiciada por Bashar al-Asad benefició a un puñado de personas, los denominados “hijos del poder”, descendientes de las elites militares y políticas, pero empobreció al grueso de la población intensificando la desigualdad. De hecho, el contrato social que el régimen mantenía con sus ciudadanos, basado en que “el gobierno proporcionaba seguridad económica a cambio de que los sirios renunciaran a controlar el poder político”, quedó roto, tal y como recuerdan Laura Ruiz de Elvira y Tina Zintl en un artículo publicado en 2014 en el *International Journal of Middle East Studies*. Las autoridades retiraron buena parte de los subsidios a los productos de primera necesidad y dejaron de proteger a los sectores más desfavorecidos, que quedaron desamparados. Entre 2000 y 2010, las tasas de pobreza aumentaron a un ritmo frenético, pasando del 22 por ciento al 34 por ciento.

Como cabe imaginar, no todos los males de Siria deberían atribuirse a Bashar al-Asad, ya que también incidieron factores exógenos como los devastadores efectos del cambio climático. Una pertinaz sequía se cebó sobre el país entre 2006 y 2010, lo que tuvo un elevado coste económico, dado que la agricultura generaba hasta aquel entonces una cuarta parte del PIB y empleaba al 25 por ciento de la fuerza laboral. En este periodo, el precio de los cereales se duplicó, lo que incidió negativamente en la marcha de la economía, ya que el gobierno solía subvencionar parcialmente los productos de la cesta diaria para garantizar una relativa paz social.

En esos cinco años, un millón y medio de personas se vieron obligadas a abandonar las zonas rurales y emigrar a las grandes urbes, viviendo en muchas

ocasiones en infraviviendas y dedicándose al trabajo informal. En 2011, el 75 por ciento de la población siria ya era urbana. A este éxodo se añadió la llegada de otro millón y medio de refugiados provenientes de Irak que trataban de dejar atrás el caos generado por la invasión norteamericana del país y la guerra sectaria que propició. Cientos de miles de campesinos sirios no tuvieron otra opción que emigrar a Líbano, donde se emplearon en el sector de la construcción y la agricultura. También las clases medias sufrieron como consecuencia de la elevada inflación y la corrupción sistémica, lo que acrecentó las críticas contra un régimen tachado por buena parte de la población como depredador.

Un elemento a destacar, y que es clave para explicar el estallido popular registrado en 2011, es que la población siria es una de las más jóvenes de todo el mundo árabe. Según el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD), un 55 por ciento de los 23 millones de sirios censados en el año 2011 tenía menos de 25 años de edad y una tercera parte menos de 15 años, lo que representaba un reto de gran envergadura ya que cada año intentaban incorporarse al mercado laboral 200.000 personas que el hipertrofiado sector público y el balbuceante sector privado eran incapaces de absorber, por lo que quedaban condenados a la economía sumergida y al trabajo informal. En lo que respecta a su nivel de desarrollo, Siria ocupaba en el año 2000 una posición intermedia en el conjunto del mundo árabe. El Índice de Desarrollo Humano situaba a Siria en el puesto número 108 de los 177 países existentes, por detrás de Argelia y los Territorios Palestinos, pero por delante de Egipto y Marruecos, con una esperanza de vida de 73 años, una tasa de alfabetización del 80 por ciento de la población y una renta per cápita de 4.500 dólares.

Otro escollo que Bashar al-Asad tuvo que sortear fue la abierta hostilidad de la beligerante Administración de Bush. Tras la invasión de Irak en marzo de 2003, sus halcones neoconservadores pusieron a Siria en la diana. La Ley de Responsabilidad Siria y de Restauración de la Soberanía Libanesa acusó al régimen de disponer de armas de destrucción masiva, financiar a varios grupos tachados de terroristas (como el Hezbollah libanés o el Hamás palestino), mantener a Líbano bajo su tutela y representar una amenaza para la estabilidad regional. Tras el magnicidio de Rafiq al-Hariri, ex primer ministro libanés, las tropas sirias se vieron obligadas a abandonar el país del Cedro en 2005 y el régimen sirio quedó en cuarentena por su presunta implicación en el atentado. La rehabilitación de Bashar no llegaría hasta 2008, cuando Nicolas Sarkozy se avino a normalizar sus relaciones a cambio de que Siria reconociese formalmente la soberanía libanesa.

CAPÍTULO 2

El pueblo quiere la caída del régimen

El 17 de diciembre de 2010 tuvo lugar un acontecimiento que tendría inesperadas consecuencias en buena parte del mundo árabe, Siria incluida. Un vendedor ambulante llamado Muhammad Bouzizi se prendió fuego en señal de protesta contra las arbitrariedades de la gendarmería tunecina, encendiendo la llama de la denominada Primavera Árabe. En los días siguientes, miles de personas se lanzaron a las calles para reclamar la caída del presidente Ben Ali y el fin del expolio del país por sus allegados. En un efecto contagio, varias capitales árabes registraron multitudinarias manifestaciones pacíficas en las que se reclamaba dignidad, libertad y justicia social. El pueblo árabe, tras décadas de opresión, parecía despertar de su larga noche autoritaria.

Tras Túnez le tocó el turno a Egipto, Libia, Bahrein y Yemen. Todos ellos estaban dirigidos desde hacía décadas por regímenes autoritarios que habían laminado a la oposición para perpetuarse en el poder. Su absoluto dominio de todos los recursos estatales y la falta de controles a su gestión les habían permitido acaudalar inmensas fortunas mientras la pobreza había alcanzado niveles antes nunca vistos. Una parte significativa de las poblaciones árabes compartían un profundo malestar ante la corrupción sistémica, el crecimiento de las desigualdades y la absoluta impunidad de sus elites dirigentes.

A pesar de que podríamos hacer un diagnóstico similar de la situación en Siria, la llama del descontento tardó en prender y permitió que muchos hablaran, una vez más, de una “excepción siria”, precisamente el título de uno de los libros más clarificadores sobre la Siria de los Asad, publicado en 2009 por la periodista francesa Caroline Donati. En plena efervescencia revolucionaria, Bashar al-Asad concedió una entrevista a *The Wall Street Journal* el 31 de enero de 2011 en la que descartó un eventual estallido popular en Siria. El presidente consideraba

que el motor de las movilizaciones era “la desesperación interna y externa: de la primera tenemos la culpa nosotros como Estados y responsables, pero de la segunda son culpables las grandes potencias, o lo que Occidente denomina ‘la comunidad internacional’, que han intervenido en la región desde hace décadas... Hay muchas personas que intentan entrar en el mercado laboral y no encuentran empleo, pero también hay nuevas guerras que crean desesperación”.

En dicha entrevista, Bashar subrayaba que la situación siria obedecía a lógicas diferentes: “Atravesamos una situación más difícil que el resto de los países árabes, pero a pesar de ello Siria permanece estable. ¿Por qué? Porque estamos estrechamente apegados a las creencias de la población. Esta es la cuestión central. Cuando hay divergencias entre tu política y las creencias e intereses de la población se crea un vacío que genera disturbios... Si usted quiere establecer una comparación entre lo que está sucediendo en Egipto y Siria, hay que mirar desde una óptica diferente: ¿por qué es Siria estable, aunque estamos atravesando una situación más difícil? Egipto ha recibido el respaldo financiero de Estados Unidos, mientras que nosotros sufrimos un embargo por parte de la mayoría de los países del mundo. Aun así crecemos, pero no lo suficiente para cubrir muchas de las necesidades básicas de la población. A pesar de todo, la gente no se ha levantado”.

DERAA: EL PRINCIPIO DEL FIN

No tardaría demasiado tiempo en mostrarse que el diagnóstico de Bashar era erróneo. El 3 de febrero, el exdiputado Mamun al-Homsi colgó un video en YouTube en el que arengaba al pueblo sirio a derribar el muro del miedo: “Después de cincuenta años de tiranía y de opresión, empezamos a ver el sol de la libertad acercarse”. En él acusaba al régimen de recurrir a la represión, a la corrupción y a la división sectaria para perpetuarse en el poder. A su vez, un grupo de expatriados creó en Facebook una página llamada “La Revolución Siria contra Bashar al-Asad” que en pocos días cosechó cientos de miles de seguidores. El 15 de marzo se convocó un Día de la Ira que apenas congregó a unos cientos de personas en Damasco y Alepo, las ciudades más importantes del país, ante las fuertes medidas de seguridad desplegadas por el régimen.

El levantamiento generalizado de la población tuvo como detonante un hecho fortuito, pero esclarecedor. El 6 de marzo una docena de niños fueron detenidos y torturados por los servicios de inteligencia en la ciudad sureña de Deraa tras pintar en las paredes “El pueblo quiere la caída del régimen”, un lema que los

egipcios repitieron una y otra vez hasta lograr la renuncia de Hosni Mubarak. La reacción no tardó en llegar y varios líderes tribales encabezaron una multitudinaria manifestación el viernes 18 en la que reclamaron las destituciones del gobernador de la ciudad, el ismaelí Faisal Kalzum, y del responsable de la Seguridad Política, Atef Nayib, primo de Bashar al-Asad, pero las autoridades hicieron oídos sordos y las fuerzas de seguridad dispararon contra la marcha asesinando a cuatro personas. El lema más escuchado en dicha manifestación fue “Al pueblo sirio no se le humilla”. En los dos días siguientes, los manifestantes atacaron los edificios gubernamentales, la sede del Baaz y las tiendas de Syriatel, símbolos del autoritarismo y la corrupción del régimen. La respuesta fue fulminante: medio centenar de personas fueron asesinadas en los días siguientes, lo que lejos de apaciguar los ánimos encendió la mecha de la revolución en todo el país.

Un episodio anecdótico que poco tenía que ver con la Primavera Árabe y una desastrosa gestión por parte de las autoridades acabaron desatando la ira popular. Al enojo por el humillante trato recibido por los niños y sus familiares se unía el malestar por el abandono de la región tras varios años de malas cosechas provocados por la sequía. Debe tenerse en cuenta que la agricultura era la principal fuente de riqueza de esta ciudad, capital de la provincia del Hauran, que siempre había mantenido unos estrechos vínculos con las localidades fronterizas jordanas. De hecho, las mismas tribus estaban repartidas a ambos lados de las líneas divisorias, pero los Acuerdos Sykes-Picot las separaron artificialmente hace un siglo.

Esta represión generó un efecto dominó, ya que en las siguientes semanas numerosas ciudades se sumaron a la ola de descontento, entre ellas Homs, Baniyas, al-Hasake, Deir ez-Zor, Yable, Lataquia, Hama o Yisr al-Shugur, donde tras el rezo preceptivo de los viernes se convocaron multitudinarias manifestaciones contra el régimen en las que se repetía “Dios, Siria, libertad y nada más” y “Uno, uno, uno, el pueblo sirio es uno”. También algunas localidades de la periferia de Damasco, como Harasta, Yaramana, Daraya, Yaubar o Duma, se vieron contagiadas por este fervor revolucionario. Las manifestaciones llegaron, incluso, a algunos barrios de la capital, como Midan o Mezze, pero fueron acalladas brutalmente.

Los manifestantes reclamaban la reforma del régimen, la persecución de la corrupción, la derogación de las leyes de emergencia, el establecimiento de un sistema pluripartidista y la liberación de cientos de presos políticos. En líneas generales, estas demandas coincidían con las planteadas previamente por el

Manifiesto de los 99 de 2000, el Manifiesto de los 1000 de 2001 y la Declaración de Damasco de 2005. Efectivamente, la llegada de Bashar al-Asad al poder generó un clima de distensión sin precedentes en el marco del cual se desarrolló la Primavera de Damasco. En su curso, numerosos intelectuales, académicos y activistas reclamaron que se pusiera coto al autoritarismo. La reacción no tardó en llegar, ya que Bashar dio la orden de silenciar toda voz crítica. En una entrevista con Muhammad Ali al-Atasi desarrollada en Beirut el 24 de julio de 2016, el director de cine y firmante del Manifiesto de los 99 señalaría: “Bashar se comporta con el pueblo sirio como si fueran sus esclavos. Siempre ha existido en Siria una tercera vía basada en el proyecto democrático y la defensa de los derechos humanos, pero el autoritarismo la ha reprimido para proyectar la imagen de que la única alternativa a su gobierno es el radicalismo islámico”.

Según denunciara un informe de Human Rights Watch titulado “Una década perdida. Derechos humanos en Siria en los primeros diez años de presidencia de Bashar”, un total de 92 opositores, periodistas y defensores de los derechos humanos fueron encarcelados en la primera década de gobierno de Bashar, la mayor parte de ellos bajo la acusación de “difundir informaciones falsas que podrían dañar la seguridad del Estado”. Muchos otros tuvieron que abandonar del país para no dar con sus huesos en las cárceles del régimen. Uno de los casos más emblemáticos fue el encarcelamiento de Hayzam al-Maleh, un abogado islamista de 78 años que presidía la Asociación Siria de Derechos Humanos, encarcelado tras intervenir en un debate de la cadena de televisión Al-Jazeera. La persecución no se quedó tan solo en los opositores históricos, sino que también alcanzó a jóvenes activistas como la bloguera Tal al-Maluhi, que fue condenada a cinco años de prisión cuando solo contaba con 17 años de edad.

ACTIVISMO Y REVOLUCIÓN

Al igual que en el resto de países que se vieron sacudidos por la Primavera Árabe, la juventud siria también jugó un papel determinante en las movilizaciones que pretendían provocar un cambio de régimen. Como ya hemos señalado, un 55 por ciento de la población tenía menos de 25 años de edad. Desde la llegada al poder de Bashar, el elevado desempleo y la precariedad laboral habían abocado a muchos de ellos a la economía informal. A ello debe sumarse el desproporcionado aumento de la pobreza, que en 2011 afectaba a una tercera parte de la población, y la retirada de las subvenciones a los productos de

primera necesidad. Una tormenta perfecta que movilizaría a una buena parte de la juventud para exigir la caída del régimen.

A partir de entonces las marchas de los viernes se convirtieron en una práctica habitual en buena parte de la geografía siria. Como relata la escritora hispano-siria Leila Nachawati en su novela *Cuando la revolución termine*, “las manifestaciones se extendían por plazas y barrios de todo el país, en un estallido en el que la euforia superaba el miedo y que convertía al país, cada viernes, en una apoteósica protesta de dimensiones inimaginables... Las manifestaciones de los viernes se seguían con euforia, convirtiéndose ya no en un medio para lograr un fin, sino en un triunfo en sí mismas. A la vez, los activistas se aferraban a un optimismo que necesitaban desesperadamente para enfrentarse a la máquina de matar que había desatado el régimen, se palpaba también por todo el país un ambiente de nerviosismo antes las amenazas y los peligros inminentes... Todos sentían que estaban haciendo historia, construyéndola tras décadas de inmovilismo”.

Desde un primer momento, los activistas asumieron un papel central en la revolución siria. El empleo de las redes sociales les permitió movilizar a la población y sortear la férrea censura imperante en el país. No está de más recordar que en Siria no hay ni libertad de prensa ni tampoco de expresión. De hecho, el Comité para la Protección de los Periodistas consideraba que Siria era en 2012 el tercer país del mundo en términos de censura periodística, solo superado por Eritrea y Corea del Norte, y uno de los más peligrosos para ejercer dicha profesión debido a la desaparición, detención y tortura de los periodistas críticos con el régimen. En una entrevista publicada el 22 de abril de 2011 por la cadena norteamericana National Public Radio, el ciberactivista Rami Nakhle señalaba: “Tenemos dos funciones: la primera, difundir las noticias y, la segunda, influir en la calle. No estamos liderando [la revuelta], sino tratando de influirla”. Esta labor les situó en la diana de los *mujabarat*. El propio Nakhle logró salvar la vida huyendo a Beirut, pero otros muchos fueron detenidos y torturados hasta la muerte como Abdullah Hassan Kaaka, que murió en manos de la Inteligencia Militar en noviembre de 2012.

En Kafrnabel, una localidad en la provincia de Idlib, Ahmad Yalal y Raed Fares se hicieron célebres por sus pancartas en solidaridad con las víctimas de la represión que recorrieron el mundo. En una entrevista con los activistas realizada por la arabista Naomí Ramírez y publicada en *Entretierras* el 20 de mayo de 2013, Fares explicaba por qué tomó parte en las manifestaciones: “Yo no apoyé la revolución, sino que soy parte de la misma... El mundo ha de saber por qué

hicimos la revolución. El régimen amordaza las ideas y las libertades, el régimen reprime y atemoriza, el régimen anuda las lenguas, el régimen mata, el régimen obliga a la diáspora, el régimen emplea la violencia contra la palabra... Todo ello es una pequeña parte de lo que nos hizo llevar a cabo la revolución”.

Una de las caras más conocidas de la revolución fue Razzan Zeitune, una abogada defensora de los derechos humanos que se vio obligada a pasar a la clandestinidad tras ser acusada de espionaje. Durante la Primavera de Damasco, Zeitune había establecido la Asociación Siria de Derechos Humanos, que investigó las sistemáticas violaciones registradas en el país. Tras el inicio de la revuelta, ayudó a los Comités de Coordinación Locales (CCL) a recopilar información sobre los abusos de las tropas del régimen, por lo que en 2011 fue galardonada con el Premio Sajarov otorgado por el Parlamento Europeo. Más adelante creó el Centro para la Documentación de Violaciones, que publicó un extenso informe sobre el bombardeo con gas sarín en la Guta en verano de 2013. En diciembre de ese año fue secuestrada en Duma, junto a su marido Wael Hamada y a los activistas Mazen Hammadi y Samira al-Khalil, por una milicia salafista, probablemente el Ejército del Islam, y desde entonces se desconoce su paradero.

Otros tuvieron más suerte y todavía pueden contar el infierno en que vivieron. Es el caso de Mazen Darwish, quien en 2004 estableció The Syrian Center for Media and Freedom of Expression, una organización que pretendía documentar las violaciones de derechos humanos perpetradas por el régimen sirio y que, por esta labor, fue encarcelado y torturado en numerosas ocasiones. El 16 de febrero de 2012 fue detenido junto a sus compañeros Hani al-Zitani y Husein Gharir bajo la acusación de “promover actos terroristas” y, tras ser juzgado por un tribunal militar, fue condenado a tres años y medio de prisión. Darwish, galardonado con el Premio Internacional de Libertad de Prensa concedido por la UNESCO en 2015, fue objeto de descargas eléctricas, colgamientos por los pies y arrancamiento de uñas en varios centros de detención, entre ellos la temida sede de la Inteligencia Aérea en Damasco, donde estuvo a punto de fallecer a causa de las torturas.

Como no podía ser de otra manera, los intelectuales críticos también fueron perseguidos hasta la extenuación. El reconocido caricaturista Ali Farzat, que había lanzado el semanario satírico *Al Domari* tras la llegada de Bashar a la presidencia, fue secuestrado el 25 de agosto de 2011 y sus atacantes le destrozaron la mano con la que pintaba. Como otros muchos sirios, se vio obligado a hacer las maletas y huir del país para salvar su vida. En una entrevista

publicada en *Politico* el 18 de marzo de 2012 se mostraba crítico con los intentos del régimen de azuzar el sectarismo: “Como ciudadano sirio estoy en contra de la dictadura y como ciudadano estoy en contra de la segregación. Los sirios siempre vivieron juntos sin conocer la religión o afiliación de quienes les rodeaban... La aparición de distinciones comenzó con la llegada del Baaz al poder, pero el régimen no tuvo éxito a la hora de dividir al pueblo sirio. El levantamiento lo ha evidenciado al bautizar cada concentración con un nombre especial: en apoyo a los cristianos la denominaron el Viernes de la Solidaridad, en apoyo a los alauíes la llamaron el Viernes de Saleh al-Ali [líder alauí que se alzó contra la dominación francesa en 1919], en apoyo de los kurdos tuvimos el Viernes de Azad [libertad en kurdo] y todos nos manifestamos juntos gritando ‘uno, uno, uno, el pueblo sirio es uno’”.

Salama Kayla, un intelectual marxista de origen palestino que ya había sido encarcelado durante ocho años en tiempos de Hafez al-Asad, fue detenido en su casa el 23 de abril de ese mismo año bajo la acusación de distribuir pasquines de la oposición, siendo trasladado a la temida cárcel de Mezze, donde fue brutalmente torturado antes de ser expulsado a Jordania. En una entrevista publicada por Al-Jazeera el 16 de mayo de 2012, y traducida en el indispensable blog *Traducciones de la Revolución Siria*, Kayla relataba su detención en la sede de la Inteligencia Área: “Allí vi a toda Siria, desde Idlib hasta Alepo y el Hauran, debido a que los prisioneros procedían de varias regiones: algunos de ellos eran militares acusados de desertar o de tener intención de hacerlo, y entre ellos había cuatro oficiales y varios de Alepo, e incluso miembros del partido Baaz. Todos habían sido sometidos a severas torturas en la sede de los Servicios de Inteligencia de Mezze. La tortura no terminó hasta que firmaron unas confesiones forzadas en las que declaraban haber robado, saqueado y matado. Escuché los aterradores relatos de las torturas, que tenían por objeto confirmar la versión del régimen sobre la existencia de bandas armadas que matan, torturan y violan. Cuando todas las confesiones son iguales, solo puede significar que hay alguien que las dicta”.

LA CONSPIRACIÓN IMAGINARIA

Ante el agravamiento de la situación, Bashar al-Asad se vio obligado a comparecer ante el Parlamento el 30 de marzo de 2011. En su decepcionante comparecencia, el presidente denunció la existencia de una conspiración o *muamara* destinada a provocar una guerra sectaria o *fitna*. Detrás de esta

supuesta conjuración no solo estaría, como cabría imaginar, los archienemigos Israel y Estados Unidos, sino también algunos países árabes como Qatar al-Qaeda. Altos responsables del gobierno acusaron a Al-Jazeera de movilizar a la población contra el régimen y, en particular, al influyente telepredicador Yusuf al-Qaradawi de azuzar a los sunníes contra los alauíes desde su programa *Al-shari'a wa-l-hayat* (*La sharía y la vida*). La influyente consejera presidencial Buzaina Shaaban llegó a decir: “Las palabras de Qaradawi representan una clara y directa invitación a la guerra sectaria”.

Cinco años más tarde, Bashar al-Asad seguía insistiendo en esta versión. En una entrevista concedida al diario *El País* el 22 de febrero de 2016, el presidente daba una rocambolesca explicación del inicio de la revuelta: “Al principio había una mezcla de manifestantes. Primero, Qatar pagó a esos manifestantes para sacarlos en Al-Jazeera y luego convencer a la opinión pública mundial de que el pueblo se levantaba contra el presidente. El máximo número que alcanzaron fueron 140.000 manifestantes en toda Siria, lo que no es nada, en tanto que número, por lo que no estábamos preocupados. Entonces, infiltraron a los manifestantes con militantes que abrieron fuego contra la policía y contra los manifestantes, con el fin de provocar más protestas”.

Esta versión difiere del testimonio de un oficial de la Guardia Republicana que se pasó a las fuerzas rebeldes y que es recogido por François Burgat y Paoli Bruno en el libro colectivo *Pas de printemps pour la Syrie*: “Al comienzo del levantamiento, fuimos a ver, sin armas, una manifestación pacífica en Duma, en el extrarradio de Damasco. Ante nuestra sorpresa, vimos que nos disparaban civiles que estaban en los techos de los edificios. Disparaban a la vez contra los manifestantes, ¡y contra nosotros, las fuerzas del orden! Volvimos el viernes siguiente, con armas. Logramos esta vez asediar uno de los edificios desde los que se disparaba y matar a ocho personas. La terrible sorpresa es que todos pertenecían a la Dirección General de Seguridad del coronel Hafez Majluf, el primo del presidente. Comprendimos así que la estrategia del régimen no consistía solo en disuadir a los manifestantes pacíficos disparándoles, sino también en radicalizar las fuerzas del orden persuadiéndolas de que el régimen estaba siendo atacado por comandos armados venidos del extranjero. Durante meses, el régimen ha disparado balas reales sobre manifestantes pacíficos. Luego, tuvo enfrente lo que deseaba, es decir, opositores armados, mucho peor armados que él por otra parte, pero que ‘justificaban’ su recurso a las armas pesadas, terreno en el que sabía que tenía una superioridad aplastante”.

En su discurso ante el Parlamento, al-Asad no dudó tampoco en apuntar a al-

Qaeda como responsable de las movilizaciones. El hecho de que previamente Ben Ali, Mubarak y Gadafi también hubieran descrito las movilizaciones populares como obra de yihadistas restó credibilidad a esta versión que retransmitieron hasta la extenuación la televisión, la prensa y la radio, que se referían a los manifestantes y opositores como “terroristas”. Todo ello con el objeto de justificar ante la opinión pública el empleo de armas de fuego para sofocar las movilizaciones y el elevado número de víctimas provocado por la represión, pero también con la intención de desprestigiar a los revolucionarios. Como señalara el propio Bashar al-Asad en la mencionada entrevista en *El País* el 22 de febrero de 2016: “Desde los puntos de vista legal y constitucional, todo el que porta armas contra el pueblo y contra el gobierno es un terrorista”.

Al igual que había ocurrido en el pasado, el régimen intentó manipular la heterogeneidad confesional de la sociedad siria dentro la lógica del “divide y vencerás”. Al considerar que Siria era objeto de una conspiración regional para provocar una guerra sectaria y catalogar a todos los manifestantes como yihadistas, el régimen pretendía cohesionar a las minorías confesionales ante una amenaza compartida y, en especial, a todas aquellas que no profesaban el islam sunní: los alauíes, los cristianos, los drusos y los ismaelíes, que representaban una cuarta parte de la población. Todos ellos resultarían claramente perjudicados en el caso de que se implantase un eventual Estado islámico regido por la *sharía*.

No obstante, la realidad desmentía la narrativa del régimen, puesto que numerosos activistas de las minorías confesionales tomaron parte en la revolución desde sus primeros compases. Por mencionar tan solo algunos ejemplos, cabe destacar el papel asumido por la periodista Samar Yazbek, que fue detenida por sumarse a las manifestaciones y tuvo que huir a Francia para salvar su vida. En una entrevista publicada por el diario *ABC* el 27 de noviembre de 2015, Yazbek denunció que “las manifestaciones empezaron de forma pacífica, con demandas de reformas democráticas. Han sido sofocadas mediante la forma más atroz de la violencia del terror, matanzas, detenciones, aniquilamiento, bombardeos, incluyendo ideas sectarias... El régimen de al-Asad utiliza estas formas salvajes para deformar la revolución del pueblo sirio. Durante los últimos cuatro años, sin interrupción, las fuerzas de al-Asad han bombardeado los pueblos y ciudades donde nacieron las revueltas. Lamentablemente, Occidente no ve esto”.

Fadua Suleiman, una conocida actriz alauí, se convirtió en uno de los iconos de la revolución al pedir, a través de varios vídeos colgados en las redes sociales, que los alauíes se sumasen a las manifestaciones. En octubre de 2011 decidió

establecerse en Homs y participar en las marchas que se convocaban bajo el asedio y los bombardeos, denunciando el intento del régimen de instrumentalizar la cuestión sectaria. Suleiman, en una entrevista publicada por el diario *Le Monde* el 6 de abril de 2012, se lamentaba de que sus intentos para evitar la militarización de la revolución hubieran caído en saco roto: “Sé que les pedía algo muy difícil. Cada día, los habitantes de Homs sufrían una brutalidad sin límites. Aunque les previne de los peligros de la lucha armada, hicieron lo que el régimen esperaba de ellos. Además, era más fácil conseguir un Kaláshnikov que medicinas. Era la prueba de que el poder buscaba esta confrontación”.

Otro caso bien conocido es el Mundir Majus, un opositor alauí radicado en Francia que más tarde se integraría en el CNS y la CNFROS. En un programa de televisión de la cadena Al-Arabiya emitido el 11 de diciembre de 2011, Majus señaló: “El régimen sirio siempre se ha presentado como el defensor de las minorías como los alauíes o los cristianos y ha advertido que su caída llevaría a su exterminio a manos de los fundamentalistas, pero la mejor protección para las minorías es el establecimiento de un gobierno plural y democrático basado en los principios de ciudadanía y en el gobierno de la ley”.

En la revolución también participaron muchos activistas de confesión cristiana, como la bloguera alepí Marcell Shehwaro, que se vio obligada a refugiarse en Líbano, o el cineasta Basel Shehade, quien participó activamente en las manifestaciones convocadas en el barrio damasceno de Midan. Tras recibir una beca Fulbright para estudiar en la Universidad de Syracuse, Shehade decidió volver a Siria para participar en la revolución. En marzo de 2012 se estableció en Homs para documentar los ataques contra las zonas alzadas y allí murió tres meses más tarde en un bombardeo contra el barrio de Safsafsa. También merece destacarse la figura del disidente George Sabra, un cristiano greco-ortodoxo miembro del Partido Comunista Sirio-Buró Político, que, como tantos otros, pasó ocho años de prisión encarcelado en época de Hafez al-Asad y que, tras la revolución, se puso al frente del CNS y, posteriormente, de la CNFROS.

LA SOLUCIÓN MILITAR

El hecho de que las manifestaciones fueran pacíficas y que los activistas abogasen por la resistencia civil suponía un reto de gran envergadura para las autoridades. Desde el primer momento, el régimen tuvo claro que debía acallar a las voces moderadas para proyectar la idea de que combatía contra una

insurrección islamista. Ante la proliferación de manifestaciones, el régimen recurrió a la denominada “solución militar” para aplastar la revolución.

A medida que el levantamiento fue cobrando fuerza, el régimen se vio obligado a recurrir a medios cada vez más expeditivos como detenciones masivas practicadas por los temidos *mujabarat*, presencia de francotiradores que disparaban contra los manifestantes o carta blanca a los *shabbiha*, grupos de matones próximos al régimen, para que sembraran el terror y dieran castigos ejemplares a las poblaciones alzadas. Estos últimos se financiaban a través de los secuestros y del pillaje que practicaban en las zonas rebeldes, pero también gracias a las contribuciones ofrecidas por empresarios próximos al régimen. Debe recordarse que el pillaje está estrictamente prohibido por el artículo 33 de la Convención de Ginebra de 1949 y es considerado un crimen de guerra por el artículo 8 del Estatuto de Roma.

El 26 abril, apenas un mes después del estallido de la revolución, Amnistía Internacional ya advirtió de que el régimen estaba perpetrando crímenes contra la humanidad y reclamó al Consejo de Seguridad que elevase la cuestión a la Corte Penal Internacional para que investigase las sistemáticas violaciones de los derechos humanos. Salil Shetty, su secretario general, señaló: “El gobierno sirio está tratando de doblegar la voluntad de los manifestantes pacíficos mediante disparos, bombardeos y encarcelamientos... El presidente al-Asad y quienes le rodean tienen que comprender que sus acciones tendrán consecuencias y si dispara contra sus propios ciudadanos la comunidad internacional llevará a los responsables de los crímenes ante la Corte Penal Internacional o los tribunales nacionales que ejerzan la jurisdicción universal. Una política basada en la tolerancia cero contra los crímenes contra la humanidad enviará una señal a todos los gobiernos de que la impunidad ante los crímenes no es aceptable”.

En los dos primeros meses de la revuelta fueron asesinadas 850 personas y miles de activistas fueron detenidos, encarcelados y torturados. Si bien es cierto que los manifestantes empezaron demandando mayores libertades, también lo es que la brutal represión de la que fueron objeto los llevó a elevar el listón de sus demandas. En unas pocas semanas, los manifestantes pasaron de pedir la reforma del régimen a exigir su caída. “El pueblo quiere la caída del régimen” pasó a ser la consigna más repetida en las cada vez más multitudinarias manifestaciones.

El principal problema residía, como advirtió el 26 de abril en el diario libanés *Al-Safir* el disidente cristiano Michel Kilo, encarcelado entre 2006 y 2009 por firmar la Declaración de Damasco, en que “se intentaba dar una solución

securitaria a un problema no securitario, ya que la gente pide libertad y justicia”. En una entrevista aparecida en el diario *Al-Akhbar* el 9 de agosto, Kilo señalaba los problemas crónicos de su país: “Hoy en día Siria sufre una crisis existencial relacionada con la distribución de la riqueza, la justicia social, la libertad y la participación política y todo esto no se resuelve con la represión. La policía debería detener al asesino, al ladrón o al contrabandista, pero no al hambriento que no tiene que llevarse a la boca”.

LOS COMITÉS DE COORDINACIÓN LOCAL

A medida que la revolución ganaba músculo, surgieron los primeros comités locales, integrados esencialmente por jóvenes activistas que desde un primer momento apostaron por la resistencia civil y por la movilización pacífica y se mostraron contrarios al sectarismo y a la internacionalización del conflicto. Estas *tansiqiyat* tenían una estructura horizontal y funcionaban de manera autónoma para burlar a los omnipresentes servicios de inteligencia, que por mucho que lo intentaron fueron incapaces de infiltrarse en sus estructuras. Entre las variadas funciones que asumieron estaba la de convocar manifestaciones, difundir los vídeos por la red, atender a los heridos, documentar las víctimas de la revuelta, compartir información, garantizar el acceso a productos de primera necesidad, montar escuelas para los desplazados y prestar ayuda psicológica a quienes habían perdido a sus seres queridos.

Omar Aziz, un pensador anarquista que fundó el comité de Barze, fue uno de los principales teóricos de la revolución y defendió desde un principio el establecimiento de estructuras locales desjerarquizadas y sin líderes basadas en la cooperación, la solidaridad y la ayuda mutua. Para Aziz, los comités locales permitían a personas de diferentes culturas políticas y de diversos estratos sociales dirigir sus vidas de manera independiente, crear un espacio de acción colectiva y conectar los niveles local, regional y nacional de la revolución. En su “Documento de discusión sobre los comités locales en Siria”, Aziz señalaba que “debido a la ausencia de experiencia electoral, los consejos locales deberían estar compuestos por trabajadores sociales y graduados respetados por la población y que tengan experiencia en el ámbito social, organizativo y técnico, y que estén comprometidos con el trabajo voluntario”. Como tantos otros activistas, Aziz fue detenido en noviembre de 2012 y murió en la cárcel de Adra meses más tarde.

Los CCL también fijaron los lemas bajo los cuales se convocaban las manifestaciones de los viernes, muchos de ellos dirigidos a la comunidad

internacional y a la opinión pública mundial. Algunos de los lemas asumidos fueron: “Vuestro silencio nos mata” (20 de julio de 2011), “Protección internacional” (9 de septiembre), “La zona tampón es nuestra demanda” (12 de diciembre), “Armas para el Ejército Libre” (2 de marzo de 2012), “Intervención militar inmediata” (16 de marzo), “Dadnos armas antiaéreas” (10 de agosto), “Queremos armas, no declaraciones” (5 de octubre), “La comunidad internacional coopera con al-Asad en sus masacres” (1 de febrero de 2013), “El terrorista Bashar mata a civiles con armas químicas mientras el mundo mira” (23 de agosto), “Barriles de la muerte con licencia internacional” (27 de diciembre) o “El mundo nos ha fallado, Dios nos dé la victoria” (20 de febrero de 2015), a través de los cuales bien puede resumirse la deriva de la revolución.

Un año después del inicio de la movilización popular, ya existían comités en Deraa, Homs, Baniyas, Saraqeb, Idlib, al-Hasake, Qamishle, Deir az-Zohr, Hama, Raqqa o Duma, por citar tan solo algunos ejemplos. Hoy en día suman 460 comités a lo largo y ancho del país agrupados en diferentes plataformas y federaciones. Se trataba de un éxito sin precedentes, como afirmaban Robin Yassin-Kassab y Leila Al-Shami en la revista digital *CTXT* el 17 de agosto de 2016, “porque sucede en una parte del mundo donde la democracia ha estado prohibida durante medio siglo”. Además, según los autores del libro *Burning Country: Syrians in Revolution and War*, “se está construyendo una alternativa genuina: si no fuera por estas comunidades democráticas autogestionadas, no habría vida alguna en esas zonas destrozadas por la guerra. Todos habrían tenido que huir o habrían muerto. Si hay reparto de comida, servicios médicos, educación, medios de comunicación independientes, recogida de basuras, es gracias a estos consejos democráticamente elegidos”.

No obstante, su labor se resintió como consecuencia de la violenta represión de la que fueron objeto, la militarización del conflicto y la irrupción en escena de las fuerzas yihadistas. Para estos tres actores, el modelo democrático y desjerarquizado de las *tansiqiyat* representaba una evidente amenaza. Un informe de Biladi, una organización que abogaba por la no violencia, titulado “The Syrian Non Violent Movement. Perspectives from the Ground” y publicado en 2013, constataba la debilidad del movimiento, su fragmentación territorial y su creciente marginalización ante el avance de los grupos armados. El documento señalaba: “La revolución siria experimenta hoy varios retos: desde el declive del movimiento civil no violento, que había sido su fuerza motriz, hasta la cambiante realidad militar y la presencia de actores internacionales y regionales que se han vuelto incluso más influyentes dentro de Siria que los

propios sirios. Sin embargo, a pesar de esta sombría realidad, siguen existiendo una serie de activistas que trabajan en la clandestinidad y fuera del ojo público, tanto en Siria como en el extranjero, cada uno según su capacidad y su disponibilidad, con el fin de mantener viva la llama de la revolución”. A partir de 2014, el éxodo de activistas se intensificó y muchos de ellos se establecieron en Líbano, Jordania, Turquía y Europa.

En las ciudades y barrios liberados se establecieron consejos revolucionarios que se responsabilizaron de proveer una serie de servicios básicos, como ayuda humanitaria, electricidad, agua o recogida de basuras. En opinión de Mark Boothroyd, fundador del Syria Solidarity Movement en Reino Unido, “estas repúblicas populares persisten y siguen representando una esperanza en la oscuridad. Su persistencia explica la longevidad de la revuelta y permite que las comunidades sean sostenibles por sí mismas en medio del caos. También explica la continua violencia del régimen. Mientras existan estos consejos democráticos de base, el régimen tratará de acabar con ellos. Los ejemplos de un sistema democrático en Siria son la mayor amenaza para el régimen, ya que representan la esperanza de un futuro progresista, no sectario y libre de la tiranía del régimen”.

Es importante destacar que estas iniciativas de la sociedad civil no reciben ningún tipo de ayuda de los países del golfo Pérsico. Como apuntara el profesor Hassan Abbas, director de The Syrian League for Citizenship, encargada de formar a los activistas, en una entrevista desarrollada en Beirut el 23 de julio de 2016: “No recibimos ninguna financiación por parte de los países árabes. Los países del Golfo no están interesados en la ciudadanía, los derechos humanos, la sociedad civil o el secularismo”. De hecho, el Ejército del Islam, responsable de la desaparición de numerosos activistas, ha llegado a poner precio a la cabeza del propio Abbas.

A pesar de la intensificación de la violencia y del descenso a los infiernos de la guerra civil, la población civil volvió a tomar las calles una y otra vez siempre que pudo. Un buen ejemplo fue el quinto aniversario del inicio de la revolución, en marzo de 2016, que coincidió con un breve alto el fuego. Multitudinarias manifestaciones tomaron las calles de las castigadas Deraa, Alepo, Idlib, Maarrat al-Numan, Kafrnabel, Binnish, Saraqeb o Talbisa para reclamar una vez más la caída del régimen y la liberación de los detenidos, y denunciar el sectarismo y las injerencias extranjeras. En algunos lugares, como Idlib o Maarrat al-Numan, las marchas estuvieron estrechamente vigiladas por el Frente al-Nusra, que llegó a disolver la manifestación y detuvo a varios de sus integrantes. Quedaba claro

que los activistas habían quedado entre dos fuegos: el régimen y los grupos yihadistas.

JUGANDO CON FUEGO

Ante el avance de la revolución, el régimen sirio adoptó una serie de medidas cosméticas destinadas a apaciguar la situación. Además de la destitución del gobernador de Deraa, el gobierno decidió derogar la ley de emergencia el 21 de abril de 2011, decisión que apenas tuvo impacto en la situación sobre el terreno. Estas medidas fueron ampliamente criticadas por la oposición, que consideró que solo estaban orientadas a ganar tiempo. El intelectual Burhan Ghaliun, catedrático de La Sorbona en París que más tarde se pondría al frente del CNS, pidió reformas radicales en un artículo aparecido en el portal de Al-Jazeera el 28 de marzo: “La salida de la crisis, de toda crisis, requiere rehusar al empleo de las armas y la aceptación de la lógica política, es decir, de la negociación, el diálogo serio y creíble. La lógica de la negociación y de diálogo político exigen la credibilidad y el reconocimiento del otro”, actitud que no advertía en Bashar al-Asad, que sigue “soñando en reformas formales dentro del régimen imperante, con un régimen de un solo gobernante, un solo partido y una sola autoridad”.

Sin duda la más controvertida de estas medidas fue la aprobación en primavera de 2011 de una amnistía que afectó a dos centenares de presos yihadistas de la prisión de Seidanaya. En opinión de los analistas Bassma Kodmani y François Legrand, “en esta estrategia, el enemigo ideal (que rápidamente se ha convertido en el mejor aliado objetivo) es el extremismo. Las figuras moderadas y seculares de la oposición se han convertido en el enemigo más peligroso”. Mediante esta maniobra, el régimen pretendía radicalizar la revolución y reforzar la impresión de que se enfrentaba a elementos yihadistas, un rival cómodo que le permitía presentarse como un muro de contención ante el fanatismo y como protector de las minorías confesionales. Entre los liberados se encontraban Abu Muhammad al-Yulani (que se pondría al frente del Frente al-Nusra, la sucursal siria de al-Qaeda), Hassan Abbud (emir del grupo salafista Ahrar al-Sham), Zahran Allush (máximo líder del Ejército del Islam), Ahmad Aisa al-Sheij (comandante de Suqur al-Sham) o Abd al-Rahman Suweis (responsable de Liwa al-Haqq).

Debe tenerse en cuenta que los servicios de inteligencia sirios mantenían una estrecha relación con los grupos yihadistas locales, ya que Siria se convirtió a partir de 2003 en un corredor para quienes acudían a Irak a combatir a las

fuerzas de ocupación norteamericanas. Como recordara Nawaf Fares, por aquel entonces gobernador de la provincia fronteriza de Deir ez-Zor, al diario *The Daily Telegraph* el 24 de julio de 2012: “Tras la invasión de Irak, el régimen sirio se sintió en peligro y empezó a planificar cómo desestabilizar a las fuerzas de Estados Unidos en Irak para lo que estableció una alianza con al-Qaeda. Se animó a los árabes y extranjeros a acudir a Irak a través de Siria y el gobierno sirio facilitó sus movimientos. Como gobernador en aquel entonces, se me dieron órdenes verbales de que facilitase el viaje a cualquier trabajador público que lo deseara”. También son conocidas las conexiones de los *mujabarat* (a través del general Ali Mamluk y de su segundo Ali Adnan) con el grupo yihadista Fatah al-Islam, que en mayo de 2007 tomó el campo libanés de refugiados de Nahr al-Bared.

CAPÍTULO 3

La estrategia de la tierra quemada

Las multitudinarias manifestaciones tomaron por sorpresa a Bashar al-Asad, que, a pesar de lo ocurrido en Túnez y Egipto, carecía de una estrategia eficaz para contenerlas. Los titubeos iniciales en la gestión de la crisis evidenciaron, además, las divisiones internas del régimen y las discrepancias en torno a cuál debería ser la respuesta más adecuada para sofocarlas. Los sectores inmovilistas y los reformistas coincidían en la necesidad de preservar el régimen a toda costa, pero diferían en torno a la mejor manera de hacerlo. Mientras los primeros consideraban que no debían realizarse concesiones porque provocarían, tarde o temprano, el colapso del régimen, los segundos apostaban por introducir reformas cosméticas con el objetivo de desactivar las protestas. Estas disensiones explicarían los mensajes contradictorios y los golpes de timón experimentados en las primeras fases de la crisis. El dilema se resolvió a favor de los primeros, mientras que las voces más críticas con la “solución militar”, entre las que se encontraba el propio vicepresidente Faruq al-Sharaa, fueron gradualmente relegadas a un segundo plano.

Ante la presión de la calle, Bashar al-Asad decidió atrincherarse en el poder. Debe tenerse en cuenta que el presidente ya conocía la suerte que habían corrido los presidentes de Túnez y Egipto, por lo que era consciente de que los manifestantes no se conformarían con meras reformas superficiales. En un primer momento intentó granjearse el apoyo de las clases medias urbanas mediante el aumento de los sueldos de los funcionarios entre un 20 por ciento y un 30 por ciento con el objeto de compensarles por la pérdida de poder adquisitivo motivada por la elevada inflación registrada en los años precedentes. Esta medida afectaba a casi una tercera parte de la fuerza laboral siria y era idéntica a las adoptadas en Argelia o las petromonarquías del golfo Pérsico, con la salvedad de que Siria no era un estado rentista ni disponía de recursos ilimitados, ya que su producción petrolífera apenas bastaba para satisfacer las

necesidades del mercado doméstico.

El régimen interpretó que se enfrentaba a una lucha a vida o muerte que requería la movilización de todos sus apoyos. Al tratarse de un régimen clánico, buena parte del esfuerzo recayó en los propios integrantes de la familia de los Asad, que ocupaban puestos relevantes dentro de esta estructura de poder. Maher al-Asad, hermano de Bashar, fue uno de los elementos claves en la represión de la revolución por parte de la IV División Armada, mayoritariamente integrada por alauíes. Su cuñado Asef Shawkat, casado con Bushra al-Asad, también fue determinante al haber dirigido en el pasado la Inteligencia Militar y detentar entonces el puesto de viceministro de Defensa. Otro tanto se puede decir de su primo Hafez Majluf, que se situaba al frente la Dirección General de Seguridad de Damasco, organismo que asumió un destacado papel en la detención y tortura de los activistas. Hilal al-Asad, otro de sus primos, se puso al frente de las progubernamentales Fuerzas de Defensa Nacional en Lataquia.

Destacados miembros del régimen, como su primo Rami Majluf, principal fortuna del país, dejaron claro que no se quedarían de brazos cruzados ante la movilización de la calle siria. En una entrevista concedida a *The New York Times* el 10 de mayo de 2011, Majluf lanzó veladas amenazas sobre una posible desestabilización regional: “Si no hay estabilidad aquí, no habrá estabilidad en Israel... Nadie puede garantizar lo que sucederá si, Dios no lo quiera, algo le pasa a este régimen”. También dejó claro que la familia gobernante pretendía morir matando: “No vamos a marcharnos ni abandonar el barco... Nos quedaremos aquí y lucharemos hasta el final. Ellos deberían saber que si sufrimos, no sufriremos solos”. Una amenaza que no tardó tiempo en llevarse a la práctica.

A medida que se intensificó la represión, también se multiplicaron los casos de militares que se negaron a obedecer las órdenes de sus superiores. Aunque parte de ellos fueron ejecutados de manera sumaria, otros muchos se unieron a la oposición. En un primer momento, su principal objetivo era defender a los manifestantes y evitar la entrada de las tropas del régimen en las ciudades o barrios rebeldes. Esta posición defensiva apenas duró unos meses, ya que a partir del verano pasaron a la ofensiva golpeando a las fuerzas leales al régimen a las que infligieron severas pérdidas en Yisr al-Shugur, Rastan o Zabadani.

El 29 de julio de 2011 se anunció la creación del ELS, integrado en su mayor parte por desertores del ejército regular. El coronel Riad al-Asaad, su máximo dirigente, pidió a sus antiguos compañeros “desertar del ejército, cesar de apuntar los rifles contra los manifestantes, unirse a las filas del ELS y formar un

ejército nacional para proteger la revolución y a todos los sectores del pueblo sirio independientemente de su confesión”. El coronel Afif Mahmud Suleiman, que desertó en enero de 2012 y se puso al frente del consejo militar de Idlib, explicó los motivos de su decisión: “Hemos desertado porque el gobierno está asesinando a los manifestantes civiles. El ejército sirio está atacando Hama con armas pesadas, bombardeos aéreos y proyectiles de tanques”. En los meses siguientes numerosos altos mandos seguirían sus pasos. En muchas ocasiones fueron los mismos responsables de las unidades enviadas para sofocar las movilizaciones o reprimir a los rebeldes quienes se negaron a acatar las órdenes y desertaron, como en el caso del general Muafaq Hamze en Qusair en enero de 2012, el general Fayez Amro en el barrio de Baba Amro en Homs en febrero o el general Adnan Farzat en Rastan en marzo.

Con el objeto de aplastar la revolución, Bashar al-Asad estableció un gabinete de crisis en el que, además de Shawkat y Majluf, tomaban parte otras personalidades de probada lealtad al régimen como el ministro de Defensa Daud Abdallah Rayiha y su predecesor en el cargo Hasan Turkmani, el ministro de Interior Muhammad al-Shaar, el exresponsable de la Dirección General de Seguridad Hisham Ijtia y Muhammad Saad Bejaitan, director de la Oficina de Seguridad Nacional. No obstante, esta célula sufrió un golpe mortal el 18 de julio de 2012 que acabó con la vida de todos ellos menos de Majluf y Bejaitan, que quedaron malheridos. El atentado, nunca del todo esclarecido, fue reivindicado tanto por el ELS como por la Brigada del Islam (que más tarde pasaría a denominarse Ejército del Islam). Otras fuentes apuntaron a la participación de servicios de inteligencia extranjeros, aunque sin aportar pruebas consistentes.

Durante el primer año del levantamiento, las deserciones parecían indicar que las horas del régimen estaban contadas. En este periodo abandonaron el país destacados miembros de los servicios de inteligencia (Mustafa al-Shaij o Awad Ahmad al-Ali, entre otros), altos responsables gubernamentales (como el viceministro de Petróleo Abdo Hussameddin o el portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores Yihad al-Maqdisi), parlamentarios (como Imad Galiun o Ijlas al-Badawi), diplomáticos (como los destacados en Suecia, Irak, Emiratos, Bielorrusia, Malasia, Serbia o ante la ONU), periodistas (Kamal Yamal Beyk, Lama al-Khadra o Baddur Abd al-Karim) o, incluso, el héroe nacional Muhammad Faris (el primer astronauta sirio que viajó al espacio en 1987 a bordo del Soyuz TM-3) al no compartir los expeditivos métodos empleados para sofocar la revolución.

Más daño provocó la desertión de personas próximas al círculo más íntimo de los Asad, como el general de la Guardia Republicana Manaf Tlas, hijo del poderoso exministro de Defensa Mustafa Tlas, que huyó a Turquía el 3 de julio de 2012 desde donde denunció los “actos criminales” del régimen. El golpe más duro llegó con la huida del primer ministro Riad Hiyab a Jordania el 6 de agosto. En su primera comparecencia pública en Ammán, Hiyab señaló que “el régimen se encontraba al borde del colapso moral y económico”, ya que no controlaba más del 30 por ciento del territorio. También realizó un llamamiento para que los altos mandos del ejército se unieran a la revolución: “Siria está repleta de oficiales honorables y líderes militares que están esperando la ocasión para unirse a la revolución. Urjo al ejército a seguir el ejemplo de los militares en Túnez y Egipto y ponerse al lado del pueblo”.

Tras el atentado contra el gabinete de crisis se registró una escalada de la violencia sin precedentes. Como recuerda Riad Hiyab en una entrevista con *The Daily Telegraph* publicada el 4 de noviembre de 2012, “el nuevo ministro de Defensa [Fahd Yasim al-Freig] emitió un comunicado ordenando a todos los jefes militares que deberían hacer ‘todo lo que fuera necesario’ para ganar y les dio carta blanca en el empleo de la fuerza”. Los bombardeos aéreos contra las zonas rebeldes se intensificaron a partir de entonces.

TORTURAS Y DESAPARICIONES

Las detenciones y tortura de activistas y opositores también se generalizaron. En los primeros cinco años de guerra, la Red Siria de Derechos Humanos contabilizó al menos 117.000 detenidos por las fuerzas de seguridad. En su informe “‘It Breaks the Human’: Torture, Disease and Death in Syria’s Prisons”, publicado en agosto de 2016, Amnistía Internacional denunció que desde el inicio de la revolución habían muerto, al menos, 300 personas cada mes bajo tortura en las cárceles sirias. A pesar de ser considerada un crimen de lesa humanidad por la legislación internacional, la tortura era una práctica extendida en la Siria de los Asad. Para documentarse sobre la materia es extremadamente útil el documental *Viaje a la memoria* de la directora siria Hala Muhammad, que recoge el testimonio de tres presos en la cárcel de Palmira: el escritor Yassin al-Haj Saleh, el poeta Farag Bairaqqdar y el dramaturgo Gassan Jbai, encarcelados durante años sin saber siquiera de qué se les acusaba.

Amnistía Internacional elevaba a, al menos, 17.723 el número de muertes documentadas bajo custodia de las autoridades sirias desde marzo de 2011. El

mencionado informe señala que “cualquiera que sea percibido como opuesto al gobierno corre el riesgo de ser detenido de manera arbitraria, desaparecer de manera forzada, ser sometido a tortura y otros malos tratos y posiblemente morir bajo custodia. Los detenidos sospechosos de oponerse al gobierno incluyen a activistas pacíficos, defensores de los derechos humanos o periodistas y a quienes proporcionan ayuda humanitaria o médica a los civiles que lo requieren o han participado en la organización de manifestaciones a favor de la reforma o asisten a ellas”. Tras ser torturados y obligados a firmar confesiones falsas, los detenidos suelen ser juzgados por cortes militares o antiterroristas sin unas mínimas garantías legales. Los encarcelados en las prisiones de Adra o Seidnaya “son torturados y reciben otros malos tratos no con el propósito de obtener información, sino como una manera de degradarlos de forma sistemática e implacable, así como castigarlos y humillarlos”.

Los medios más comunes de tortura son las descargas eléctricas, las quemaduras con cigarrillos o las violaciones. También es habitual el *dulab* (obligar a la víctima a permanecer con el cuerpo contorsionado dentro de un neumático), el *shabeb* (colgarla de las muñecas durante varias horas mientras es golpeada) y la *falaqa* (azotarla en las plantas de los pies). Además, los reclusos son obligados a vivir en condiciones de hacinamiento, con comida en mal estado y con nula atención médica. Según dicho informe, “las fuerzas del gobierno sirio llevan décadas empleando la tortura como medio para doblegar a sus opositores. En la actualidad se lleva a cabo en el marco de un ataque sistemático y generalizado contra todo civil sospechoso de oponerse al gobierno, lo que constituye un crimen de lesa humanidad”. Por eso, Amnistía Internacional interpreta que los responsables deberían ser puestos a disposición judicial, algo difícil porque “Rusia lleva años utilizando su derecho de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU para proteger a su aliado, el gobierno sirio, e impedir que responsables concretos del gobierno y las fuerzas armadas sean llevados ante la Corte Penal Internacional por crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad”.

A la detención y la tortura les sigue a menudo la desaparición. Entre marzo de 2011 y agosto de 2016 se habrían registrado, según la Red Siria de Derechos Humanos, más de 75.000 desapariciones forzosas. En un informe publicado el 30 de agosto de 2016 con el título “The Prolonged Pain”, la Red denunció la violación sistemática de los derechos humanos por parte del régimen, el ISIS, el Frente al-Nusra, las Unidades de Protección Popular (YPG en sus siglas en kurdo) y los diferentes grupos rebeldes, ya fueran de orientación secular como el

ELS o islamista como Ahrar al-Sham o el Ejército del Islam. Según dicho informe, “todos estos grupos han llevado a cabo detenciones de diversa índole. No obstante, es el régimen sirio quien sigue a la cabeza en este aspecto, ya que es responsable del 96 por ciento de las desapariciones forzosas”. En total, el régimen sería responsable de 71.533 desapariciones, de las cuales 64.214 eran civiles (incluidos 4.109 niños y 2.377 mujeres). También las fuerzas rebeldes han recurrido a las desapariciones forzosas para deshacerse de sus rivales o imponer su autoridad.

En este sentido, debe recordarse que las convenciones internacionales impiden los arrestos arbitrarios y las torturas de los detenidos y contemplan el derecho a un juicio justo y a una defensa legal. El mencionado informe considera que “el régimen sirio emplea las desapariciones forzosas para extender el terror y el pánico en la sociedad”. El responsable de la Red, Fadel Abdul Ghani, señaló que “las autoridades se niegan terminantemente a reconocer o negar su responsabilidad en los arrestos, o que han torturado a los detenidos o a informar sobre el paradero de los detenidos. Las familias de los detenidos tienen, a su vez, miedo de preguntar acerca de sus seres queridos y así las víctimas se hunden en un agujero negro que es cada vez más y más grande conforme transcurre el tiempo”. El informe pidió sin éxito que los responsables de estas violaciones rindiesen cuentas ante la justicia y reclamó que el régimen abriese las puertas de sus cárceles y centros de detención a una comisión de investigación internacional.

A este respecto es también sumamente esclarecedor el informe “If the Dead Could Speak: Mass Deaths and Torture in Syria’s Detention Facilities”, publicado por la organización Human Rights Watch el 16 de diciembre de 2013. Dicho documento recogía 53.275 fotografías de, al menos, 6.786 víctimas torturadas hasta la muerte en las cárceles del régimen tomadas por un fotógrafo forense de la Policía Militar apodado Caesar. La mayor parte de las víctimas habían sido detenidas por miembros de la Inteligencia Aérea, la Inteligencia Militar, la Seguridad Política, la Policía Militar y la Seguridad del Estado. Una de las víctimas, Ahmad al-Musalmani, de tan solo 14 años, fue torturada hasta la muerte por tener en su móvil una canción revolucionaria mientras su familia pagaba sobornos de 14.000 dólares para tratar de lograr su liberación. Es habitual que las familias de los desaparecidos paguen elevadas sumas a miembros de los *mujabarat* para tratar de lograr la liberación de los detenidos o acceder a información sobre sus centros de detención. Solo en raras ocasiones las fuerzas de seguridad entregan los cadáveres a sus familias, dadas las señales

de tortura que portan. El citado informe señala: “Una vez que los cuerpos llegaban al hospital militar, los soldados los cargaban en camionetas. Suleiman Ali, un recluta que desertó del Hospital Militar, oyó que después eran incinerados. Otro desertor, Fahed al-Mahmud, que pasó un tiempo en el hospital militar de Harasta, afirmó que los conductores de vehículos militares les dijeron que los cuerpos eran enterrados en zonas militares en el desierto”.

Pero esta brutal represión no consiguió detener la revolución, sino que más bien tuvo el efecto contrario al sumar a miles de personas más. En este sentido es oportuno recuperar el testimonio del que fuera embajador sirio en Irak, Nawaf Fares, natural de Deir ez-Zor y miembro de la influyente tribu de Uqayda, en el que explica las razones que le llevaron a desertar. En la entrevista a *The Daily Telegraph* antes mencionada señalaba: “Hubo una tremenda destrucción en mi ciudad y miles de personas fueron asesinadas, muchos de ellas de mi propia tribu. Lo que vi allí me rompió el corazón. La situación era trágica e increíble y si la gente no se ha unido todavía al levantamiento, lo hará a partir de ahora. La mayoría de mi tribu se ha unido ya a la revolución”.

BOMBARDEOS Y ASEDIOS

A medida que el número de ciudades y aldeas alzadas aumentaba, el régimen decidió elevar el listón y utilizar medios de guerra contra su propia población. El régimen puso en marcha una auténtica estrategia de tierra quemada contra las zonas rebeldes, lo que provocó una elevada mortandad entre los civiles acelerando su éxodo. La aviación bombardeó sin pausa las localidades alzadas, bien por medios de guerra convencionales (como los misiles balísticos) o por otros más devastadores (como barriles bomba repletos de fragmentos metálicos y explosivo TNT o bombas de racimo prohibidas por las convenciones internacionales). Numerosos barrios de Homs y de Alepo quedaron prácticamente reducidos a cenizas, al igual que ciudades como Yisr al-Shugur, Qusair, Daraya, Talbise o Yaubar, lo que obligó a su población a desplazarse a otras localidades consideradas como seguras o a abandonar el país. Como señalara el opositor Hassan Abbas, director de The Syrian League for Citizenship, en una entrevista desarrollada en Beirut el 23 de julio de 2016, “nadie podría imaginarse que el régimen matase a su propia población con tanta brutalidad”.

En su premiado libro *La frontera. Memoria de mi destrozada Siria*, Samar Yazbek denuncia que “la aviación de al-Asad apuntaba deliberadamente a los

depósitos para cortar el suministro de agua a los pueblos rebeldes. Como en la mayoría de los pueblos y ciudades, el mercado era un objetivo clave de los bombardeos”. También fueron habituales los ataques a hospitales y centros de salud, estrictamente prohibidos por el Derecho Internacional Humanitario, todo ello con la intención de dejar sin servicios a las poblaciones locales y obligarlas a huir. Debe recordarse que el artículo 8 del Estatuto de Roma considera como un crimen de guerra el hecho de “dirigir intencionalmente ataques contra la población civil en cuanto tal o contra personas civiles que no participen directamente en las hostilidades” y “atacar o bombardear, por cualquier medio, ciudades, aldeas, viviendas o edificios que no estén defendidos y que no sean objetivos militares”, así como “dirigir intencionalmente ataques contra edificios, material, unidades y medios de transporte sanitarios, y contra personal que utilice los emblemas distintivos de los Convenios de Ginebra de conformidad con el Derecho Internacional”.

Uno de los primeros ejemplos de hasta dónde estaba dispuesto a llegar el régimen fue el asedio contra Baba Amro, el icónico barrio de Homs donde se habían hecho fuertes los rebeldes, que se cerró a cal y canto a partir del 24 de diciembre de 2011. El 28 de febrero de 2012 la IV División de Maher al-Asad lanzó un devastador ataque que dejó un saldo de un millar de muertos y la destrucción parcial del barrio en lo que pretendía ser un castigo ejemplar contra los rebeldes. Tras varios años de bombardeos sistemáticos, Homs se ha convertido hoy en el Guernica sirio, tal y como muestra el vídeo captado por un dron de *Russia Today* el 10 de enero de 2016, que sobrevuela los barrios destruidos de lo que parece ser una ciudad fantasma.

A pesar de que la oposición reclamó la imposición de zonas de exclusión aérea para evitar que el régimen bombardease las ciudades alzadas, la comunidad internacional no secundó esta propuesta. En la entrevista anteriormente mencionada, el ex primer ministro Hiyab constató: “Bashar tiene miedo de la comunidad internacional y está realmente preocupado en torno a la posibilidad de que impusieran una zona de exclusión aérea sobre Siria. Pero luego tanteó el terreno y vio que no ocurría nada, así que ahora puede lanzar ataques aéreos y arrojar bombas de racimo contra su propia población”. Tampoco hubo una respuesta positiva a las reiteradas peticiones de misiles tierra-aire por parte de las fuerzas rebeldes, ya que Estados Unidos consideraba que podrían caer en manos de los grupos yihadistas o Hezbollah.

Otro de los instrumentos predilectos del régimen para doblegar la resistencia de las poblaciones alzadas fueron los castigos colectivos. En este sentido cabe

recordar que el artículo 33 de la IV Convención de Ginebra señala: “No se castigará a ninguna persona protegida por infracciones que no haya cometido. Están prohibidos los castigos colectivos, así como toda medida de intimidación o de terrorismo”. Precisamente fue Deraa, donde la revolución estalló, la primera en padecer un asedio a partir del 25 de abril de 2011, cuando la ciudad fue cercada por las tropas del régimen que cortaron el agua y la electricidad, además de impedir el paso de alimentos y medicinas. En las semanas siguientes seguirían la misma suerte algunos barrios de Banias, Hama, Homs, Deir ez-Zor, Qusair, Maarrat al-Numan, Daraya, Talbise, Yisr al-Shugur y Rastan, por citar tan solo algunos ejemplos. En septiembre de 2015, la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de la ONU alertaba de que, al menos, había 390.000 personas viviendo bajo asedio en 15 localidades. En 2015, la ONU solo pudo ofrecer ayuda sanitaria al 3,5 por ciento de la población asediada y proveer alimentos a todavía una porción menor: un 0,7 por ciento.

Para tratar de evitar que la revolución se extendiese por el conjunto del país, el régimen recurrió a métodos cada vez más brutales. A partir de 2012 se llevaron a cabo varias matanzas en zonas controladas por los rebeldes. Sin ánimo de ser exhaustivos citaremos algunas de las más conocidas como la perpetrada en Karm al-Zaytun del 9 de marzo de 2012 (47 muertos), la de Taftanaz el 5 de abril (62 muertos), la de Hula el 25 de mayo (108 muertos), la de Al-Qubair el 6 de junio (55 muertos), la de Daraya el 25 de agosto (270 muertos) o la de Maarrat al-Numan entre el 8 y el 13 de octubre (65 muertos), todas ellas perpetradas por las tropas del régimen o los *shabbiha*. Entre febrero y marzo de 2013 fueron recogidos al menos 147 cadáveres de hombres en un río en las proximidades de Aleppo. Entre el 2 y el 3 de marzo de ese mismo año entre 300 y 450 personas, según la ONU, fueron asesinadas por fuerzas paramilitares afines al régimen en las localidades de Banias y Baida.

También se registraron varias matanzas contra las minorías confesionales, en particular contra los alauíes y drusos. El 11 de diciembre de 2012 tuvo lugar la masacre en Aqrab, una aldea de la provincia de Hama en la que habrían sido asesinados 125 alauíes por milicianos islamistas. El 11 de junio de 2013, yihadistas extranjeros que probablemente pertenecían al Frente al-Nusra atacaron la aldea de Hatla asesinando a 30 civiles alauíes y posteriormente emitieron un vídeo propagandístico en el que advirtieron que se aproximaba “el fin de los chiíes”. El 10 de junio de 2015 el Frente al-Nusra atacó la localidad de Qalb Lawza, en la provincia de Idlib, matando a 24 drusos, masacre que fue condenada por todos los grupos rebeldes, incluido Ahrar al-Sham.

LAS ARMAS QUÍMICAS

Después de sobrepasar todas las líneas rojas sin que la comunidad internacional reaccionara, el régimen decidió forzar aún más la máquina ante las sucesivas pérdidas de territorio. El 21 de agosto de 2013 fue atacada con gas sarín la zona de Guta, en las afueras de Damasco y bajo control del ELS, con un balance de 1.466 personas muertas (426 de ellas, niños). No era la primera ni sería la última vez que el régimen recurría a las armas químicas, ya que antes las había empleado a escala menor en Yaubar y Homs y posteriormente lo haría en Zamalka, Arbin o Moadamiye, todas ellas en la periferia de la capital y en manos de los rebeldes. Debe recordarse que el artículo 8 del Estatuto de Roma considera un crimen de guerra “el empleo de gases asfixiantes, tóxicos o similares o cualquier líquido, material o dispositivo análogos”.

El empleo de armas de destrucción masiva había sido una de las líneas rojas fijadas por el presidente Barack Obama para justificar una eventual intervención militar norteamericana. El secretario de Estado John Kerry llegó a señalar los días posteriores: “Sabemos desde dónde fueron lanzados los cohetes y a qué hora, sabemos dónde impactaron y cuándo, sabemos que los cohetes procedían de áreas controladas por el régimen y fueron dirigidos únicamente contra vecindarios controlados por la oposición”. Además, los servicios de inteligencia norteamericanos constataron que en los días previos se habían repartido máscaras de gas entre las fuerzas del régimen.

La Administración de Obama valoró la posibilidad de lanzar bombardeos contra varios objetivos militares para castigar al régimen sirio, pero en ningún momento se planteó derribar a un Bashar al-Asad que atravesaba su momento más delicado. La principal razón es que carecía de un recambio claro y pretendía preservar el régimen para evitar un nuevo fiasco como el de Irak tras la caída de Saddam Husein. En su lugar, Obama se contentó con un plan para eliminar las armas de destrucción masiva en manos del régimen que fue pactado con Rusia el 14 de septiembre. El acuerdo obligaba al gobierno sirio a presentar un listado de su arsenal de armas químicas (un total de 1.300 toneladas de gas sarín, mostaza y nervioso) y a suscribir la Convención Internacional para la Prohibición de Armas Químicas. En todo momento, Rusia vetó la creación de una comisión independiente para investigar dicha masacre. Este acuerdo fue denominado por el profesor Hassan Abbas, en la entrevista anteriormente citada, como “la gran traición norteamericana a la revolución siria”.

El acuerdo fue duramente criticado por la oposición siria y por los grupos

rebeldes. La activista Razzan Zeitune, testigo presencial de la masacre, escribió el 14 de octubre de 2013 un duro texto en el blog *Damascus Bureau* titulado “¿Por qué Occidente se equivoca en Siria?”. En él se preguntaba: “¿Por qué insiste Occidente en tratar a nuestros muertos y heridos como si fueran menos valiosos que los occidentales, como si nuestras víctimas no merecieran siquiera respeto o compasión? Después de la matanza química de Guta creíamos que el mundo, al fin, tendría en cuenta nuestros intereses. No pensábamos que, al ver a cientos de niños muertos, la comunidad internacional actuaría solo en favor de sus intereses. La matanza química marcó un hito no solo para la revolución siria, sino también en la conciencia y la mente de la población siria. Fui testigo presencial de la matanza y vi los cuerpos de hombres, mujeres y niños esparcidos por las calles. He oído a las madres gritando cuando se encontraron los cuerpos de sus hijos muertos. Como activista de derechos humanos que siempre ha creído en los principios humanitarios de la ONU, puedo hablar largo y tendido de la crisis que sufrí cuando se aprobó la resolución 2.118 del Consejo de Seguridad de la ONU”.

Esta resolución del 27 de septiembre legitimó el acuerdo ruso-americano cubriéndolo de la acostumbrada retórica onusiana, puesto que “condenaba en los términos más enérgicos todo empleo de armas químicas en Siria, en particular el ataque perpetrado el 21 de agosto de 2013, en violación del Derecho Internacional” y “expresaba su firme convicción de que las personas responsables del empleo de armas químicas en la República Árabe Siria deben rendir cuentas de sus actos”, aunque obviamente no adoptaba ninguna medida para que así fuera, sino más bien todo lo contrario, ya que a partir de entonces consideraba al régimen como su interlocutor.

El escritor Yassin al-Haj Saleh, en su artículo “La desnuda desgracia del mundo” publicado por la revista digital *CTXT* el 3 de septiembre de 2016, resumiría el sentir de buena parte de la población siria al señalar: “El Estado asadista no solo salió impune del crimen de Guta, sino que además recibió licencia para seguir matando con otras armas. Se le concedió permiso para continuar castigando a los sirios que se habían levantado contra él, con una garantía internacional de impunidad. Las bombas barril del régimen son la continuación de la masacre química, mediante un medio mucho más letal y destructivo, y con efectos más devastadores. Y la causa de ello es que las masacres nunca supusieron un problema para los actores internacionales más influyentes. El único problema residía en las armas con las que se realizase la matanza. La violación de la sacralidad de las vidas de los sirios nunca fue un

problema”.

LAS REFORMAS COSMÉTICAS

A la par que desarrollaba esta estrategia de tierra quemada, el régimen adoptó una serie de reformas cosméticas con el objetivo fallido de desmovilizar a los manifestantes. A partir de primavera de 2011 se aprobaron diversos decretos encaminados a derogar las leyes de emergencia, permitir las manifestaciones pacíficas, acabar con el sistema de partido único o enmendar la Constitución. Las reformas introducidas a cuentagotas demostraron precisamente todo lo contrario de lo que pretendían: que el régimen era incapaz de reformarse y carecía de voluntad de pilotar una transición hacia la democracia.

El artículo 5 de la nueva Ley de Partidos Políticos, aprobada el 3 de agosto de 2011, señalaba que los partidos deberían “preservar la unidad del país y fortalecer la unidad nacional” y advertía que no podrían tener “base religiosa, sectaria, tribal o regional o discriminar en función de raza, sexo o color”, señalando que “las actividades del partido no implicarán la formación de formaciones militares o paramilitares ni pública ni secretamente”. Dicho artículo también especificaba que “el partido no podrá ser el brazo o el afiliado de un partido u organización política no siria”. Por supuesto, ninguna de las formaciones críticas con el régimen o de los partidos perseguidos en el pasado, incluidos los HH MM, fueron legalizados.

Otra de las estrategias de supervivencia del régimen fue la destinada a sentar las bases de un diálogo nacional con la oposición tolerada. Para tratar de dividir a la oposición y ganar tiempo, el régimen autorizó la celebración de un encuentro en el hotel Semiramis de Damasco el 27 de junio en el que tomaron parte decenas de opositores, entre ellos Michel Kilo, Luay Husayn o Hassan Abbas. Muchos otros optaron por boicotarlo al considerar que el encuentro sería instrumentalizado por el régimen.

El 9 y el 10 de julio de 2011, el régimen auspició un nuevo encuentro en el que participaron 200 delegados, parte de ellos vinculados al Comité Nacional para la Coordinación del Cambio Democrático (CNCCD), que era partidario de la negociación con el régimen y contrario a una intervención internacional. En su apertura, el vicepresidente Faruq al-Sharaa manifestó: “Esperamos que este encuentro lleve a la transformación de Siria en un estado más plural y democrático donde los ciudadanos disfruten de plena igualdad”. El comunicado final demandó la liberación de los presos políticos y de los detenidos desde el

comienzo de la revolución. También defendió que “el diálogo era el único camino para poner fin a la crisis que vivía Siria” y rechazó “cualquier injerencia extranjera con el pretexto de defender los derechos humanos”. Demandó, asimismo, profundizar las reformas y combatir la corrupción. Por último, se comprometió a enmendar la Constitución para que fuera coherente con el gobierno de la ley, el multipartidismo y la democracia.

Sin embargo, la mayor parte de los activistas y opositores consideraban que el régimen había perdido toda su credibilidad. Suhayr al-Atasi, que durante la Primavera de Damasco dirigió el Foro al-Atasi, manifestó al diario *Al-Sharq al-Awsat* el 16 de julio: “¿Cómo podemos aceptar este ‘diálogo nacional’? Llega demasiado tarde, por no mencionar la falta de credibilidad entre el pueblo y el régimen. El mejor ejemplo de ello son los arrestos de los artistas e intelectuales que decidieron tomar las calles en solidaridad con las demandas legítimas de mayores libertades en Siria. El régimen sirio tan solo está intentando comprar tiempo con este ‘diálogo nacional’... La oposición siria está unida, como se ha podido comprobar en su posición conjunta de boicotear este denominado ‘diálogo nacional’ con las mismas autoridades que están asesinando a su propio pueblo”.

También los CCL rechazaron sentarse en la misma mesa que el régimen. En su comunicado del 7 de septiembre destacaron: “Los sirios, que han sido asesinados y torturados por miles, no aceptarán ninguna propuesta o acuerdo que mantenga en el poder a Bashar al-Asad, los servicios de inteligencia o sus escuadrones de la muerte”. La activista Razzan Zeitune señaló al diario *The Guardian* el día 10: “Mientras se celebra esta reunión hay funerales en otras ciudades y la población continúa siendo asesinada y arrestada”. También Hayzam al-Malih declinó la invitación señalando al diario *Al-Sharq al-Awsat* el día 8: “Quien asiste a un diálogo como este, con una autoridad que comete tales crímenes, traiciona al pueblo... ¿Cómo se puede dialogar con una persona mientras me encañona con una pistola?”.

El 26 de febrero de 2012 fue aprobada la nueva Constitución con un 89,4 por ciento de los votos a favor, cifra inverosímil si tenemos en cuenta que buena parte del país no estaba ya bajo el control del régimen. Las enmiendas introducidas fueron menores y no afectaban al grueso de los poderes presidenciales, ya que Bashar seguía teniendo capacidad para vetar las leyes aprobadas por el Parlamento (art. 98), disolver el Parlamento (art. 107) y asumir el poder legislativo si la Cámara no se encontraba en periodo de sesiones (art. 111). El artículo 8 afirmaba que “el sistema político está basado en el principio

del pluralismo político y el gobierno es únicamente ejercido y alcanzado a través de las elecciones democráticas”. Además, el artículo 88 fijaba un máximo de dos mandatos presidenciales de siete años a partir de ese momento, de tal manera que al-Asad podría prolongar su presidencia hasta el año 2028.

Otra de las medidas adoptadas por el régimen para dar apariencia de normalidad fue la celebración de elecciones legislativas y presidenciales. El 7 de mayo de 2012 tuvieron lugar las elecciones al Parlamento. Según los datos oficiales, los comicios contaron con una participación de un 51,26 por ciento del censo. El oficialista Frente Nacional Progresista logró 168 de los 250 escaños en juego, siendo 134 de ellos para el Baaz que, por lo tanto, retenía más de la mitad de los 250 escaños. La única fuerza de la oposición tolerada que tuvo representación parlamentaria fue el Partido de la Voluntad del Pueblo, con dos parlamentarios. Qadri Yamil, uno de ellos, fue nombrado viceprimer ministro para asuntos económicos, aunque dimitió poco después. Los otros 77 escaños fueron a parar a “independientes” próximos al poder.

Las elecciones presidenciales, por su parte, se celebraron el 3 de junio de 2014 en un clima de violencia generalizada. De acuerdo con la nueva Constitución, y por primera vez desde la conquista del poder por el Baaz, se admitió la presentación de más de un candidato. El texto constitucional establecía que el presidente debería ser musulmán, recabar el apoyo de 35 diputados, tener al menos 40 años de edad, haber nacido en Siria o de padres sirios, no haber contraído matrimonio con una extranjera y haber vivido en Siria en los últimos diez años, requisito fijado para excluir de un plumazo a todos los exiliados políticos que habían salido del país en las últimas décadas. Como no podía ser de otra manera, Bashar se impuso de manera abrumadora con el 88,7 por ciento de los votos.

CAPÍTULO 4

La militarización del levantamiento

La revolución siria fue un movimiento coral en el que jugó un papel determinante la juventud, aunque progresivamente se fueron sumando a las movilizaciones otros elementos de la sociedad. En un principio, la mayor parte de manifestantes coincidía en evitar la violencia, rechazar el sectarismo e impedir una intervención extranjera. No obstante, la brutal represión abrió el debate en torno a la necesidad de recurrir a las armas para hacer frente a las fuerzas del régimen. Una de las primeras voces a favor de esta opción fue la de Ashraf Miqdad, presidente de la Declaración de Damasco exiliado en Sídney, quien manifestó el 6 de septiembre de 2011 a *Al-Sharq al-Awsat*: “El régimen sirio nunca detendrá la represión y los asesinatos, por lo que solo hay dos opciones: una intervención extranjera o armar a los revolucionarios”.

Durante el verano de 2011 se registró un debate en las filas opositoras sobre las ventajas e inconvenientes de empuñar las armas. Una eventual militarización podría ser instrumentalizada por el régimen para presentarse como el garante de la estabilidad interna y tratar de recuperar parte de los apoyos perdidos. Además, el estallido de una guerra civil podría desmovilizar a la calle siria y ser capitalizada por los grupos islamistas. Como hemos visto, el propio régimen pretendía radicalizar la revuelta y proyectar la imagen de que estaba combatiendo contra una insurrección capitaneada por al-Qaeda, todo ello con el objeto de justificar el elevado número de víctimas existente.

La militarización de la revuelta no se produjo de la noche a la mañana. Durante los primeros meses de la revolución, los activistas y la oposición se mostraron claramente contrarios a esta eventualidad, entre otras cosas porque confiaban en derribar al régimen por medio de la resistencia civil y las movilizaciones pacíficas. El periodista Michel Kilo advirtió en *Al-Safir* el 3 de agosto de 2011 de manera premonitoria: “Hay quienes han optado por empuñar las armas contra el régimen, pero no representan más que una minoría de los

manifestantes, pero si las autoridades persisten en emplear la violencia entonces se convertirán en mayoría”. El histórico opositor Hayzam al-Malih declaró a *Al-Sharq al-Awsat* el 11 de septiembre: “La revolución terminará venciendo y la caída del régimen se producirá por medios pacíficos”, añadiendo a que “los revolucionarios no caerán en la trampa” de militarizar la revuelta.

Como no podía ser de otra manera, en este debate también tomaron parte los CCL que rechazaron frontalmente la militarización. En un comunicado publicado el 29 de agosto manifestaron: “La mayor parte de los sirios se sienten desprotegidos en su propia patria frente a los crímenes del régimen”, a pesar de lo cual “rechazamos los llamamientos a tomar las armas o a una intervención extranjera, que consideramos inaceptables desde el punto de vista político, nacional y ético”. A la vez advirtieron: “El método por el cual sea derrocado el régimen será una indicación de lo que será la Siria post-Asad. Si conseguimos que nuestras manifestaciones sigan siendo pacíficas, las posibilidades para la democracia serán mucho mayores. Si se da una confrontación armada o una intervención militar internacional, será prácticamente imposible establecer una base legítima para la futura Siria”.

Otros activistas como Yaudat Said o Giath Matar, ambos de Daraya, también apostaron desde un primer momento por la resistencia civil. El jeque Said, que había sido encarcelado durante cinco años por firmar la Declaración de Damasco, se mostró a favor de la no violencia y condenó el recurso a las armas, por considerar que no conducirían a la instauración de una democracia. Matar, apodado el pequeño Gandhi, opinó al respecto: “Hemos elegido la no violencia, no por falta de valentía o por debilidad, sino por convicción. No queremos una victoria por las armas que destruya el país entero. Queremos llegar a ella por la fuerza moral, y es la razón por la que nos mantendremos en esta línea hasta el final”. Said se vería obligado a huir a Turquía, mientras que Matar sería torturado hasta la muerte por los *mujabarat*, que entregarían su cuerpo despedazado a su familia.

EL EJÉRCITO LIBRE SIRIO

A pesar de estos posicionamientos, poco a poco se fue imponiendo la percepción de que el mundo había abandonado la revolución y solo quedaba una opción: tomar las armas. El 29 de julio se anunció la creación del ELS. Su declaración de principios incidía en la necesidad de construir “un Estado libre y democrático en el que todos los ciudadanos sirios, independientemente de su etnia, credo,

religión o clase, disfruten de los mismos derechos y vivan en libertad, justicia y paz” y en el que se respetase la libertad de expresión, asociación y reunión. Dicho documento demandaba “una solución pacífica a la crisis siria”, aunque también advertía: “Lucharemos si es necesario para poner fin a la tiranía y a la dictadura del régimen de al-Asad. Nuestro propósito es proteger a los civiles sirios y garantizarles un futuro mejor”. En los meses siguientes, miles de soldados se sumaban a sus filas. En verano de 2012 el número de desertores se había disparado hasta los 100.000, aunque muchos de ellos prefirieron huir del país para evitar represalias.

El ELS era, en realidad, un paraguas bajo el que actuaban decenas de brigadas y batallones, de tendencia más o menos moderada, pero que operaban de manera autónoma. En un principio incluyó también a algunas milicias de tendencia islamista, como las Brigadas Tawhid radicadas en Alepo o las Brigadas Faruq de Homs, pero el grueso de sus fuerzas la componían grupos laicos. También acogió a formaciones kurdas, como la Brigada de Salah al-Din al-Ayyubi. Estos grupos empleaban tácticas de guerrilla urbana para confrontar a las fuerzas del régimen, pero conforme se hicieron con el control de vastas zonas demostraron sus limitaciones, ya que fueron incapaces de reemplazar al Estado. Al mismo tiempo debe tenerse en cuenta que la autoridad del coronel Riad al-Asaad, su máximo responsable, era más teórica que real, ya que no tenía capacidad para influir sobre el terreno desde su cuartel general situado en Turquía. La descoordinación e improvisación de los centenares de milicias incidió negativamente en su desempeño militar.

A finales de 2011, el ELS tenía consejos militares en las provincias de Hama, Homs, Deraa, Alepo, Idlib, Deir ez-Zor, Rif Damasco y Lataquia. La toma de varias bases del régimen les permitió hacerse con sus arsenales de armas, pero fue el control del paso fronterizo de Bab al-Hawa con Turquía lo que marcó un punto de inflexión, ya que les ofreció la oportunidad de recibir armas pesadas y misiles antitanque de sus principales benefactores: Turquía, Qatar y Arabia Saudí. No obstante, Estados Unidos y sus aliados europeos vetaron la entrega de misiles tierra-aire, indispensables para hacer frente a la aviación de al-Asad, al considerar que podrían caer en manos de los grupos yihadistas o Hezbollah.

Las relaciones entre el ELS y el CNS, la principal plataforma opositora nacida el 23 de agosto de 2011 y de la que hablaremos en el siguiente capítulo, estuvieron presididas por el conflicto. El CNS fue reconocido por la comunidad internacional como el representante legítimo de la oposición, pero era el ELS quien tenía presencia en el interior del país y combatía a las tropas de al-Asad

sobre el terreno. Pronto se hizo evidente que el CNS tenía escasa capacidad para influir en sus decisiones militares, por lo que maniobró para descabezar a su máximo responsable: el coronel al-Asaad. El 24 de febrero de 2012, el CNS emitió un comunicado en el que anunciaba su voluntad de centrar su estrategia en el interior del país y “establecer consejos locales para respaldar a la población civil y alentar las deserciones de hombres de negocios, tecnócratas y funcionarios públicos que sigan apoyando al régimen”. En septiembre anunció la creación de la Oficina de Enlace Militar para “comunicarse con los grupos opositores armados, organizar y unificar sus mandos en un solo comando central, definir sus misiones defensivas y ponerlas bajo supervisión del CNS y coordinar sus actividades de acuerdo con la estrategia global de la revolución”.

Mientras Siria se deslizaba hacia el abismo, los países occidentales mantuvieron un doble discurso. Por una parte, anunciaron su apoyo diplomático a la oposición, pero por otra insistieron en la necesidad de que se alcanzara una solución negociada. Esta parálisis de la comunidad internacional allanó el camino para la intervención de Arabia Saudí y Qatar. El 8 de agosto de 2011, el rey saudí Abdallah exigió al régimen de al-Asad “que detuviera la maquinaria de matar y cesara el baño de sangre antes de que fuera demasiado tarde”. Poco después retiró a su embajador en Damasco e impulsó la suspensión de Siria como miembro de la Liga Árabe. Tras la primera reunión del Grupo de Amigos de Siria en Túnez el 25 de febrero de 2012, el primer ministro qatarí, el jeque Hamad bin Jassim Al Thani, señaló al canal Al-Arabiyya: “Deberíamos hacer todo lo necesario para ayudarlos, incluso ofrecerles armas para defenderse... El alzamiento sirio se inició hace un año: durante diez meses fue pacífico, así que considero que tienen el derecho a defenderse por medio de las armas y pienso que deberíamos ayudarlos por todos los medios”.

La entrada en escena de los países del Golfo movilizó a Irán y a sus satélites. A partir de otoño de 2011, Hezbollah se involucró en la guerra siria ante la alarmante pérdida de territorio por parte del régimen. Según el analista libanés Fidaa al-Aitani, autor de varios libros sobre dicho movimiento con el que me entrevisté en Ammán el 25 de julio de 2016, “Líbano ya no es la prioridad de Hezbollah: ahora es el juego regional de Irán, lo que le ha llevado a perder su prestigio en el mundo árabe ganado con la defensa de la cuestión palestina y el enfrentamiento contra Israel”. Según sus informaciones, la milicia chií libanesa habría desplegado en territorio sirio a unos 10.000 combatientes y habría sufrido al menos 1.800 bajas. Irán, por su parte, envió asesores militares de la Guardia Revolucionaria para formar a las tropas regulares y establecer diversas milicias

armadas como las Fuerzas de Defensa Nacional y el Ejército Popular que, de manera progresiva, fueron desplazando en sus funciones al ejército sirio, cuestionado por su incapacidad para frenar el avance de los rebeldes y por el elevado número de desertiones.

EL CONSEJO MILITAR SUPREMO

El 11 de diciembre de 2012 se reunieron en la localidad turca de Antalya 260 comandantes rebeldes para establecer un Consejo Militar Supremo que contó con el respaldo económico de Turquía, Arabia Saudí y Qatar y con la cooperación militar de Estados Unidos, Reino Unido y Francia. Según el comunicado que anunciaba su formación, su objetivo era “establecer la estrategia militar y las políticas destinadas a derrocar al régimen”, “supervisar la distribución de armas y fondos entre sus cinco frentes” y “asumir el mando central en la preparación de planes para las operaciones militares y supervisar su ejecución”. Este consejo militar llegó a tener bajo su mando a más de 50.000 combatientes.

Salim Idris, que poco antes había desplazado a Riad al-Asaad del mando del ELS, se situó al frente de su Estado Mayor, integrado por 30 personas. Como señala el informe “The Free Syrian Army”, de Elizabeth O’Bagy, publicado en marzo de 2013 por el Institute for the Study of War, Idris era ante todo un líder político que mantenía una estrecha relación con Arabia Saudí, pero carecía de capacidad para influir en las estrategias militares que fijaban los comandantes rebeldes. El consejo tenía presencia en cinco grandes frentes: este, oeste, norte, sur y centro, en los que operaban 14 consejos militares. El objetivo del Consejo Militar Supremo no era solo enfrentarse de manera eficaz a las fuerzas del régimen, sino también evitar el avance de los grupos yihadistas que cada vez disponían de mayor peso.

A pesar del establecimiento del Consejo Militar Supremo, los grupos rebeldes carecían de los suficientes recursos para derrotar a las tropas del régimen y asaltar sus feudos: la franja costera mediterránea, donde la guerra apenas se había dejado sentir, y Damasco, la capital del país. En febrero de 2014, Idris sería reemplazado por Abdel-Ilah Bashir al-Nuaymi, en lo que él mismo se apresuró a denominar un “golpe militar” orquestado por la CNFROS y varios líderes militares liderados por Yamal Maaruf, responsable del Frente de los Revolucionarios de Siria. En los meses previos habían sido frecuentes los encontronazos de Idris con Ahmah Yarba, líder de la CNFROS, y Asad Mustafa,

ministro de Defensa del gobierno en el exilio, ambos hombres próximos a Arabia Saudí.

En muchos casos, las alianzas entre las diferentes milicias eran meramente coyunturales o pretendían amoldarse a las demandas de sus patrocinadores. Un claro ejemplo de ello fue la irrupción en escena del Frente de los Revolucionarios de Siria en diciembre de 2013, una alianza de 14 grupos que tenía como objetivo ejercer de contrapeso al Frente Islámico Sirio. Este grupo, que operaba en las provincias de Idlib y Alepo, estaba dirigido por Yamal Maaruf, responsable de la Brigada de los Mártires de Siria con base en Yabal al-Zawiya, y recibía ayuda de Arabia Saudí y Estados Unidos, pero perdió fuerza ante el avance del Frente al-Nusra. Otro claro ejemplo era el Movimiento Hazm, una coalición de una docena de grupos nacida en enero de 2014 y que contaba con el apoyo de la CIA. La irrupción de este grupo fue contemplada por algunos observadores como un intento de Salim Idris de recuperar el protagonismo perdido y frenar el avance del grupo de Yamal Maaruf. A pesar de la rivalidad que mantenían, estos dos movimientos se unirían en mayo de 2015 para formar el Ejército de los Revolucionarios y tratar de combatir tanto al régimen como al ISIS.

Por otra parte, debe tenerse en cuenta que los cientos de milicias que operaban en el territorio sirio no solo fueron incapaces de garantizar el gobierno de la ley, sino que en muchas ocasiones se convirtieron en una fuente de caos y violencia. No en vano, varias organizaciones de derechos humanos las han acusado de cometer crímenes de guerra y lesa humanidad. El informe “‘Torture was my punishment’: Abductions, torture and summary killings under armed group rule in Aleppo and Idleb”, publicado por Amnistía Internacional el 5 de julio de 2015, señalaba que “grupos armados de la oposición al gobierno sirio han perpetrado serias violaciones según el Derecho Internacional Humanitario, incluidas desapariciones, torturas y asesinatos sumarios” y les acusaba “de recurrir al gobierno de las pistolas para imponer su propia versión del orden”. En la mayor parte de las ocasiones, las denuncias iban dirigidas al Frente al-Nusra, pero también afectaban a otros grupos como Ahrar al-Sham y el Movimiento Nur al-Din Zanki, que operaba en Alepo y contaba con apoyo de Estados Unidos.

EL FRENTE ISLÁMICO SIRIO

En septiembre de 2012 se estableció el Frente de Liberación Sirio, que llegó a

contar con 35.000 efectivos. Dicho grupo fue concebido como un contrapeso al ELS y estaba encabezado por la brigada islamista de Suqur al-Sham de Idlib. Este nuevo frente atrajo a sus filas a otros grupos de orientación islamista hasta entonces encuadrados en el ELS, como los batallones Faruq y Tahrir, ambos financiados por Arabia Saudí y Qatar. Además, sumó al salafista Ejército del Islam, con presencia en la periferia de Damasco.

Es importante resaltar en este punto que la financiación de muchos de estos grupos se supeditaba a la asunción de una agenda conservadora fijada desde el golfo Pérsico. Como recuerdan Bassma Kodmani y François Legrand, “cada grupo envuelto en la lucha pasó a depender de la ayuda financiera y militar externa y, por lo tanto, fue vulnerable a la manipulación... En el bando opositor, el dinero y las armas se puso a disposición de quienes juraban lealtad a un patrón y los patrones se multiplicaron rápidamente”. Esta atomización, unida a la irrupción de grupos de orientación yihadista, fue aprovechada por la comunidad internacional para justificar su negativa a armar a la oposición con material militar sofisticado, en particular misiles tierra-aire.

Posteriormente, el Frente de Liberación Sirio daría lugar al Frente Islámico Sirio, que mantuvo su cooperación con el Consejo Militar Supremo, pero se negó a aceptar la autoridad de la CNFROS. Esta coalición de orientación salafista, en la que tenía un papel preponderante Ahrar al-Sham, nació el 22 de noviembre de 2013. En ella se integraron el Ejército del Islam, Suqur al-Sham, la Brigada Faruq, Liwa al-Haqq, Ansar al-Sham y los remanentes de la disuelta Brigada Tahrir. Como señalara el informe “Tentative Jihad: Syria’s Fundamentalist Opposition”, publicado en octubre de 2012 por el International Crisis Group: “La situación actual ofrece a los salafistas un entorno propicio: violencia y sectarismo, desencanto con Occidente, líderes seculares y figuras islámicas pragmáticas, así como acceso a la financiación del golfo Pérsico y saber hacer yihadista”.

El principal grupo salafista de la oposición es el Movimiento Islámico de los Libres del Levante (*Harakat Ahrar al-Sham*). Este grupo nació poco después del inicio de la revolución y sus primeros integrantes eran yihadistas que habían sido liberados por el régimen en la primavera de 2011, entre los que se encontraba su máximo responsable, el emir Hassan Abbud. A mediados de 2013 se había convertido en la segunda fuerza rebelde tras el ELS, movilizando a unos 10.000 efectivos, la mayor parte de ellos destacados en las provincias de Idlib, Hama y Aleppo. En diciembre de ese año, Ahrar al-Sham arrebató al ELS el paso fronterizo de Bab al-Hawa, lo que le permitió hacerse con un importante arsenal

de armas y controlar las vías de comunicación con Turquía.

El analista Aron Lund la considera “la más relevante organización yihadista siria en términos numéricos”, a pesar de que no forma parte de la red yihadista transnacional y tiene un fuerte componente nacionalista sirio. Al igual que el Frente al-Nusra o el ISIS, Ahrar al-Sham considera que está librando una *yihad* defensiva contra una alianza chií integrada por Irán y Hezbollah que busca dominar Oriente Próximo. En consonancia con el pensamiento del ulema Abu Basir al-Tartusi, su referente ideológico, son contrarios a la democracia por considerar que el gobierno del pueblo nunca podrá suplantar las leyes divinas. En las zonas bajo su control instauran cortes islámicas que imponen la *sharí*a, aunque en una versión mucho más edulcorada que en las zonas bajo dominio del ISIS.

El programa de esta coalición salafista, publicado en enero de 2013, afirma: “El Frente Islámico trabaja para construir en Siria una sociedad islámica civilizada gobernada por la ley de Dios. Con este propósito lleva a cabo un trabajo organizativo basado en la solidaridad y la convivencia entre los elementos de la sociedad siria. Para alcanzar estos objetivos dispone de varios medios, incluida la acción militar, que tiene como objetivo derrocar al régimen y garantizar la seguridad. También abarca la acción civil, incluidos la predicación, la educación, la acción humanitaria, los medios de comunicación, la política y los servicios”.

Los objetivos del Frente Islámico, según establece su carta, son los siguientes: “1) derrocar al régimen y restablecer la seguridad en toda Siria; 2) trabajar para afianzar la religión en el individuo, la sociedad y el estado; 3) preservar la identidad islámica en la sociedad y erigir un carácter islámico integral; 4) reconstruir Siria sobre las bases sólidas de la justicia, la independencia y la solidaridad, de acuerdo con los principios del islam; 5) participar activamente en el desarrollo social; y 6) preparar a líderes expertos en todas las áreas de la vida”.

La financiación de esta coalición salafista procede esencialmente de Arabia Saudí, Emiratos, Qatar y Turquía. Gracias a dicha ayuda ofrece servicios a la población: distribución de cartillas de alimentos y ropa, así como establecimiento de escuelas religiosas y servicios de transportes o recogida de basuras. Ahrar al-Sham tiene una posición ambigua ante el sectarismo. Su portavoz, Abu Abd al-Rahman al-Suri, ha subrayado que respetaría a las minorías señalando: “El pueblo sirio no es sectario y preservará los derechos de todas las comunidades”, pero Zahran Allush, líder del Ejército del Islam, llamó a

“limpiar Damasco de nusayríes [alauíes]”.

Ahrar al-Sham mantiene unas estrechas relaciones con el Frente al-Nusra, con quien estableció el Ejército de la Victoria que en la primavera de 2015 conquistó Idlib. No obstante, no comparte sus tácticas, ya que rechaza el empleo de ataques suicidas y evita golpear objetivos civiles. El Frente Islámico considera que la solución debe ser militar y no negociada, por lo que boicotearon la Conferencia de Ginebra II. Tras recibir intensas presiones por parte de Arabia Saudí, Muhammad Allush del Ejército del Islam jugó un papel destacado en la Conferencia de Ginebra III en la que encabezó la delegación del Alto Comité Negociador, aspecto que abordaremos en el capítulo décimo.

LA DERIVA ISLAMISTA

Desde un primer momento se hizo evidente que la imparable islamización de la revuelta representaba una clara amenaza para el proyecto de una Siria democrática y secular y para los principios de tolerancia y pluralismo defendidos por los activistas en los primeros compases de la revolución. La superposición de grupúsculos islamistas radicalizados y las agendas de los países del Golfo tuvo efectos extraordinariamente nocivos, puesto que provocó la progresiva islamización de las milicias rebeldes. A medida que surgían nuevas fuerzas de orientación islamista, la financiación del ELS comenzó a mermar y muchos de sus batallones y brigadas dejaron de recibir ayuda de sus tradicionales patrocinadores. Ante esta situación, parte de sus combatientes no dudaron en engrosar las filas de otras formaciones que contaban con mayores recursos como Ahrar al-Sham, el Ejército del Islam e, incluso, el Frente al-Nusra.

En este renacer islamista también jugó un papel importante la reafirmación identitaria sunní, puesto que las zonas alzadas eran mayoritariamente sunníes y entre los combatientes predominan los jóvenes de extracción rural. Como señala Aron Lund en un informe publicado por el Swedish Institute of International Affairs, “la religión no es el motor de la rebelión, pero es el denominador común más relevante del movimiento insurgente. Para los revolucionarios sirios, el islam funciona como un marcador de la identidad sectaria y como herramienta de movilización efectiva en las áreas sunníes y, por supuesto, como una fuente de consuelo espiritual en tiempos de guerra”.

En este punto también consideramos oportuno remarcar que las generosas ayudas de los países del golfo Pérsico siempre partieron de la base de que no podía surgir un liderazgo fuerte y autónomo, ya que la apuesta de las

petromonarquías consistía precisamente en mantener a la oposición y a los rebeldes sirios lo suficientemente fragmentados y atomizados para garantizar su lealtad y obediencia. El coronel Riad al-Asaad, en una entrevista publicada en el diario *El Mundo* el 11 de enero de 2016, resumía la situación de la siguiente manera: “Los países del Golfo, que no actúan si no es por orden de Estados Unidos, se dedicaron a financiar a los grupos rebeldes basándose en criterios ideológicos, primando a aquellos más islamistas. Eso los hizo más fuertes que los no islamistas y motivó deserciones por puro interés económico. Estados Unidos forzó así la radicalización de la oposición siria para realizar su visión [de Siria] para el futuro. Occidente buscaba radicalizar Siria para destruirla”.

Por último, debe tenerse en cuenta que también la pasividad de la comunidad internacional, que decidió permanecer impasible ante la tragedia siria, llevó a muchas personas a refugiarse en la religión. Una prueba evidente de esta deriva fue el lema de la manifestación convocada el 20 de febrero de 2015 por los CCL, una organización eminentemente laica, con el lema “El mundo nos ha fallado, Dios nos dé la victoria”. La renuencia occidental a establecer zonas de exclusión aérea o a proporcionar misiles tierra-aire para detener los bombardeos del régimen, así como la inacción de Estados Unidos tras el ataque con armas químicas en la Guta o la destrucción del este de Aleppo por la aviación rusa, provocó una sensación de abandono y contribuyó a radicalizar aún más a los grupos rebeldes.

CAPÍTULO 5

Una oposición fragmentada

A medida que la revolución cobraba fuerza, la oposición en el exilio comenzó a organizarse estableciendo primero el Consejo Nacional Sirio, que fue reconocido por buena parte de la comunidad internacional como representante legítimo de la oposición, y posteriormente la Coalición Nacional de Fuerzas de la Revolución y la Oposición Sirias, que pretendía crear un gobierno en el exilio y supervisar a las diferentes milicias armadas que luchaban contra el régimen. La trayectoria de ambas plataformas estuvo condicionada por las frecuentes injerencias externas y por las cainitas rivalidades personales, que influyeron negativamente en su desempeño.

EL CONSEJO NACIONAL SIRIO

El 23 de agosto de 2011 nació en Estambul el CNS con el objeto de construir un Estado moderno, civil y democrático en el caso de un eventual derrocamiento de Bashar al-Asad. Según declarara el 15 de septiembre el opositor Yaser Tabbara, dicha plataforma pretendía “unificar fuerzas, mantener la naturaleza pacífica de la revuelta, oponerse a cualquier intervención extranjera y preservar la unidad nacional siria”. Su aparición fue acogida favorablemente en el interior por los comités locales que llamaron a la población a manifestarse, el viernes 26 de agosto, bajo el lema: “El CNS me representa”.

El CNS trató de respetar la heterogeneidad de la sociedad siria en lo que se refería a su diversidad confesional (musulmanes sunníes, alauíes, drusos e ismaelíes y cristianos), étnica (árabes, kurdos, asirios, armenios y turcomanos) y, sobre todo, ideológica (laicos, islamistas, liberales, izquierdistas, independientes, etc.). En su consejo, integrado en un principio por 135 miembros (65 de la diáspora y 70 del interior), estaban representados los HH MM, los CCL, la

Declaración de Damasco, el Bloque Nacional, el Bloque Kurdo y la Organización Democrática Asiria, así como figuras independientes y dirigentes tribales. Bassma Kodmani, que se erigió en su portavoz, señaló a la prensa que “el CNS representa a las principales fuerzas: partidos políticos y personalidades independientes símbolos de la oposición siria”.

Su primer presidente fue Burhan Ghaliun, catedrático en La Sorbona. Su elección fue interpretada como un intento de dar una imagen moderada, ya que se trataba de un prestigioso académico conocido por su defensa del Estado laico. El mandato presidencial debía ser renovado cada tres meses por la Oficina Ejecutiva del CNS, en la que estaban representadas sus principales corrientes. El hecho de que el presidente no militase en ninguna formación fue considerado inicialmente como una ventaja, pero a la larga se convirtió en una tara ya que su acción se vio condicionada por los HH MM, la columna vertebral de dicha organización. Como advirtiese el director de cine Muhammad Ali al-Atasi, hijo del expresidente Nur al-Din al-Atasi, en una entrevista desarrollada en Beirut el 24 de julio de 2016, “Ghaliun conoce mejor al mundo árabe que la propia Siria. Tiene una dimensión mediática importante, pero no puede traducirla en apoyo popular en el interior del país”.

De manera intencionada y siguiendo la estela de las revoluciones tunecina y egipcia, se buscó que el CNS no tuviera un líder carismático que lo eclipsara. Adib Shishakli, uno de sus fundadores y nieto del presidente de Siria entre 1953 y 1954, señaló a *Al-Sharq al-Awsat* el 18 de agosto: “No habrá iconos, sino más bien tecnócratas y personalidades de la oposición que han sido elegidos en función de la distribución geográfica de las provincias para asegurarse que todas las etnias y comunidades estén representadas”. Se pretendía, por lo tanto, rehuir de los personalismos y garantizar una revuelta sin líderes. Posteriormente, el CNS sería dirigido por el kurdo Abd al-Baset Seida y el cristiano George Sabra, todo ello con el objeto de que todos los componentes de la sociedad siria gozaran de protagonismo.

A pesar de estos esfuerzos integradores, la irrupción en escena del CNS fue recibida con reticencias por importantes opositores que cuestionaron su representatividad. Hayzam al-Maleh declaró a Associated Press el 28 de octubre: “Tenemos una historia de cincuenta años de lucha contra este régimen, mientras que nadie ha oído hablar antes de esta gente”. Ammar Qurabi, responsable de la Organización Nacional de Derechos Humanos, también se mostró extremadamente crítico: “Ningún miembro del CNS tiene influencia en el interior de Siria. La mayoría de ellos se han subido a un tren que arrancó en la

calle”. Efectivamente, uno de los mayores problemas del CNS era la sobrerrepresentación de exiliados políticos que no habían intervenido en la revolución y que, además, desconocían la realidad siria tras varias décadas en el exilio.

También el CNCCP, con base en Damasco y de tendencia izquierdista, reprochó la excesiva dependencia del CNS de los actores regionales (Turquía, Arabia Saudí y Qatar) y la sobrerrepresentación de los HH MM. De hecho, algunos destacados dirigentes de la Hermandad no tardaron en jugar un papel central en el seno del CNS, como ilustra el caso de Faruq Tayfur, que sería designado su vicepresidente el 9 de noviembre de 2012.

LOS HERMANOS MUSULMANES

El estallido de la revolución siria devolvió a los HH MM al primer plano. Si bien es cierto que el grupo no jugó un papel relevante a la hora de movilizar a la población, sí lo tuvo a la hora de articular una respuesta conjunta de la oposición en el exilio mediante la creación del CNS. Mientras los HH MM exhortaron a la población a levantarse contra la opresión y sumarse a la revuelta, los denominados “ulemas de palacio”, como Ahmad Hassun, gran muftí de la república, o Said Ramadan al-Buti, imán de la mezquita de los Omeyas, cerraron filas en torno a Bashar. El primero llegó a amenazar a la Unión Europea e Israel afirmando que “todos los hijos de Líbano y Siria estaban dispuestos a caer mártires en Europa y Palestina” en el caso de que se registrara una intervención militar sobre Siria.

Los HH MM habían quedado en una situación de extrema debilidad tras la persecución de la que fueron objeto por Hafez al-Asad, que culminó en la masacre de Hama en la que murieron 20.000 personas. En este sentido, es pertinente recordar que la ley 49 de 1980 establecía que “todo aquel que perteneciese a los HH MM sería considerado un criminal que recibiría como castigo la pena capital”. En 2011, dicha organización carecía de implantación formal en el interior del país y, en consecuencia, disponía de una capacidad nula para movilizar a la población. Su ilegalización explica que su Consejo Consultivo, encabezado en aquel entonces por Muhammad Riad Shaqfa, desarrollase su acción desde el exterior, lo cual les sometió al tradicional juego de presiones por parte de los países de acogida (Irak y Jordania entre los setenta y los ochenta del pasado siglo, Arabia Saudí en las dos décadas posteriores y Qatar y Turquía hoy en día).

La amplia movilización popular no solo cogió por sorpresa al régimen, sino también a los HH MM. El grupo trató de adaptarse a la nueva coyuntura reclamando el establecimiento de un Estado civil, plural y democrático tras la caída del régimen. Como manifestara el propio Shaqfa en una entrevista con el diario *Al-Sharq al-Awsat* el 5 de diciembre de 2011: “Los HH MM no pretenden imponer un Estado religioso en Siria y, si llegamos al poder, no vamos a ignorar a nadie. Vamos a trabajar con todos y vamos a poner en vigor leyes que garanticen la libertad, la justicia y la igualdad... Todos los ciudadanos serán iguales en derechos y deberes y no habrá distinción en base a la religión o la secta. Todas estas enseñanzas son acordes con los principios islámicos”.

El 25 de marzo de 2012, los HH MM hicieron público un “Pacto nacional para la Siria del futuro” por el que cual aceptaban el pluripartidismo y descartaban la instauración de un Estado islámico. Este documento defendía la creación de un Estado civil dirigido por un gobierno elegido en elecciones libres y transparentes, donde los ciudadanos tuvieran los mismos derechos “independientemente de su etnia, religión, escuela de pensamiento u orientación política” y en el que se respetaran “los derechos humanos, tal y como fueron dictados por la ley divina y son recogidos en las convenciones internacionales”. Un Estado que respetase la separación de poderes, basado en “el diálogo y la participación y no en el monopolio, la exclusión y la dominación”.

LOS DILEMAS DEL CONSEJO NACIONAL SIRIO

Tras su formación, el CNS se vio obligado a pronunciarse sobre temas tan delicados como la posible intervención occidental o la progresiva militarización de la revolución. En un primer momento, el CNS se posicionó a favor de la resistencia civil y de una revuelta pacífica, pero la intensificación de la represión provocó que cada vez más voces reclamasen un cambio de estrategia. Muhammad Rahhal, responsable de la Comisión General de la Revolución Siria, manifestó el 26 de agosto al diario *Al-Sharq al-Awsat* que “enfrentarse al monstruo requiere armas, especialmente después de que haya quedado claro que el mundo solo respaldará el levantamiento con discursos”. El coronel Riad al-Asaad, responsable del ELS, afirmó el 7 de octubre: “Sin una guerra, el régimen no caerá... Lo que se coge por la fuerza no puede recuperarse sino por la fuerza”.

El 17 y 18 de diciembre de 2011, el CNS aprobó su programa político en su primer congreso celebrado en Túnez. Dicho programa pretendía sentar los

cimientos de la Siria post-Asad: establecimiento de un Estado democrático, civil y pluripartidista con división de poderes, gobierno de la ley, respeto de las minorías y protección de sus derechos. Asimismo, se mostró favorable a respetar la legalidad internacional y preservar los derechos humanos y las libertades fundamentales. Según el texto, todos los ciudadanos tendrían los mismos derechos sin distinguir entre su etnia, religión o sexo. También se comprometió a que la futura Constitución reconociera los derechos nacionales de los pueblos kurdo y asirio y resolviese su encaje en el marco de la unidad territorial siria. Una vez más se insistió en la necesidad de mantener el carácter pacífico de la revuelta, coordinar a la oposición en el exterior y a los activistas del interior, proteger a los civiles, movilizar a la comunidad internacional, cooperar con el resto de fuerzas opositoras y obtener reconocimiento internacional para el CNS.

El documento también trató de acercarse al ELS. El CNS reconocía su papel a la hora de “proteger la revolución pacífica de nuestro pueblo”, aunque el 12 de noviembre de 2011 su presidente, Burhan Ghaliun, hubiese señalado a *Le Figaro*: “Debemos preservar el carácter pacífico de la revolución. Los soldados del ELS se infiltran entre la población y vestidos de civiles se esconden en las aldeas. Su labor debe limitarse a proteger a los manifestantes. No deben emprender operaciones. No queremos una guerra civil. El ELS debe fijar su estrategia con el CNS”. En otra entrevista, en esta ocasión aparecida el 1 de diciembre de 2012 en *The Wall Street Journal*, Ghaliun señaló: “Tras la caída del régimen en Siria no queremos milicias armadas fuera del control del Estado”. La reacción del ELS no tardó en llegar y el coronel al-Asaad tachó a los miembros del CNS de oportunistas que quieren “pasar por encima de nuestra revolución y comerciar con la sangre de nuestros mártires”.

El CNS fue reconocido como representante legítimo de la oposición siria en la I Conferencia de Amigos de Siria, celebrada el 24 y 25 de febrero de 2012 en Túnez en la que participaron más de 70 países. Pese a las expectativas generadas, esta cumbre se cerró sin avances significativos. Los reunidos se limitaron a pedir un alto el fuego inmediato y la apertura de corredores humanitarios.

La frágil cohesión interna, la carencia de recursos, la dependencia de sus patrocinadores y, sobre todo, la desconexión con las fuerzas rebeldes que combatían sobre el terreno hicieron mella en el CNS. Debe tenerse en cuenta que gran parte de sus integrantes llevaban décadas viviendo fuera de Siria y eran percibidos como extraños por los propios activistas, que les reprochaban su elevado tren de vida que contrastaba con las penurias que pasaban las zonas bajo

asedio, sometidas a la política de tierra quemada destinada a diezmar a los rebeldes. Como recuerda Muhammad Ali al-Atasi en la entrevista ya mencionada, “la oposición siria en el exterior no tiene capacidad para influir en los grupos armados en el interior. No tiene autonomía para decidir su programa y está bajo el control de sus patrocinadores”.

El escaso avance registrado en la lucha contra Bashar al-Asad azuzó las tensiones en el seno de la oposición. El 26 de marzo de 2012, Hayzam al-Maleh, Kamal al-Labwani y Catherine al-Tell anunciaron su abandono del CNS ante su negativa a armar a los rebeldes. También las relaciones entre el CNS y el ELS descendieron un nuevo escalón tras la creación de una Oficina de Enlace Militar. El coronel al-Asaad declaró al diario libanés *Al-Akhbar* el 1 de marzo de 2012: “No queremos que el CNS intervenga en nuestra labor militar... El ELS está formado por la gente en el terreno, no por el CNS”. Tras las maniobras del CNS y los países del Golfo, Riad al-Asaad sería reemplazado por Salim Idris.

En respuesta a las presiones del Grupo de Amigos de Siria, reunido el 1 de abril de 2012 en Estambul, el CNS se comprometió a través del Pacto Nacional para una Nueva Siria a unificar las filas opositoras. No obstante, estas tentativas fracasaron nuevamente. Ante la agudización de las divisiones, Ghaliun se vio forzado a presentar su dimisión el 22 de mayo. En la reunión del CNS celebrada en Estambul el 9 y el 10 de junio se eligió como su sucesor a Abd al-Basit Saida, un académico kurdo residente en Suecia de perfil bajo. El respaldo de los HH MM fue decisivo para su elección frente a otros candidatos más incómodos como George Sabra, un reconocido militante comunista cristiano-ortodoxo que había pasado ocho años en prisión durante la dictadura de Hafez al-Asad.

De lo anteriormente dicho queda claro que el CNS fue incapaz de adaptarse a la mutación del conflicto de uno pacífico a otro militar. La conflictiva relación con el ELS puso en evidencia la estrechez de miras de la oposición siria. Mientras a partir de 2012 el ELS recibió armas de algunos países árabes y de hombres de negocios sirios en la diáspora, el CNS estaba crecientemente dividido y, por si fuera poco, tanto los activistas como los rebeldes cuestionaron abiertamente tanto su legitimidad como su estrategia.

Quizás el principal problema del CNS era su falta de cohesión interna. Nunca llegó a convertirse en el referente de los revolucionarios y muchos lo consideraron un club sunní controlado por los HH MM. La idea de una presidencia rotatoria y de una revolución sin líderes tampoco permitió cohesionar las filas de la oposición. Las minorías (especialmente los alauíes, los cristianos y los drusos) siguieron estando infrarrepresentadas o tuvieron una

presencia meramente simbólica, todo ello a pesar de los intentos realizados para atraerlos hacia su causa.

Otra de las cuestiones sobre las que el CNS se vio obligado a pronunciarse fue la petición de establecimiento de un Estado federal por parte de la minoría kurda. Mientras que el CNS se mostró receptivo a otorgarle derechos nacionales, descartó de plano que Siria se convirtiese en un Estado federal, tal y como había ocurrido en Irak. Debe tenerse en cuenta que la comunidad kurda había sido objeto de una clara discriminación desde la llegada del Baaz al poder en 1963. Tras el acceso a la presidencia de Bashar al-Asad, el movimiento kurdo demandó mayores libertades, pero solo obtuvo más represión con la muerte de un centenar de personas en 2004, coincidiendo con la celebración del Niruz, el año nuevo kurdo.

Tras la revolución siria, la escena política kurda se dividió entre el influyente Partido de la Unión Democrática (PYD), próximo al PKK turco, y el recién creado Consejo Nacional Kurdo (CNK), nacido el 26 de octubre de 2011 y próximo al Partido Democrático del Kurdistan (PDK) iraquí. Ante las crecientes presiones de las formaciones kurdas, el CNS se vio obligado a aprobar, el 3 de abril de 2012, una Carta Nacional sobre la Cuestión Kurda en la que manifestaba: 1) el reconocimiento constitucional de la identidad nacional del pueblo kurdo y de sus derechos nacionales en el marco de la unidad territorial siria; 2) la abolición de todas las políticas, decretos y medidas discriminatorias adoptadas contra los kurdos y a compensarles por ellas; 3) Siria será un Estado civil, democrático y plural basado en el principio de igualdad ante la ley de todos sus ciudadanos y en “un gobierno local ampliado y empoderado”; 4) no habrá discriminación en función de la etnia, origen, religión y género de la población y se respetarán las leyes internacionales y los derechos humanos; y 5) el compromiso de combatir la pobreza, especialmente en aquellas zonas que han padecido políticas discriminatorias, y de mejorar las condiciones de vida mediante una repartición más equitativa de la riqueza nacional.

A pesar de estos buenos propósitos, la división entre las fuerzas opositoras árabes y kurdas se hizo cada vez más patente. El 26 de julio de 2012, el PYD y el CNK firmaron el Acuerdo de Erbil por el que se creaba un Consejo Supremo Kurdo y se establecían unas milicias armadas, denominadas YPG, que se desplegaron sobre el terreno tras la retirada de las tropas leales a Damasco. Dicho movimiento generó una profunda preocupación en Turquía, pero también en el CNS y el ELS, que veían cómo las fuerzas kurdas seguían su propio camino y se distanciaban de la revolución. Gracias a este acuerdo ambas

formaciones se repartían el control de los consejos locales. Debe tenerse en cuenta que el PYD es hostil al CNS, que es patrocinado por Turquía, y con este movimiento intentaría tanto alejar al CNK del CNS como fijar una agenda nacional netamente kurda. Finalmente, el PYD aprovechó el vacío de poder existente para proclamar el 12 de noviembre de 2013 la autonomía del Rojava, el Kurdistán sirio compuesto de los cantones de Afrin, Kobane y la Yazira, y el establecimiento de una Asamblea Constituyente para ejercer la administración temporal de dichos territorios.

LA COALICIÓN NACIONAL DE FUERZAS DE LA REVOLUCIÓN Y LA OPOSICIÓN SIRIAS

Ante este callejón sin salida, Riad Seif presentó la Iniciativa Nacional Siria el 1 de noviembre de 2012. Seif era un respetado empresario que había sido elegido diputado independiente en los años noventa y había sido encarcelado durante cinco años en época de Bashar por destapar los turbios negocios de Rami Majuf. El Plan Seif constataba el fracaso de la revolución sin líderes al afirmar: “Siria necesita desesperadamente un fuerte liderazgo que sea cooperativo e inclusivo, un liderazgo que responda a las necesidades de la revolución y a la firmeza de nuestro pueblo”. Además, Seif planteó la creación de: 1) un Consejo integrado por grupos políticos, consejos locales, fuerzas revolucionarias y figuras nacionales; 2) un Consejo Militar Supremo (que incluiría a representantes de los consejos militares y de las diferentes brigadas); 3) un Comité Judicial; y 4) un gobierno de transición integrado por tecnócratas.

Ante la creciente pérdida de apoyos, el CNS se comprometió finalmente a unificar las filas opositoras. Como resultado de este compromiso nació en Doha el 11 de noviembre de 2012 la CNFROS, liderada en un principio por Moaz al-Jatib, antiguo imán de la mezquita de los Omeyas, y con Riad Seif y Suhayr al-Atasi como vicepresidentes. Jatib había sido apartado en 1995 de su cargo de imán en la mezquita de los Omeyas por su defensa de las libertades y su crítica al autoritarismo del régimen. Cuando se inició la revolución, Jatib llamó a la construcción de un Estado civil democrático, por lo que fue nuevamente detenido en abril de 2012, tras lo cual huyó del país. Como ocurriera en el CNS, los HH MM se reservaron una cuota importante de poder en la nueva formación, que fue reconocida como representante legítima del pueblo sirio por el Consejo de Cooperación del Golfo, la Liga Árabe y el Grupo de Amigos de Siria.

La presidencia de Jatib sería breve, ya que presentó su renuncia el 22 de abril

de 2013 en señal de protesta por las injerencias de los países del Golfo, pero también por la falta de apoyos de Estados Unidos y la Unión Europea. En la Cumbre de Doha, celebrada entre el 25 y 26 de marzo de ese mismo año, Jatib mostró su descontento con la situación al señalar: “Me opongo a cualquier tipo de injerencia externa porque, con toda claridad, será para dividir Siria”. Su puesto sería ocupado por Ahmad Yarba, miembro de la poderosa tribu de los Shammar originaria de la península Arábiga y próximo a la monarquía saudí, quien derrotó por tan solo dos votos a Mustafa al-Sabbag, el candidato de Qatar y los HH MM. Muchos consideraron que esta elección representaba un retorno al neopatrimonialismo y colocaba el futuro de la revolución en manos de Riad. Debe tenerse en cuenta que Arabia Saudí era uno de los países más interesados en la creación de la CNFROS, ya que representaba un contrapeso a un CNS claramente situado en la órbita de Qatar.

La Iniciativa Nacional Siria también contemplaba el establecimiento de un gobierno en el exilio. El 18 de marzo de 2013, Gassan Hitto, un disidente kurdo exiliado en Estados Unidos desde hacía tres décadas, fue designado primer ministro, aunque cuatro meses después presentaría su dimisión ante la falta de apoyos internos. Su lugar fue ocupado por Ahmed Tume, un islamista moderado natural de Deir ez-Zor, que estableció un gobierno con nueve carteras. No obstante, su capacidad para operar en los territorios bajo control del ELS era prácticamente nula dada la devastación que asolaba el país, mucho menos en las zonas en poder del Frente Islámico, el Frente al-Nusra o el ISIS. En una entrevista con el diario *Al-Sharq al-Awsat*, publicada el 13 de octubre de 2013, Tume desgranó su agenda: “La prioridad es satisfacer las demandas de la población y mejorar sus condiciones de vida, proporcionar servicios básicos como agua y electricidad, así como seguridad y estabilidad. Hay dos cuestiones centrales: la salud y la educación... También queremos reconstruir todos los edificios dañados y destruidos como consecuencia de los bombardeos”. Un programa repleto de buenas intenciones, pero con escasas posibilidades de llevarse a la práctica como el tiempo se encargaría de demostrar.

Las luchas intestinas y las disputas entre los principales responsables de la oposición siria pasaron factura tanto al CNS como al CNFROS, que se convirtieron también en escenario de las luchas entre Arabia Saudí y Qatar por controlar las filas rebeldes. El opositor Kamal al-Labwani, que había estado encarcelado entre 2001 y 2011 prácticamente de manera ininterrumpida, explicaría las razones de su dimisión de estas formaciones en una entrevista publicada por el diario *El Español* el 27 de febrero de 2016: “No quería ser la

correa de transmisión de nadie. Además, no me gustaba ver cómo se negociaba el futuro de mi país en los hoteles de lujo de Estambul”.

El prestigioso intelectual sirio Faruk Mardam-Bey, director de la *Revue d'études palestiniennes*, lanzó un ataque incendiario contra ambas plataformas en una entrevista con el diario libanés *Al-Nahar* el 22 de noviembre de 2014 en la que señalaba: “El principal punto débil de la revolución siria ha sido desde el comienzo que carece de una dirección política revolucionaria. La revolución apareció espontáneamente siendo portadora de consignas muy generales, consignas nobles, pero sin tener un programa claro y en un entorno local, regional e internacional hostil. Ha buscado una dirección, pero en vano. Al cabo de solo unos meses todo el mundo había comprendido que los partidos y las personalidades que habían constituido, de un lado, la instancia de coordinación y, del otro, el CNS, y luego la CNFROS y otras formaciones desprovistas de poder, pero que pretendían representar al pueblo sirio, carecen a la vez de legitimidad y de credibilidad en el interior de Siria y de la experiencia política y diplomática que les haría aptas para gestionar las indispensables alianzas, con la independencia, la sabiduría y la firmeza necesarias”.

CAPÍTULO 6

La tempestad yihadista

“Dios es lo único que nos queda. Si Occidente nos abandona, al-Qaeda se hará con Siria”. Así resumía un joven activista la sensación que, a partir de 2012, comenzó a extenderse entre una parte significativa de los rebeldes. El opositor Yasin al-Haj Saleh, encarcelado durante 16 años por su militancia comunista, contemplaba, en una entrevista publicada por el diario francés *Libération* el 9 de mayo de 2016, “tres causas principales para explicar el desarrollo de este nihilismo islámico en Siria. En primer lugar, la intensidad de la violencia utilizada por las fuerzas del régimen de Bashar al-Asad en la represión del levantamiento popular. En segundo lugar, la ausencia de apoyo exterior a la revolución, o de protección contra esta violencia extrema, como zonas de exclusión aérea. En tercer lugar, el fracaso de la oposición siria en presentar una visión colectiva y un proyecto consistente. El resultado ha sido una pérdida de confianza en todo. A partir de que los seres humanos no cuentan ya con nadie, solo queda Dios. La ausencia de justicia terrenal conduce a la gente a la justicia divina”.

Como hemos tenido la oportunidad de señalar, los islamistas eran el enemigo ideal para el régimen sirio, ya que le permitían presentarse ante Occidente como un mal menor y un muro de contención frente al radicalismo. Tras el estallido de la revolución, Bashar al-Asad ordenó la liberación de cientos de combatientes yihadistas, entre ellos quienes después se pondrían al mando del Frente al-Nusra, Ahrar al-Sham, el Ejército del Islam, Suqur al-Sham o Liwa al-Haqq, grupos que acabarían secuestrando la revolución siria.

Estas milicias islamistas fueron ganando terreno de manera progresiva. En la mayor parte de los casos, la financiación que estos grupos recibían de los países del Golfo se supeditaba a la asunción de una agenda conservadora en lo político y sectaria en lo confesional. El salafismo wahabí, doctrina predominante en Arabia Saudí, se fue abriendo paso gradualmente en Siria y varias milicias

implantaron este rito rigorista en los territorios bajo su control. Se trataba de toda una bomba de relojería, sobre todo si tenemos en cuenta la diversidad confesional de Siria donde, desde hacía siglos, convivían de una manera relativamente armónica la mayoría musulmana sunní con diferentes ramas más o menos emparentadas con el islam chií, como la alauí, la drusa o la ismaelí, así como con diversas iglesias cristianas.

Uno de los efectos inesperados de la Primavera Árabe fue el rebrote del movimiento yihadista transnacional, que atravesaba horas bajas tras la campaña contra al-Qaeda desatada por Estados Unidos después de los atentados del 11 de septiembre de 2001. En un vídeo difundido en febrero de 2012, su líder espiritual, Ayman al-Zawahiri, invitó a sus simpatizantes a acudir a Siria afirmando: “Pese a todo el dolor, el sacrificio y la sangre derramada, la resistencia de nuestro pueblo en Siria avanza y crece”. La guerra siria adquirió, a partir de entonces, un fuerte carácter sectario que se acentuó con la llegada de miles de yihadistas procedentes del mundo árabe y musulmán, pero también de los países occidentales. En el inconsciente colectivo yihadista, Siria suplantó a Irak y a Afganistán.

No en vano, uno de los principales argumentos empleados por el Frente al-Nusra para justificar su irrupción fue la necesidad de combatir al “apóstata” régimen alauí. Su primer comunicado, emitido el 24 de enero de 2012, describía la guerra como una cuestión islámica y como la oportunidad para imponer la *sharía* por medio de una *yihad* defensiva. No solo los satélites de al-Qaeda recurrieron al sectarismo, sino también las potencias regionales que presentaron desde un primer momento la guerra siria como un combate entre sunníes y chiíes.

Arabia Saudí y otras petromonarquías del Golfo financiaron a grupos con una clara agenda sectaria que pretendían imponer un Estado islámico en el que difícilmente encajarían los alauíes, los drusos o los ismaelíes. Irán, por su parte, no dudó en movilizar a su Guardia Republicana, al Hezbollah libanés y a diversas milicias chiíes iraquíes, afganas y paquistaníes en nombre de la *yihad* chií y la defensa del régimen alauí. Al exacerbar las tensiones sectarias en una zona con una enorme diversidad confesional, ambos países contribuyeron al agravamiento de la guerra.

Lo anteriormente dicho no exime de responsabilidad ni al régimen ni a los grupos rebeldes, que también utilizaron la carta sectaria. Como señala Christopher Phillips en un artículo publicado en 2015 en la revista *Third World Quarterly*, “el sectarismo fue empleado desde el principio, ya fuera de manera

explícita en forma de masacres, violencia sexual, limpieza étnica y lenguaje inflamatorio o de manera implícita cuando régimen y oposición se acusaron mutuamente de instrumentalizar la identidad confesional”.

EL FRENTE AL-NUSRA

Si bien es cierto que al-Qaeda no tenía presencia en territorio sirio en marzo de 2011, también lo es que aprovechó el caos existente para implantarse en el país. El Frente al-Nusra nació el 23 de enero de 2012 con el nombre de Frente de Apoyo al Pueblo del Levante (*Yabhat al-Nusra li-ahl al-Sham*) y bajo la dirección de Abu Muhammad al-Yulani, un lugarteniente de Abu Musab al-Zarqawi (fundador de al-Qaeda en Mesopotamia). De hecho, su creación fue una iniciativa de Abu Bakr al-Bagdadi, líder del Estado Islámico en Irak (EII), que fue quien inicialmente le proveyó de combatientes, armas y financiación.

El 8 de abril de 2013, al-Bagdadi anunció la fusión del EII y el Frente al-Nusra en un único grupo que pasaría a denominarse el Estado Islámico en Irak y Siria (*Dawlat Islamiyya fi-l-Iraq wa-l-Sham*). Sin embargo, Abu Muhammad al-Yulani rechazó dicha iniciativa por no contar con la sanción previa de al-Qaeda. Unos meses más tarde, en junio, Ayman al-Zawahiri intervino en la disputa manifestando que cada organización debía centrarse en su propio país y mantener abiertas vías de cooperación, orden que no fue acatada por al-Bagdadi, que rompió sus vínculos con al-Qaeda.

Aunque normalmente se suelen incluir al Frente al-Nusra y al ISIS en el mismo saco por tener un mismo origen, lo cierto es que las diferencias entre ambos son significativas. Al contrario que el ISIS, que tiene una agenda transnacional, ataca a objetivos occidentales y está integrado mayoritariamente por yihadistas extranjeros, al-Nusra es un grupo netamente sirio que lucha contra el régimen y mantiene unas estrechas relaciones con el resto de milicias armadas, en particular con el salafista Ahrar al-Sham con el que estableció el Ejército de la Conquista.

Debido a su vinculación con al-Qaeda, el Frente al-Nusra fue incluido en la lista de organizaciones terroristas de Estados Unidos el 11 de diciembre de 2012. En una entrevista con Al-Jazeera el 4 de junio de 2015, su máximo dirigente, Abu Muhammad al-Yulani, reiteró que su grupo nunca perpetraría atentados contra objetivos occidentales y que su máxima prioridad era combatir a las tropas de Bashar al-Asad y sus aliados: “Estamos aquí únicamente para cumplir con nuestra misión, que es combatir al régimen y a sus agentes sobre el terreno:

Hezbollah y otros actores”.

El Frente al-Nusra chocaba frontalmente con los grupos seculares de la oposición en su concepción de la revuelta y también en torno al futuro de Siria, ya que interpretaba que libraba una *yihad* para establecer un emirato islámico regido por la *sharí*a en las tierras de la Gran Siria (*Bilad al-Sham*), que fueron separadas artificialmente por los Acuerdos Sykes-Picot de 1916. También se oponía frontalmente al secularismo y la democracia y rechazaba una solución negociada o una injerencia occidental al considerar que redundarían en beneficio del imperialismo e irían en detrimento del proyecto yihadista.

Este grupo es considerado como uno de los más efectivos en su lucha contra el régimen debido a su experiencia militar. A los pocos meses de su nacimiento ya tenía presencia en las provincias de Aleppo, Deraa, Quneitra, Homs, Idlib, Deir ez-Zor y Rif Damasco. El número de sus combatientes era una incógnita, aunque diferentes fuentes señalaban que en 2013 contaba con entre 5.000 y 7.000 efectivos que, como indican Benotman y Blake, “lanzan ataques contra objetivos gubernamentales y también ataques de guerrilla urbana de bajo nivel dentro de la ciudad”, todo ello con el objeto de “crear caos, inseguridad y miedo por medio de bombas contra el corazón del ejército gubernamental y las estructuras de seguridad para debilitar la moral de sus tropas”. Además, recurren a atentados suicidas que son ampliamente difundidos en su portal digital *al-Manara al-Bayda*, pero evitan los ataques contra objetivos civiles.

Sus vías de financiación son nebulosas, aunque algunos analistas apuntan a que habría sido originariamente financiado por fortunas y países del golfo Pérsico. Esta bonanza económica les permitió contar con abundantes recursos militares, pero también establecer medersas, centros de predicación y tribunales de la *sharí*a para impartir justicia, así como ofrecer ayuda a la población local a través de la distribución de alimentos. A principios de 2015, Ayman al-Zawahiri instó al Frente al-Nusra a integrarse plenamente en la revolución siria y coordinarse con el resto de facciones islamistas (a excepción del ISIS), así como a ganarse a la población local para establecer una base territorial para al-Qaeda.

Una de las principales críticas contra el grupo es su agenda sectaria. Poco después de la intervención militar rusa el 30 de septiembre de 2015, al-Yulani ordenó a sus tropas que lanzaran ataques indiscriminados contra las aldeas alauíes señalando: “No hay otra opción que tomar como objetivo las ciudades y localidades alauíes de Lataquia”. No obstante, en una entrevista previa en Al-Jazeera, el emir de al-Nusra manifestó: “Nuestra guerra no es una revancha contra los alauíes a pesar de que en el islam son considerados como herejes”. El

10 de junio de 2015, tan solo unos días más tarde de la emisión de esta entrevista, milicianos del Frente al-Nusra perpetraron una masacre en la localidad de Qalb Lawza en la cual fueron asesinados 24 drusos. Poco después, Ahrar al-Sham emitió un comunicado en el que condenaba tajantemente dicha carnicería: “Lo ocurrido contradice las enseñanzas de nuestra religión, que prohíbe la opresión de la población y el derramamiento de su sangre con independencia de la secta o la etnia a la que pertenezca”.

También la comunidad cristiana ha sido perseguida por este grupo, que está detrás de los numerosos secuestros y desapariciones de sacerdotes a partir de 2013. El 9 de febrero de ese año fueron secuestrados el sacerdote católico armenio Michel Kayyal y el greco-ortodoxo Maher Mahfuz. El 22 de abril desaparecieron en Alepo los obispos griego y siriano de la ciudad Bulos Yaziji y Yuhanna Ibrahim. El 23 de junio, el sacerdote franciscano François Murad fue decapitado en la localidad de Gassaniye cuando los yihadistas saqueaban el monasterio de San Simeón el Estilita. El 7 de abril del 2014 le llegó el turno al jesuita Frans Van Der Lugt, supuestamente asesinado por el Frente al-Nusra en Homs. Dicha organización también capturó la localidad cristiana de Maalula, una de las únicas donde se continúa hablando el arameo, entre diciembre de 2013 y abril de 2014, periodo en el cual destruyó varios monasterios y secuestró a 12 monjas que, tras un largo cautiverio, fueron liberadas.

El Frente al-Nusra también mantiene una relación conflictiva con el PYD kurdo, al que tacha de apóstata por su ideología marxista y con el que ha chocado por el control del paso fronterizo de Ras al-Ayn, hoy en día bajo control de las YPG. Por el contrario, colabora activamente con Ahrar al-Sham, con el que estableció, el 24 de marzo de 2015, el Ejército de la Conquista para coordinar sus acciones en la provincia de Idlib. Posteriormente extendió esta colaboración a otros lugares como Hama, Deraa o Quneitra. Por el momento, su mayor hito militar ha sido la captura de Idlib el 28 de marzo de 2015 y de la estratégica ciudad de Yisr al-Shugur, vía a través de la cual habría recibido armas y ayuda del exterior.

EL ESTADO ISLÁMICO EN IRAK Y SIRIA

La irrupción en escena del ISIS debilitó al Frente al-Nusra, ya que la mayor parte de sus combatientes extranjeros se unieron a las huestes de Abu Bakr al-Bagdadi. En este sentido debe subrayarse que el ISIS es, ante todo, un grupo transnacional y no propiamente sirio, puesto que sus integrantes provienen del

mundo árabe-islámico y, en particular, de Túnez, Arabia Saudí, Marruecos, Jordania, Turquía, Chechenia, Líbano o Libia, así como de países europeos como Francia, Bélgica, Reino Unido y Alemania.

Como otros grupos yihadistas, el ISIS comulga con la doctrina salafista wahabí. La *yihad*, considerada una obligación para todos los musulmanes, supone su principal mandamiento. Esta *yihad* no solo es defensiva, sino sobre todo ofensiva. Además de contra los occidentales, debe dirigirse contra los musulmanes reacios a aceptar el credo salafista, que pueden llegar a ser excomulgados por medio del *takfir*. Se cree que aquellos musulmanes que no respetan esta rigorista y puritana interpretación de la *sharí*a viven en la ignorancia religiosa y, por lo tanto, deben ser reconvenidos. Este pretexto ha sido empleado a menudo para asesinar a destacados ulemas sunníes y a líderes de las facciones armadas islamistas que se han negado a jurarles lealtad o han denunciado sus tropelías. Otra de las señas de identidad del ISIS es el empleo de castigos corporales contra quienes transgreden los *hudud* o restricciones religiosas, práctica también extendida en Arabia Saudí.

El ISIS combate tanto al enemigo interior como al exterior. El primero lo representan los gobernantes que no aplican la *sharí*a, que son tachados de tiranos y deben ser derrocados. Abu Umar al-Bagdadi, que precedió a Abu Bakr en el liderazgo del EII, señaló: “Los gobernantes de los territorios islámicos son traidores, infieles, pecadores, mentirosos y criminales” y “la lucha contra ellos es más importante que la lucha contra los ocupantes cruzados”. El segundo enemigo son los occidentales, a los que el propio Abu Umar tachó de “infieles a los que se debe atacar en su propio territorio”. Los yihadistas piensan que ningún país islámico debería establecer alianzas con los países occidentales y si lo hacen se convierten inmediatamente en blancos de la *yihad*.

Uno de los elementos más desconocidos del ISIS es su visión apocalíptica del mundo, ya que interpreta que está librando un combate decisivo entre musulmanes e infieles que precederá el fin de los tiempos. Esta batalla, según ciertas profecías apócrifas, tendría lugar en la localidad siria de Dabiq y se desarrollará tras el restablecimiento del califato, que Abu Bakr al-Bagdadi proclamara el 29 de junio de 2014. Tras este episodio, según dicha narrativa, se librará una devastadora guerra que terminará con la llegada del Mesías. El portavoz del ISIS, el sirio Abu Muhammad al-Adnani, arengó a las tropas yihadistas para que “estuviesen preparadas para la batalla final contra los cruzados” en el curso de la cual “conquistaremos Roma, destruiremos sus cruces y esclavizaremos a sus mujeres con el permiso de Dios”.

El principal éxito del ISIS radicaba en su sólida base territorial. En su momento de mayor plenitud, el grupo llegó a controlar varias provincias de Siria e Irak atravesadas por la cuenca del Éufrates y del Tigris, donde vivían unos seis millones de personas. En este vasto territorio se instauró un califato yihadista cuyas fronteras pretendía ampliar de manera gradual siguiendo el lema del movimiento: “Asentarse y expandirse”. Para alcanzar este objetivo contaba con un numeroso ejército. El informe “Foreign Fighters in Syria”, publicado por The Soufan Group en junio de 2014, constataba la presencia de 12.000 yihadistas provenientes de 81 países diferentes. Según la misma institución, esta cifra habría aumentado considerablemente en diciembre de 2015 cuando ya contabiliza entre 27.000 y 31.000 combatientes extranjeros. Por regiones se distribuirían de la siguiente manera: 8.340 de Oriente Próximo, 8.000 del Magreb, 5.000 de Europa, 4.700 de antiguas ex repúblicas soviéticas, 900 del sudeste asiático, 875 de los Balcanes y solo 280 de Estados Unidos. Por países, Túnez estaba a la cabeza con 6.000 yihadistas, seguido por Arabia Saudí con 2.500, Rusia con 2.400, Turquía con 2.100, Jordania con 2.000 y Francia con 1.700. Según dicho informe, España tan solo habría aportado 133 yihadistas.

Las fuentes de financiación del ISIS son diversas, pero en general cabe distinguir entre las ordinarias y las extraordinarias. Entre las primeras destacan los ingresos provenientes por la venta del petróleo y la recaudación de impuestos. Entre las segundas el pago de rescates, la extorsión a hombres de negocios, el comercio de restos arqueológicos y el asalto de bancos, por el que obtuvieron 400 millones de dólares en 2004. En total, la revista *Forbes* interpretaba en 2015 que el ISIS contaba con un presupuesto anual de 2.000 millones de dólares. El Departamento de Estado norteamericano calcula que los ingresos proporcionados por el petróleo llegaron a superar, en sus fases más boyantes, los 500 millones de dólares anuales y que una cantidad similar se recaudaba por medio de los impuestos. La organización Financial Action Task Force, en su informe “Financing of the terrorist organisation Islamic State in Iraq and the Levant”, publicado en 2015, consideraba que un tercio de su presupuesto provenía de donaciones privadas del golfo Pérsico.

En las zonas bajo su control, el ISIS establece lo que Aymen Jawad al-Tamimi denominaba, en un artículo publicado en 2014 en la revista *Current Trends in Islamist Ideology*, “un nuevo orden político islámico” basado en el salafismo wahabí: las cortes islámicas tienen capacidad para decretar castigos corporales en casos de robo, adulterio, consumo de alcohol o apostasía. También son habituales las lapidaciones, crucifixiones y decapitaciones para castigar los

delitos más graves. Además, tienen una agenda claramente sectaria, con la ejecución de la población chií y la conversión forzosa o expulsión de los cristianos que rehúsan pagar el impuesto de capitación en concepto de “protección”.

Son especialmente beligerantes hacia los kurdos, a los que acusan de apóstatas y, particularmente, contra quienes profesan el yazidismo, una religión sincrética practicada desde hace miles de años en la región, a cuyos hombres ejecutan de manera sumaria y a cuyas mujeres esclavizan. Durante el verano de 2014, las fuerzas del ISIS lanzaron una ofensiva para hacerse con la región iraquí de Sinyar, en el curso de la cual fueron asesinados decenas de miles de yazidíes. Dos años después de estas masacres, un estudio académico identificó 72 fosas comunes, 17 de ellas en Siria, en las que habrían sido enterradas, al menos, 15.000 víctimas del ISIS. El excelente documental *Esclavas del Daesh*, emitido en el programa *En portada* de Televisión Española, con guión de Yolanda Álvarez, reúne algunos de los testimonios de las mujeres yazidíes que sufrieron abusos sexuales.

También han mostrado su hostilidad hacia las minorías cristianas destruyendo templos e iglesias y persiguiendo a sus sacerdotes. El 29 de julio de 2013 fue secuestrado en Raqqa el italiano Paolo Dall'Oglio, párroco del monasterio de Mar Musa, que posteriormente sería asesinado. Las huestes del ISIS también secuestraron a otros religiosos como el padre Hanna Jallouf, párroco de la aldea siria de Knaye, y Jacques Mourad, prior sirio-católico del monasterio de Mar Elían en Qariatayn, a unos cien kilómetros al suroeste de Palmira, en mayo de 2015, por citar tan solo unos ejemplos.

Las relaciones entre el ISIS y el resto de grupos rebeldes sirios han estado marcadas por el conflicto. La mayoría de ellos condena su proyecto totalitario y su voluntad de imponerse por la fuerza al resto de grupos, incluidos los de orientación salafista y yihadista. El ISIS ha asesinado y decapitado a numerosos responsables militares del ELS, Ahrar al-Sham y el Frente al-Nusra. Esta actitud motivó la creación de un frente anti-ISIS que lanzó, en enero de 2014, una gran ofensiva para expulsarlos del territorio sirio en el curso de la cual murieron 3.300 combatientes. También han sido constantes los enfrentamientos entre el ISIS y las YPG kurdas, sobre todo en la zona de Kobane.

Advirtiendo del riesgo de un choque frontal entre los propios movimientos islamistas, Hassan Abbud, emir de Ahrar al-Sham, señaló a Al-Jazeera el 2 de enero de 2014: “Estos combates solo debilitan a la revolución y fortalecen al régimen. Nosotros, en el Frente Islámico, no adoptamos la decisión de combatir

al ISIS, pero quien lo hizo tenía sus razones debido a la forma en que el ISIS se comporta con otros grupos. El ISIS se niega a aceptar la realidad y rechaza ser simplemente un grupo más. Se negó a acudir a tribunales independientes, atacó a otros grupos, robó sus armas, ocupó sus sedes y arbitrariamente detuvo a activistas, periodistas y numerosos rebeldes. También ha torturado a sus prisioneros. Estos comportamientos han provocado el hartazgo de la población”.

Tras la proclamación de su califato yihadista, el ISIS fue objeto de reiterados ataques por parte de una coalición internacional liderada por Estados Unidos. Entre agosto de 2014 y septiembre de 2016, dicha coalición habría lanzado más de 15.000 ataques sobre los feudos del ISIS en Siria e Irak causando la muerte de unos 10.000 yihadistas, pero también masacres de civiles como la registrada en Atme, en la provincia de Idlib, donde los bombardeos del 11 de agosto de 2015 acabaron con la vida de más de 25 civiles, por citar tan solo un ejemplo. Estos denominados “daños colaterales” han sido frecuentes también en Afganistán, Irak o Yemen, lo que ha acentuado el sentimiento antiamericano de las poblaciones locales.

Con el transcurso del tiempo, el factor sorpresa del ISIS se ha ido difuminando. Los reiterados ataques de los que ha sido objeto le han hecho perder no solo buena parte de su territorio, sino también a sus principales dirigentes. En marzo de 2015 cayó en el frente de Mosul Abu Alaa al-Afri, considerado su número dos. El 15 de mayo fue asesinado en Deir ez-Zor Abu Sayyaf, el responsable de la venta de petróleo. El 19 de agosto le tocó el turno a Abu Muslim al-Turkmani, un exmiembro de los servicios de inteligencia iraquíes, que murió en las inmediaciones de Mosul. El 10 de diciembre se anunció la muerte de responsable de finanzas: Abu Salah. El 6 de mayo de 2016 le llegó el turno a Abu Wahib, gobernador militar en la provincia de Al-Anbar. El 14 de julio, el ISIS reconoció la muerte de Abu Omar el Checheno, uno de sus principales dirigentes militares, caído en Ramadi.

Quizás el golpe más duro fue la muerte el 31 de agosto de Abu Muhammad al-Adnani, el máximo responsable del grupo en Siria, caído en el frente de Aleppo. Previamente Adnani, que había nacido en la ciudad de Binnish y sonaba como posible sucesor de al-Bagdadí, había realizado un llamamiento a los simpatizantes del ISIS para que perpetraran atentados en los países occidentales afirmando: “Si los infieles te han cerrado las puertas a la *hiyra* [viaje al califato], entonces abre la puerta de la *yihad* en la suya atemorizándolos y aterrorizándolos hasta que cada vecino tema a su otro vecino”.

La contribución del régimen sirio a la campaña contra el ISIS fue

extraordinariamente modesta. Como hemos tenido la oportunidad de ver, Bashar al-Asad permitió la creación de milicias yihadistas en los primeros compases de la guerra para presentarse como un mal menor. Su aviación se concentró en golpear las zonas rebeldes, pero no atacó las posiciones del ISIS hasta mucho más tarde. Habría que esperar hasta la primavera de 2016, cuando ya la fuerza yihadista había perpetrado varios atentados en Europa, para que el régimen lanzase su primera gran ofensiva para retomar Palmira, ciudad patrimonio de la humanidad por la UNESCO, que había sido capturada por el ISIS en mayo de 2015. Tras hacerse con la ciudad, las huestes yihadistas ejecutaron, según información del Observatorio Sirio de Derechos Humanos, a al menos 217 personas, 67 de ellas civiles (entre ellos, el arqueólogo Jaled al-Asaad, responsable de Antigüedades, que fue decapitado) y 14 niños, y destruyeron el templo de Bel y el arco de Triunfo. Además, emplearon el teatro para realizar ejecuciones públicas y difundirlas a través de su poderoso aparato de propaganda *Amaq*. El 27 de marzo de 2016 la ciudad fue recuperada, lo que permitió al régimen presentarse como un firme aliado en el combate contra el ISIS.

Por otra parte, las fuerzas rebeldes sirias interpretan que su principal enemigo es Bashar al-Asad y no el ISIS. Como señala el académico libanés Ziad Majed, autor del libro *Syrie. La Révolution Orpheline* en una entrevista a *Le Nouvel Observateur* publicada el 23 de febrero de 2016, “la oposición no aceptará jamás una alianza con Bashar al-Asad, cuyo régimen ha matado a más del 90 por ciento de las víctimas civiles del conflicto. No tienen ninguna razón para sacrificarse en una lucha contra el ISIS que permita mantenerse en el poder a su verdugo. Reducir toda la causa siria a una guerra contra el ISIS es una percepción occidental que no toma en consideración los centenares de miles de sirios muertos y los millones de sirios heridos, detenidos y desplazados, aunque, por supuesto, haya que luchar también contra el ISIS”.

Las ofensivas militares contra el ISIS frenaron su avance y le colocaron en una posición defensiva. Su máxima “permanecer y expandirse” quedó en entredicho, ya que se vio obligada a ceder cada más terreno. La pérdida de Kobane en enero de 2015 marcó un punto de inflexión. Esta ciudad kurda fronteriza fue reconquistada por los *peshmerga* gracias a la ayuda del ELS y a los bombardeos aéreos norteamericanos. También las Fuerzas Democráticas Sirias, comandadas por las YPG kurdas, lograron importantes victorias como la captura de Manbiy en agosto de 2016, gracias a la cual cortaron la entrada de armas y milicianos desde territorio turco. En el curso de la operación Escudo del Éufrates, el ejército turco secundado por varios grupos rebeldes sirios también le

arrebató la estratégica ciudad de Yarabulus.

CAPÍTULO 7

El gran juego regional

A pesar de la intensificación de la represión y del aumento de número de víctimas, los países occidentales asistieron impasibles a la tragedia siria guiándose por la lógica de gestión de la crisis en lugar de la de intervención humanitaria. Su máxima prioridad era evitar involucrarse en la guerra y, por supuesto, que la inestabilidad regional les acabase pasando factura. Un cálculo cortoplacista e interesado que dejaba en evidencia su cortedad de miras y que, con el trascurso del tiempo, se mostró erróneo, ya que varios países europeos se convirtieron en objetivo de los ataques del ISIS y en destino de cientos de miles de refugiados sirios que huían de la destrucción de su país.

La activa involucración de Rusia en defensa del régimen sirio por medio de su intervención militar contrastó con la tibieza de Estados Unidos, renuente a enfangarse en las movedizas arenas de Oriente Próximo tras las desastrosas campañas en Afganistán e Irak. La mayor parte de países occidentales se inclinó por respaldar diplomáticamente a las plataformas opositoras en el exterior y por apoyar con armas ligeras a los grupos rebeldes en el interior. Únicamente la irrupción en escena del ISIS sacó a las potencias occidentales de su inmovilismo al interpretar que representaba una amenaza para sus intereses, en especial cuando secuestró y asesinó a varios periodistas y cooperantes occidentales y atentó contra diversas ciudades europeas como París, Bruselas y Niza.

Esta parálisis occidental abrió de par en par las puertas de Siria a las potencias regionales y, en particular, a Irán y Arabia Saudí, que no dudaron en utilizar a Siria como cortafuegos para evitar que la Primavera Árabe alcanzase sus territorios, aunque para ello tuvieran que sembrar la semilla del sectarismo en la región. A pesar de sus profundas diferencias, ambos países coincidían en la necesidad de hacer descarrilar las movilizaciones populares que, con sus

llamamientos de libertad, dignidad y justicia social, representaban una amenaza sin precedentes para dos de los regímenes más autoritarios de Oriente Próximo.

La progresiva regionalización de la crisis siria degeneró en un choque de inédita magnitud en el cual los actores regionales libraron sus propios conflictos de manera indirecta y a través de actores interpuestos en un ejemplo de libro de guerra por delegación o *war by proxy*. A partir de 2012 quedó de manifiesto que el conflicto sirio había dejado de ser un enfrentamiento civil y se había convertido en una guerra regional con la presencia de tropas iraníes, libanesas, iraquíes, afganas y paquistaníes que combatían junto al régimen sirio y con la ayuda turca, saudí, qatari y emiratí al bando rebelde.

La rivalidad irano-saudí no era nueva, ya que ambos países habían mantenido una tensa relación desde la Revolución Islámica en 1979. Desde entonces, las relaciones bilaterales estuvieron condicionadas por el antagonismo religioso-ideológico y la competencia geoestratégica, puesto que, como apuntan Sandjadjpour y Ben Taleblu en un análisis publicado por el *think tank* FRIDE en 2015, “tanto Teherán como Riad se ven a sí mismos como los líderes naturales no solo de Oriente Próximo, sino también de todo el mundo musulmán”.

La invasión de Irak en 2003 marcó un punto de inflexión al permitir que Irán tutelase al nuevo gobierno iraquí. A partir de 2011, la Primavera Árabe exacerbó esas tensiones en otros escenarios como Siria, Yemen y Líbano, países en los que ya no existe un Estado central que imponga su autoridad al conjunto del territorio. En la actualidad, algunos de ellos están inmersos en guerras civiles o confrontaciones sectarias que se han visto acentuadas por la implicación activa de Irán y Arabia Saudí, potencias que libran una guerra por la hegemonía en Oriente Próximo.

IRÁN Y SUS SATÉLITES CHIÍES

En Siria, Irán ha apostado todas sus cartas a favor de Bashar al-Asad, a quien considera su principal aliado estratégico y cuya supervivencia se ha convertido en un asunto prácticamente de seguridad nacional. Siria representa, por lo tanto, una primera línea de defensa a la que, además, le une un pacto de defensa mutua firmado el 16 de junio de 2006. Con su activa implicación en la guerra siria, Irán pretende preservar su esfera de influencia en Oriente Próximo: un arco chií que va desde Irán hasta Líbano pasando por Irak y Siria. Estas son las razones por las que Irán ha prestado un activo respaldo político, económico y militar al régimen sirio, no dudando en movilizar también a las milicias de Hezbollah, que operan

sobre todo en las áreas colindantes a la Beqaa, y a otras milicias chiíes iraquíes, afganas y paquistaníes, que actúan bajo la batuta de la Guardia Republicana iraní.

Tras el inicio de la revolución contra al-Asad, Irán intensificó su colaboración con el régimen sirio al interpretar que no solo estaba en juego la supervivencia de su aliado, sino también la vía de aprovisionamiento a Hezbollah e, incluso, el futuro del Eje de la Resistencia frente a Israel. En opinión de la politóloga francesa Fatiha Dazi-Héni, “para Teherán, Siria es un frente importante en su conflicto geoestratégico con Estados Unidos, es una guerra fría con Arabia Saudí y es una guerra contra los salafíes y los grupos asociados a al-Qaeda, cuyo odio por los chiíes es bien conocido. Teherán percibe el colapso del régimen de al-Asad como un movimiento adverso que podría terminar con Hezbollah y la República Islámica”.

Consciente de todo lo que se jugaba, Irán prestó un imprescindible respaldo político, económico y militar a Bashar, vital para mantenerlo en el poder en un clima de creciente contestación interna. Aunque no existen datos fiables sobre el monto de la ayuda económica prestada por Irán al régimen sirio, diferentes fuentes la cifran en unos 5.000 millones de dólares anuales desde 2011. Esta alianza ha azuzado el sectarismo, ya que fue considerada por sus rivales regionales como una prueba de la existencia de una supuesta conspiración chií para dominar Oriente Próximo, lo que generó una fuerte movilización de decenas de miles de yihadistas que acudieron a Siria a hacer su particular *yihad* contra un régimen al que tachan de apóstata, pero también contra Irán, que se presenta como defensor de las minorías chiíes en el mundo árabe.

Irán ha aprovechado la irrupción en escena del ISIS, que tiene un discurso claramente antichií, para movilizar a sus peones regionales. Pese a que los grupos yihadistas sunníes han centrado la atención de los medios de comunicación, también ha irrumpido una miríada de milicias yihadistas chiíes proveniente de los países del entorno. Hezbollah fue el primero en intervenir y, con posterioridad, lo hicieron diversos grupos procedentes de Irak, Afganistán y Pakistán. Conforme las dificultades del régimen se intensificaban, Irán se vio obligado a desplegar a miles de efectivos bajo la dirección del general Qasem Suleimani, responsable de la Brigada al-Quds que opera en el exterior del país persa. El 11 de febrero de 2013, el ex primer ministro sirio Riad Hiyab llegó a denunciar en un programa de la cadena Al-Arabiyya que “Siria está ocupada por el régimen iraní. La persona que dirige el país no es Bashar al-Asad, sino Qasem Suleimani”.

El 30 de agosto de 2016 el periodo británico *The Daily Mail* publicó un documento secreto según el cual las fuerzas chiíes combatiendo en Siria sumarían unos 65.000 efectivos dirigidos por el general de brigada iraní Mohammad Yaafar Assadi y distribuidos de la siguiente manera: 20.000 integrados en las milicias chiíes iraquíes, 16.000 provenientes de Irán, 15.000 de las milicias Fatemeyun de Afganistán, 10.000 pertenecientes a Hezbollah y otros 5.000 de Pakistán. Dicho reportaje, basado en información filtrada por el opositor Consejo Nacional de Resistencia Iraní también señala que el régimen iraní habría invertido 100.000 millones de dólares en sostener a Bashar al-Asad desde el inicio de la contienda y en pagar los sueldos de los miles de combatientes chiíes desplegados sobre el terreno.

Estas milicias chiíes tienen un discurso profundamente sectario. En el imaginario colectivo chií está todavía muy presente la muerte en Kerbala del imán Husayn a manos de las tropas de Yazid, califa de la dinastía Omeya de Damasco, en el año 680. Muchos de los combatientes chiíes interpretan que tienen una misión sagrada, ya que consideran la guerra siria como una batalla que precederá la llegada del *mahdi*. Efectivamente, algunas profecías indican que el último imán chií pondrá fin a su ocultación en una época de caos en la que un personaje denominado al-Sufiani (identificado por algunos con Abu Bakr al-Bagdadí) tratará de exterminar a los chiíes, pero será derrotado por el ejército del *mahdi*, comandado por Jurasani y Shuaib bin Saleh (a quienes se identifica, respectivamente, como el ayatolá Ali Jamenei y Hasan Nasrallah, líder del Hezbollah).

El enemigo común de las milicias chiíes que combaten tanto en Siria como en Irak serían los yihadistas, a los que se denomina despectivamente como *takfiríes*, es decir, los que practican la excomunión. El jeque Nasrallah, máximo dirigente de Hezbollah, advertía en un discurso pronunciado el 25 de mayo de 2013 de los riesgos de la deriva yihadista que vivía Oriente Próximo: “Esta mentalidad *takfirí* ha matado a más sunníes que a miembros de otras sectas musulmanas... No estamos abordando la cuestión desde una perspectiva sunní o chií, sino desde una perspectiva que engloba a todos los musulmanes y cristianos: para todos ellos el proyecto *takfirí* representa una amenaza”. Esta conspiración, según Nasrallah, sería el resultado de un plan de “Estados Unidos, Israel y los *takfiríes*” para controlar la región.

La implicación de Hezbollah en la guerra siria data de otoño de 2011, pero no fue hasta febrero de 2012 cuando intervino a cara descubierta en la ofensiva para recuperar la estratégica ciudad de Zabadani, entonces en manos del ELS. En

junio de 2013 también tomó parte en la batalla de Qusair, que comunica Damasco con la franja mediterránea predominantemente alaui. En total se habla de que habrían intervenido unos 10.000 combatientes chiíes libaneses y unos 1.800 habrían muerto como resultado de los enfrentamientos.

Un detallado informe realizado por Phillip Smyth para The Washington Institute for Near East Policy bajo el título “[The Shiite Jihad in Syria and its Regional Effects](#)” advertía de la presencia en Siria de una pléyade de milicias iraquíes como Liwwa Abu Fadl al-Abbas, Asaib Ahl al-Haqq, Kataib Hizb Allah, Badr, Harakat al-Nujaba o Kataib Sayyid al-Shuhada, que han sido entrenadas por la Guardia Republicana iraní. Esta presencia se ha tratado de justificar aludiendo a la necesidad de defender los santuarios chiíes en territorio sirio para evitar atentados como el que en 2006 destruyó la mezquita del Askari en Samarra y precipitó la guerra sectaria iraquí. Por ejemplo, Liwa Abu al-Fadl al-Abbas se desplegó en torno al santuario de Saida Zeinab, en las afueras de Damasco, donde reposan los restos de la hermana del imán Husayn. A medida que el régimen fue perdiendo terreno, estas milicias fueron desplegadas en otros frentes de la guerra.

ARABIA SAUDÍ Y LA PROMOCIÓN DEL WAHABISMO

También Arabia Saudí movilizó todos sus recursos a partir de 2011, al considerar que la Primavera Árabe podría tener réplicas en el reino en el caso de que su población aprovechara la coyuntura para demandar cambios sistémicos. Los Saud ofrecieron refugio al derrocado presidente tunecino Ben Ali e intentaron evitar la caída de Mubarak, que durante su presidencia demostró ser un fiel aliado. El régimen saudí actuó de manera enérgica cuando los vientos revolucionarios se aproximaron a la península Arábiga, no dudando en intervenir militarmente en Bahrein para evitar la caída de la dinastía Jalifa y en Yemen para golpear a las milicias huzíes que se habían hecho con el poder tras la deposición de Saleh.

En Siria, Arabia Saudí respaldó a los grupos rebeldes que intentaban derrocar a Bashar al-Asad. Este apoyo estaba directamente relacionado con la máxima preocupación de la política exterior saudí: la necesidad de contener a Irán. En este sentido, el derrocamiento de al-Asad y el establecimiento de un gobierno sunní representarían, como ya hemos señalado, un enorme contratiempo para Irán. Otro de los objetivos encubiertos de Arabia Saudí sería aprovechar la

inestabilidad regional para expandir la ideología wahabí, por lo que ha canalizado sus ayudas hacia grupos de orientación salafista, empeñados en replicar el modelo saudí en territorio sirio mediante la imposición de la *sharí*a y la persecución de las minorías confesionales.

El wahhabismo es una corriente religiosa dentro del islam que aspira a restaurar el islam tal y como se vivía en la época de los ancestros o *salaf*: Mahoma y los califas bien guiados. Los salafistas contemporáneos son partidarios de imponer la *sharí*a, pretenden cambiar la sociedad por medio de la predicación o *da`wa* y rechazan de plano el secularismo y la democracia. Además, interpretan que cualquier desviación de su interpretación del islam ortodoxo debe considerarse como herética, especialmente a la corriente chií (a cuyos seguidores tachan de *rafidun* o renegados) y todas sus ramas (a las que condena como *kuffar* o infieles), pero también al islam popular que rinde culto a los santones. El principal foco exportador del wahabismo a nivel mundial es Arabia Saudí, que en 1945 estableció el Pacto del Quincey con Estados Unidos, por el cual Washington preservaría la monarquía saudí a cambio de que la explotación de sus recursos energéticos quedara en manos de empresas norteamericanas.

El creciente intervencionismo de Irán en Oriente Próximo fue respondido por Arabia Saudí con la intensificación del sectarismo tanto en el interior como en el exterior del reino. A escala doméstica, el régimen saudí acentuó sus políticas sectarias para “suprimir los llamamientos internos al cambio político, aislar a la minoría chií y retrasar la movilización islamista”, tal y como recalca la profesora Madawi Rasheed en un análisis publicado por el Norwegian Peacebuilding Resource Centre. El objetivo, según la autora, no sería otro que dividir a la población en términos sectarios y, en particular, subrayar la brecha confesional entre la mayoría sunní y la minoría chií. De hecho, los medios saudíes acusaron a los chiíes de ser una quintacolumna que pretendía desestabilizar el reino.

En Siria, Arabia Saudí financió generosamente a los grupos rebeldes. En un primer momento, el grueso de la ayuda económica se dirigió al ELS, pero posteriormente se encaminó a los salafistas Ahrar al-Sham y el Ejército del Islam, que tienen un discurso claramente sectario y que ejercen de contrapeso al ISIS, en el que combaten, según The Soufan Group, al menos 2.500 saudíes. Para disuadir el alistamiento de nacionales en las filas del ISIS, el 3 de febrero de 2014 se emitió un decreto real que castigaba con 20 años de prisión a quienes combatieran en conflictos en el exterior, pena que podría alcanzar los 30 años en el caso de unirse o financiar a organizaciones terroristas. Esta decisión vendría

motivada por las crecientes críticas del ISIS a la monarquía saudí, a la que considera ilegítima por su alianza con Estados Unidos y su supuesta relajación religiosa.

Esta nueva guerra fría irano-saudí no solo se explica en términos sectarios, sino también estratégicos, por lo que presentar esta confrontación como una lucha entre sunníes y chiíes es una simplificación. Como advierte la politóloga Fatiha Dazi-Héni, “las actuales divisiones sectarias entre Arabia Saudí e Irán parecen estar mucho más relacionadas con el enfrentamiento geopolítico y el antagonismo ideológico en su búsqueda por el predominio en Oriente Próximo, que con la religión”. No debe pasarse por alto que, además del factor religioso, también existe una rivalidad étnica e ideológica entre ambos actores.

De lo que caben pocas dudas es que, al exacerbar las tensiones sectarias en una zona con una elevada heterogeneidad confesional como Oriente Próximo, tanto Arabia Saudí como Irán son responsables de la espiral de violencia que sacude la región. La fractura sectaria es particularmente visible en Irak, Siria y Yemen, países que cuentan con importantes concentraciones chiíes. A pesar de que los costes de esta nueva guerra fría superan claramente sus beneficios, Irán y Arabia Saudí parecen reacios a, o incapaces de, frenarla.

LAS AGENDAS DE TURQUÍA Y QATAR

No solo Irán y Arabia Saudí han tratado de aprovechar la situación en Siria para tratar de aumentar su peso específico en Oriente Próximo. También lo hicieron Qatar, los Emiratos Árabes Unidos o Kuwait, todos ellos miembros del Consejo de Cooperación de Golfo (CCG). Como señala Abdullah Baabood en el anuario del Instituto Europeo del Mediterráneo de 2014, todas estas petromonarquías aprovecharon el alza de los hidrocarburos para “acumular más poder blando e inteligente por medio de su situación económica, financiera, mediática e internacional y para actuar más visiblemente dentro de la región de Oriente Próximo y el norte de África mediante la mediación, la ayuda económica y financiera, el aumento de las inversiones y la creciente influencia política”. No obstante, no todos remaron en la misma dirección. Esta división del CCG lastró su efectividad, puesto que sus miembros no solo no colaboraron entre sí, sino que además rivalizaron de manera abierta. Como señalara Haizam Amirah y Mercedes Fernández en un artículo publicado en 2015 en la revista *Economía Exterior*, las petromonarquías del golfo Pérsico, que ocupan la centralidad del sistema árabe, han optado por una política exterior mucho más intervencionista

aprovechando esta privilegiada situación económica.

Para todos estos países, las demandas de libertad y de justicia de la Primavera Árabe representaban una evidente amenaza. Ante esta situación, la mayoría de ellos adoptaron una serie de medidas a nivel doméstico encaminadas a garantizar la paz social, entre ellas el alza de salarios, el incremento de los subsidios, la oferta de empleos públicos, la construcción de viviendas y la inversión en sanidad y educación. En el plano exterior, los miembros del CCG asumieron una posición contrarrevolucionaria. De resultar exitosas las transiciones políticas, en muchos casos dirigidas por partidos islamistas como Ennahda en Túnez o los HH MM en Egipto, la población local podría exigir cambios de calado, entre ellos la introducción de una democracia efectiva y un sistema pluripartidista. De tal manera, como afirma Baabood, “los Estados del CCG se encontraron rodeados por un islam político que podía cuestionar su legitimidad y socavar su tradicional sistema monárquico... Por ello, los países del CCG respaldaron la contrarrevolución mediante el apoyo a las fuerzas contrarrevolucionarias y a los militares para arrebatarse el poder a los gobiernos electos”.

La única voz discordante dentro del CCG fue Qatar, un pequeño país que cuenta con apenas 200.000 habitantes, pero que dispone de una de las más importantes reservas de gas mundiales, que desde un primer momento respaldó las revoluciones en Túnez, Egipto, Libia, Yemen y Siria. Qatar apostó activamente por los HH MM tanto en Egipto como en Siria, donde también financió a milicias de orientación salafista como Ahrar al-Sham o el Ejército del Islam. También puso al canal de televisión Al-Jazeera al servicio de su política exterior, lo que generó no pocas tensiones con sus vecinos. A pesar de los ingentes recursos que exigió su puesta en práctica, como señala Lina Khatib, “esta política exterior expansionista ha estado plagada de errores de cálculo, desafíos domésticos y de presión internacional... Como resultado de estos contratiempos, el papel regional de Qatar se ha reducido y en el futuro es probable que su influencia exterior se mantenga bajo la dirección de Arabia Saudí”, hipótesis que finalmente se demostró acertada.

Turquía es otro de los países que ha intervenido activamente en Siria desde el inicio de la revolución. La explicación es sencilla, ya que es el vecino con el que comparte unas fronteras más extensas y, por lo tanto, sería el más afectado por su desestabilización. Como explicara el propio Recep Tayyeb Erdogan al diario qatari *Al-Sharq* el 13 de septiembre de 2011: “Para Turquía, Siria no es un país más, sino que es un vecino con el que compartimos 910 kilómetros de fronteras y con el que tenemos intereses compartidos que no pueden ignorarse... Sabemos

muy bien que la estabilidad allí es una parte de nuestra seguridad nacional y tememos que la situación conduzca al estallido de una guerra civil entre alauíes y sunníes”.

En todo momento, Turquía ha supeditado su estrategia en Siria a dos objetivos: expulsar del poder a Bashar al-Asad e impedir que Rojava, el Kurdistán sirio, afiance su autonomía y se convierta en un santuario para el PYD, al que tacha de terrorista, lo que explica una errática política basada en el apoyo al ELS y a varios grupos islamistas, pero también en la tolerancia con la infiltración de elementos yihadistas a través de su porosa frontera en los primeros años de la guerra. La máxima del “enemigo de mi enemigo es mi amigo” ha guiado la política turca, lo que ha tenido más costes que beneficios.

Cuando estalló la revolución siria, el gobierno turco presionó para que el régimen sirio introdujera reformas para desactivar la movilización popular. Bashar al-Asad ignoró estas peticiones, lo que generó un profundo malestar en Ankara, acentuado por la llegada de miles de refugiados a territorio turco a medida que la estrategia de tierra quemada se extendía al conjunto de las zonas rebeldes. A partir de verano de 2011, el gobierno turco ofreció cobijo a los líderes del ELS y también acogió el congreso fundacional del CNS. En noviembre de 2011, Turquía secundó el Plan de Acción planteado por la Liga Árabe que demandaba a las partes emprender un diálogo nacional entre el régimen y la oposición, iniciativa que se saldó con un rotundo fracaso.

Durante la segunda reunión del Grupo de Amigos de Siria, celebrada en Estambul el 1 de abril de 2012, Erdogan exigió “poner fin al baño de sangre”, reivindicó “el derecho de la población a defenderse” y recordó a la comunidad internacional su “obligación moral de actuar”. Esta activa implicación del gobierno turco mostró a las claras que todos los puentes entre Ankara y Damasco habían quedado rotos. El incidente más grave entre ambos países llegó poco después cuando un avión de combate turco que se había adentrado en territorio sirio fuera derribado por un misil el 22 de junio de 2012. Tras una reunión de urgencia, el secretario general de la OTAN, Anders Fogh Rasmussen, advirtió de que “consideramos este acto como inaceptable y lo condenamos en los términos más enérgicos”. A pesar de la gravedad del incidente, Turquía rehusó recurrir a la fuerza.

Los llamamientos de Ankara para que se establecieran zonas de exclusión aérea y se abriesen corredores humanitarios cayeron en saco roto, al igual que su intento de crear una zona colchón en la frontera para frenar la llegada de refugiados. Debe tenerse en cuenta que Turquía es el país que más sirios ha

recibido desde el inicio de la crisis. A mediados de 2016, Turquía acogía un total de 2.700.000, la mayor parte de ellos atendidos por ACNUR, la Media Luna Turca y la Agencia Estatal AFAD, aspecto que analizaremos con más detalle en el capítulo noveno.

Además de la autonomía kurda, la principal preocupación de Turquía es la expansión del ISIS, que desde 2015 ha atentado en varias ocasiones contra objetivos turcos para castigar a Turquía por sus cada vez más férreos controles en las áreas fronterizas. El 20 de julio de 2015, el ISIS provocó una matanza en la localidad fronteriza de Kilis, de mayoría kurda, que costó la vida a 34 personas. Poco después, el 10 de octubre, dicho grupo perpetró el mayor atentado terrorista en la historia reciente turca al atacar una manifestación convocada por la Confederación de Sindicatos de Obreros Revolucionarios, provocando la muerte de un centenar de personas. El 28 de junio de 2016, tres yihadistas causaron la muerte de 41 personas en el aeropuerto de Estambul. Desde entonces, el gobierno turco ha mantenido una política de tolerancia cero hacia el ISIS.

CAPÍTULO 8

Una guerra de agotamiento

Si algo han dejado claro todos estos años de guerra es que ninguna de las partes dispone de la suficiente fuerza para imponerse sobre sus rivales en el campo de batalla. La progresiva balcanización de Siria, dividida entre el régimen, los rebeldes, los yihadistas y los kurdos así parece demostrarlo. Desde el estallido de la revolución, la situación sobre el terreno ha cambiado de manera drástica. La multiplicidad de actores implicados en su desarrollo y la diversidad de intereses que defienden han agravado la guerra hasta llevarla a un punto de no retorno. De una movilización popular en demanda de libertades y reformas se ha pasado a una guerra regional en la que intervienen, como hemos tenido la oportunidad de contemplar en el capítulo anterior, no solo Irán y Arabia Saudí, sino también Turquía, Qatar o Emiratos. La presencia del ISIS y del Frente al-Nusra ha sido empleada a su vez por Estados Unidos y Rusia como pretexto para justificar su intervención en un país en ruinas.

El conflicto sirio se ha convertido en un rompecabezas de compleja solución. A grandes rasgos, la repartición de fuerzas en otoño de 2016 era la siguiente. El régimen sirio controlaba la denominada Siria útil: la franja costera y el corredor urbano que va desde Suwaida en el sur hasta una parte significativa de Aleppo en el norte pasando por Damasco, Homs y Hama, lo que representa algo más de un tercio del territorio donde residen cerca de dos terceras partes de la población. El resto del país, mucho menos poblado y que incluye zonas rurales y desérticas, ha quedado en manos de los diferentes grupos rebeldes o las facciones yihadistas. Los rebeldes dominan, en parte o en su totalidad, las provincias de Quneitra y Deraa en el sur y las de Hama, Idlib y Aleppo en el norte, manteniendo una presencia marginal en las provincias de Rif Damasco y Homs, zonas muy castigadas por la estrategia de tierra quemada adoptada por el régimen. Las YPG kurdas, por su parte, extienden su autoridad por los tres cantones del Rojava: Afrin, Kobane y la Yazira (salvo al-Hasake y Qamishle, donde el régimen

todavía mantiene posiciones). Por último, el ISIS controla la cuenca del Éufrates desde la frontera turca a la iraquí, a excepción de la asediada ciudad de Deir ez-Zor, que permanece en manos del régimen.

El país ha quedado dividido de facto entre estos cuatro actores y, por lo tanto, corre el riesgo real de balcanizarse de no alcanzarse una solución negociada que respete su integridad territorial. Esta fragmentación no hubiera sido posible sin la regionalización del conflicto que a su vez provocó la intensificación del sectarismo, con la entrada en escena de diversas fuerzas chiíes regionales (iraníes, libanesas, iraquíes, afganas y paquistaníes), el ascenso de las fuerzas salafistas y la irrupción de grupos yihadistas.

LA RESILIENCIA DEL RÉGIMEN

Durante estos largos años de guerra, el régimen ha dado sobradas muestras de resiliencia. A pesar de que en los primeros compases de la revolución muchos analistas consideraban que su caída era tan solo una cuestión de tiempo, lo cierto es que Bashar al-Asad ha ofrecido una resistencia numantina. Desde el inicio de las movilizaciones populares, Bashar recurrió a la denominada “solución militar” al interpretar que libraba una batalla en la que solo habría un ganador y un perdedor. La brutal represión de los focos de resistencia, que fueron indiscriminadamente bombardeados dentro de su estrategia de tierra quemada, provocó una alta mortandad no solo entre los rebeldes, sino también entre la población civil. La técnica más habitual, empleada en el barrio de Baba Amro en Homs en febrero de 2012 o en el este de Aleppo en septiembre de 2016, fue el bombardeo sistemático hasta reducirlo a escombros para emprender entonces su reconquista.

Un informe publicado el 27 de abril de 2015 por el *think tank* International Crisis Group hacía un escalofriante inventario de las tácticas empleadas por las tropas de al-Asad, pero también por algunas milicias rebeldes: “El régimen sirio ha hecho uso de armas químicas, misiles balísticos y bombas contra su propia población; los servicios de seguridad han practicado detenciones masivas, torturas y ejecuciones; ambas partes han cometido castigos colectivos a través del hambre y han realizado bombardeos indiscriminados a diferentes escalas; otros fenómenos de relevancia han sido la limpieza sectaria, los ataques suicidas, los combatientes voluntarios extranjeros, los señores de la guerra y el matonismo, la violación como arma de guerra y la aparición de epidemias como resultado de la interrupción de los servicios públicos”.

A pesar de la notable pérdida de terreno sufrida, el régimen sirio ha logrado mantenerse en pie, entre otras razones por el incondicional apoyo prestado por Irán y el respaldo sin fisuras de Rusia, que decidió intervenir el 30 de septiembre de 2015 cuando el avance rebelde hacia la costa mediterránea colocó en una delicada situación a su aliado. Todo ello evidencia que la autoridad del régimen está notablemente erosionada, tal y como me reconociera en una entrevista desarrollada en Beirut el 20 de julio de 2016 el profesor Yezid Sayigh, investigador del Carnegie Endowment for International Peace en Beirut: “El Estado ha desaparecido y solo mantiene su ejército y sus servicios de seguridad, pero ni siquiera es capaz de lanzar ofensivas para recuperar Idlib o Raqqa”.

Por esta razón, depende cada vez más de la ayuda exterior, tal y como el propio presidente sirio reconociera en una entrevista con el diario *El País*: “Sin lugar a dudas, el respaldo ruso e iraní ha sido esencial para que nuestro ejército logre este avance... Con toda certeza nosotros necesitamos esta ayuda, por una simple razón: porque más de 80 países respaldan con diferentes medios a los terroristas. Algunos de forma directa con dinero, respaldo logístico, armas o combatientes. Y otros países les ofrecen apoyo político en los diferentes foros internacionales. Siria es un país pequeño. Podríamos luchar, pero en definitiva existe un respaldo incondicional a esos terroristas y es obvio que en esta situación se da la necesidad de un apoyo internacional”.

La desertión masiva de sus reclutas (unos 100.000 a mediados de 2012) y el elevado número de bajas en sus filas (unas 50.000 en los primeros cinco años de guerra, según las estimaciones del Observatorio Sirio de Derechos Humanos) provocaron el colapso del ejército regular, incapaz de desplegarse en todos los frentes donde los rebeldes tenían presencia. La necesidad de cubrir estas bajas motivó la aparición de varios grupos paramilitares. Como señala Aron Lund, en un artículo publicado el 2 de marzo de 2015 con el título “Who Are the Pro-Assad Militias?”, “desde comienzos de 2011, el gobierno comenzó a emplear dinero y servicios para comprar la lealtad de los jóvenes desempleados entre los cuales distribuyó armas y coches, a la vez que ofreció ventajas a sus leales y sus familias, militarizando las vastas redes clientelares establecidas durante más de cuatro décadas de gobierno de los Asad. Entre los reclutados estaban familias de militares, simpatizantes baazistas, bandas de matones con respaldo de los servicios de inteligencia, las comunidades religiosas minoritarias, algunas tribus árabes sunitas y otros actores locales dependientes del régimen de al-Asad”.

A partir de 2012 cobraron protagonismo las Fuerzas de Defensa Nacional y el Ejército Popular, que llegaron a movilizar a más de 100.000 efectivos. Dichos

grupos están integrados no solo por alauíes, sino también por cristianos y drusos, así como una nutrida nómina de tribus sunníes próximas al régimen. Algunas de sus unidades son dirigidas por el propio clan de los Asad, como en el caso del ya fallecido Hilal al-Asad, primo del presidente y responsable de las Fuerzas de Defensa Nacional en Lataquia. Estos grupos son financiados por el régimen, que también les permite practicar el pillaje, perpetrar secuestros y desarrollar otras actividades delictivas para autofinanciarse. No obstante, no todos los alauíes defienden al régimen y en muchos casos esta minoría se ha visto obligada a pagar un elevado precio por su condición, ya que se estima que buena parte de los jóvenes alauíes en edad militar han sido reclutados de manera forzosa. En algunas de las aldeas de la montaña alauí se han llegado a levantar barricadas para que no entrase el ejército regular o los *shabbiha*.

En el bando rebelde nos encontramos con una heterogénea amalgama de grupos que van desde los más o menos moderados alineados en torno al ELS o las FDS hasta los salafistas de Ahrar al-Sham y el Ejército del Islam, que a menudo colaboran con el Frente al-Nusra. Dichos grupos difieren notablemente en torno al futuro de Siria, puesto que los primeros defienden un Estado laico y democrático y los segundos son partidarios de uno religioso regido por la *sharí*a. Su enemigo común es Bashar al-Asad, pero no está claro que ambos bandos puedan ponerse de acuerdo en el sistema político a implantar en el caso de que su régimen se desmorone. Como hemos tenido la oportunidad de comprobar en el capítulo quinto, las dos principales plataformas opositoras en el exterior —el CNS y la CNFROS— carecen de influencia real sobre el terreno y su labor se ha visto mermada por las tensiones regionales y por las rivalidades personales. Uno de los déficits más importantes de la oposición es, por lo tanto, su incapacidad para hablar con una sola voz.

Aún más peligrosa es la dependencia de esta miríada de grupos rebeldes de sus patrocinadores. La ayuda militar y económica que reciben les hace extraordinariamente dependientes de sus patrones y de sus respectivas estrategias regionales, que no siempre tienen como prioridad los intereses de la población siria. Como ha quedado en evidencia a lo largo de la guerra, a las potencias regionales no les interesa que exista un liderazgo rebelde fuerte y cohesionado que les pueda plantar cara y prefieren mantener a las milicias fragmentadas y atomizadas para garantizar su lealtad y obediencia. En opinión del analista libanés Fidaa al-Aitani, entrevistado en Ammán el 25 de julio de 2016, “ni uno solo de los países vecinos están interesados en el éxito de la revolución porque interpretan que representaría una amenaza para sus intereses,

por eso se han conjurado para evitar su triunfo”.

EL DESCENSO A LOS INFIERNOS

A principios de 2014, la intensificación de los combates había llevado a Siria a una situación de no retorno. Tanto que el Consejo de Seguridad se vio obligado a pronunciarse por medio de la resolución 2.139 aprobada el 22 de febrero en la que llamaba a las partes a detener de manera inmediata la violencia. En su punto 1 “condenaba enérgicamente las violaciones generalizadas de los derechos humanos y del Derecho Internacional Humanitario cometidas por las autoridades sirias y por los grupos armados, incluidas todas las formas de violencia sexual y violencia basada en el género, así como todas las violaciones graves y abusos cometidos contra niños en contravención del Derecho Internacional, como su reclutamiento y utilización, su muerte y mutilación, la violación y todas las demás formas de violencia sexual, los ataques contra escuelas y hospitales, y los arrestos arbitrarios, las detenciones, la tortura, los malos tratos y la utilización como escudos humanos”.

El punto 3 de la resolución “exigía que todas las partes pongan de inmediato fin a todos los ataques perpetrados contra civiles, así como al uso indiscriminado de armas en zonas pobladas, incluidos disparos de artillería y bombardeos aéreos, como el uso de bombas de barril, y métodos de combate que puedan causar daños superfluos o sufrimientos innecesarios, y recuerda a este respecto la obligación de respetar y asegurar el respeto del Derecho Internacional Humanitario en todas las circunstancias, y recuerda también, en particular, la obligación de hacer una distinción entre la población civil y los combatientes, y la prohibición de cometer ataques indiscriminados y ataques contra civiles y bienes de carácter civil”.

El punto 5 “exhortaba a todas las partes a que levanten de inmediato el asedio de zonas pobladas, incluidas el centro histórico de Homs (Homs), Nubl y Zahra (Alepo), Moadamiya (periferia rural de Damasco), Yarmuk (Damasco), el este de Guta (periferia rural de Damasco), Daraya (periferia rural de Damasco) y otros lugares, exige que todas las partes permitan la prestación de asistencia humanitaria, incluida asistencia médica, dejen de privar a los civiles de alimentos y medicinas indispensables para su supervivencia, y permitan la evacuación rápida, segura y sin trabas de todos los civiles que deseen abandonar esos lugares”.

El punto 11 “condenaba enérgicamente la detención arbitraria y la tortura de

civiles en la República Árabe Siria, en especial, en prisiones y centros de detención, así como los secuestros, raptos y desapariciones forzadas, y exige el fin inmediato de esas prácticas y la liberación de todas las personas detenidas de forma arbitraria, empezando por las mujeres y los niños, así como de los enfermos, los heridos y las personas mayores, e incluido el personal de la ONU y los periodistas”.

Como había ocurrido otras veces en el pasado, esta resolución quedó reducida a papel mojado al ser ignorada por las partes, que siguieron vulnerando el Derecho Internacional Humanitario de manera flagrante. Según las cifras de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de la ONU, en septiembre de 2015 había, al menos, 390.000 personas atrapadas en 15 ciudades (incluida Deir ez-Zor, donde el ISIS sitiaba a los barrios leales al régimen). Estas zonas carecían de agua o electricidad y no tenían acceso a alimentos ni medicinas. Todo ello a pesar de que el artículo 8 del Estatuto de Roma consideraba como un crimen de guerra “hacer padecer intencionalmente hambre a la población civil como método de hacer la guerra, privándola de los objetos indispensables para su supervivencia, incluido el hecho de obstaculizar intencionalmente los suministros de socorro de conformidad con los Convenios de Ginebra”.

A este respecto, Bashar señalaba en la entrevista antes mencionada de *El País*: “Nosotros no hemos impuesto ningún embargo sobre ninguna zona en Siria. Hay una diferencia entre un embargo y un ejército rodeando un área específica porque hay milicianos, y eso es algo natural en dicho caso de seguridad o situación militar. Pero el problema en dichas zonas radica en que los propios grupos armados han confiscado los alimentos y otros bienes básicos de sus habitantes y se los han entregado a sus milicianos o los han vendido a precios muy altos. En tanto que Gobierno, no hemos impedido nunca la llegada de la ayuda a ninguna zona, incluidas aquellas que están bajo control del ISIS, como la ciudad de Raqqa”.

La situación sobre el terreno parecía ser distinta, tal y como demostraban los casos de Daraya y Yarmuk, mencionados en la resolución 2.139. Daraya, una localidad en la periferia de Damasco a tan solo 12 kilómetros de la capital, resumía a la perfección el trato que Bashar al-Asad deparaba a las ciudades que se habían levantado en su contra. Esta ciudad de 80.000 habitantes fue escenario de multitudinarias manifestaciones contra el régimen y pronto cayó en manos del ELS. Entre el 20 y el 25 de agosto de 2012, tropas del régimen y los *shabiha* perpetraron una masacre que, según el Observatorio Sirio de Derechos Humanos, se saldó con la ejecución sumaria de 270 personas, la mayor parte de

ellos activistas, mujeres y niños. Tras ser sometida a un inhumano asedio y ser bombardeada de manera sistemática (la Red Siria de Derechos Humanos contó, al menos, 7.846 barriles bomba en cinco años, además de ocho ataques con armas químicas), la ciudad quedó devastada y la mayor parte de sus habitantes la abandonó.

Tras cinco años de bombardeos, el 26 de agosto de 2016 se alcanzó un acuerdo por el cual los 700 combatientes rebeldes y los 4.000 habitantes que todavía quedaban en la ciudad fueron evacuados bajo la protección del Comité Internacional de la Cruz Roja. Todo ello a pesar de que el artículo 7 del Estatuto de Roma considera la deportación o el traslado forzoso como un crimen de lesa humanidad. La ONU repudió el acuerdo por considerar que era contrario al Derecho Internacional Humanitario y pidió que no sentara un precedente para futuras evacuaciones forzosas, pero otro tanto ocurrió en Moadamiyya, otro suburbio de Damasco, donde fueron evacuados 250 civiles y 62 rebeldes a principios de septiembre de ese mismo año.

Otro caso bien conocido es el de Yarmuk, un campamento de refugiados palestinos en la periferia de Damasco, que también quedó reducido a escombros por los bombardeos del régimen tras quedar en manos de diferentes grupos rebeldes como el ELS, el Frente al-Nusra y las milicias palestinas de Bayt al-Maqdis. Como señalara el activista palestino Muhammad Bitari al diario *Ara* el 9 de abril de 2015, “los refugiados palestinos de Yarmuk abrieron las puertas a sus hermanos sirios, que huían de la represión del régimen. Los alojaron en las casas, las escuelas y las mezquitas. El régimen nos castigó por esto”. En febrero de 2013, las fuerzas de Bashar al-Asad impusieron un asedio por el cual impidieron la entrada de cualquier tipo de ayuda humanitaria para la población civil. Como recuerda Bitari, “desde hace 20 meses y debido al asedio del ejército sirio no hay agua ni electricidad, ni tampoco alimentos ni medicinas. Hemos documentado 175 casos de palestinos que han muerto de hambre. Ahora, además, tenemos los combates: mientras el ISIS avanza, el régimen bombardea. No hay ninguna salida para la gente: están atrapados entre el régimen y el ISIS”. Efectivamente, el 1 de abril de 2015 el Frente al-Nusra cedió el control de Yarmuk al ISIS, lo que aceleró la salida de sus escasos habitantes entre los que se diagnosticaron cientos de casos de anemia y raquitismo al haberse alimentado durante meses de hierbas, gatos y ratas. A mediados de 2016 tan solo quedaban en dicho campamento 8.000 de sus 120.000 residentes originales.

ISIS: UN ENEMIGO ÚTIL

Mención aparte merece la irrupción de ISIS en territorio sirio. Como hemos tenido la oportunidad de ver en el capítulo sexto, este grupo originario de Irak aprovechó el vacío de poder existente en Siria para implantarse en la cuenca del Éufrates y tomar el control de Raqqa. La estrategia del ISIS ha ido evolucionando en función de los cambios experimentados sobre el terreno. En un primer momento se centró en la conquista de territorios y, tras la instauración del califato, su máxima prioridad fue su consolidación. La campaña aérea desatada por una coalición internacional obligó a replantear esta estrategia y perpetrar atentados terroristas a gran escala en el extranjero por medio del derribo de un avión civil ruso sobre el Sinaí el 31 de octubre de 2015 (224 víctimas), los atentados de París el 13 de noviembre de ese mismo año (137 víctimas), el ataque contra el aeropuerto y el metro de Bruselas el 22 de marzo de 2016 (35 víctimas), el asalto del aeropuerto de Estambul el 28 de junio (44 víctimas) o la masacre causada por un camión en Niza el 14 de julio (85 víctimas). Estos atentados estaban dirigidos contra los países que se habían mostrado más beligerantes hacia el ISIS y pretendían provocar una revisión de sus políticas.

La instrumentalización del ISIS ha sido otra de las constantes de la guerra siria. A estas alturas parece evidente que su ascenso no hubiera sido factible sin la connivencia de algunos actores clave de la región. Si bien es cierto que, hoy por hoy, representa una amenaza a escala global, también lo es que muchos lo consideraron en el pasado o lo siguen considerando en el presente un enemigo útil que conviene preservar. Este es el caso del presidente sirio Bashar al-Asad, quien no ha dudado en presentarse como un mal menor ante la comunidad internacional, pero que en un primer momento contribuyó a su creación mediante la liberación de cientos de islamistas radicales. La intensificación de los bombardeos contra el ISIS por parte de la coalición internacional le beneficia, porque crea una cortina de humo para sus crímenes y, además, le permite recuperar parte del terreno perdido. Como recuerda la escritora Samer Yazbek en su libro *La frontera. Memorias de mi destrozada Siria*, “el mundo está obsesionado con el ISIS, aunque mientras tanto los aviones de al-Asad siguen arrojando bombas sobre la población civil”.

Este discurso ha calado también en Estados Unidos, donde ya hay sectores abiertamente partidarios de revisar la actitud de la Administración de Obama hacia el régimen sirio. El 21 de diciembre de 2014, el exembajador en Siria, Ryan Crocker, publicó un artículo en *The New York Times* titulado “Assad is the Least Worst Option in Syria” en el que señalaba: “Asad no se irá. Lo más probable es que recupere cada pulgada del país de manera sangrienta. Tal vez al-

Qaeda conserve algunos enclaves en el norte, pero al-Asad controlará Damasco. ¿Realmente queremos como alternativa que un país en el corazón del mundo árabe quede en manos de al-Qaeda? Así que tenemos que llegar a un acuerdo sobre un futuro que incluya a al-Asad, sobre la base de que todavía hay algo peor que él”.

LA AUTONOMÍA DE ROJAVA

Tras el inicio de la revolución, el PYD adoptó una posición equidistante sin alinearse contra el régimen ni tampoco a favor de la oposición. La principal fuerza política kurda secundó el diálogo con Bashar al-Asad con el que había alcanzado un pacto de no agresión a cambio de que le cediese la mayor parte de las zonas de mayoría kurda a excepción de Qamishle, donde sigue conservando el control del aeropuerto y de los barrios árabes. No obstante, a medida que el régimen se debilitaba, las formaciones kurdas elevaron el listón de sus demandas y plantearon el establecimiento de un Estado federal. Hassan Saleh, miembro del Partido Yekiti, resumía estas reivindicaciones en un artículo publicado por el portal *Fikra Forum* el 20 de abril de 2012: “Un Estado federal es la mejor vía para alcanzar una coexistencia pacífica interna, ya que permite a todos los pueblos y minorías disfrutar de sus derechos y preservar su identidad y su existencia. El federalismo es una manera de garantizar la unidad estatal”.

Por su parte, Saleh Muslim, copresidente del PYD, reclamó el derecho a la autodeterminación en una entrevista concedida a la revista *International Journal of Socialist Renewal* el 29 de enero de 2014: “Luchamos por una autodeterminación democrática del pueblo kurdo en Siria, que es un tipo particular de autonomía. Queremos derechos democráticos y un reconocimiento constitucional de los kurdos. No queremos dividir Siria y no queremos un Estado nacional kurdo independiente... Queremos autogobernarnos. El nombre no es importante, pero debe ser conforme a los derechos humanos y a la democracia. En cualquier caso, estamos seguros de una cosa: no queremos establecer nuevas fronteras. No somos separatistas. No queremos separar Kurdistán de Siria”.

Todos estos movimientos generaron la suspicacia entre las fuerzas rebeldes y opositoras. En una entrevista al coronel Riad al-Asaad publicada en el diario *El Mundo* el 11 de enero de 2016, el exresponsable del ELS manifestaba: “Sabemos que Estados Unidos se está moviendo para apoyar a los kurdos separatistas. Los alienta para que formen un país propio. La razón de ello es dividir Siria, desintegrar su propia identidad, y acabar mostrando a Bashar al-Asad como el

único político que puede unificarla y traer estabilidad al país”. Como advertía Saleh Muslim, copresidente del PYD, en la entrevista anteriormente mencionada: “El régimen y numerosos sectores de la pretendida oposición nos acusan de ser separatistas. No nos quieren y se niegan a darnos nuestro derecho a la autonomía. Por tanto, debemos luchar por ella contra el régimen y contra la oposición armada al mismo tiempo”.

Las YPG, establecidas por el Acuerdo de Erbil del 26 de julio de 2012, aprovecharon el vacío de poder para implantar una autonomía *de facto* en las zonas de mayoría kurda el 12 de noviembre de 2013. Esta autonomía reservaba una cuota de un 40 por ciento para las mujeres en todos sus órganos electos, lo que representaba una auténtica revolución teniendo en cuenta los valores patriarcales imperantes en la zona. El 29 de enero de 2014 se hizo pública una Constitución interina del Rojava denominada la Carta del Contrato Social, en la que se reclamaba la construcción de un Estado federal en Siria y hacía un llamamiento a la convivencia pacífica de los kurdos con los árabes, asirios, arameos, circasianos y turcomanos residentes en Rojava.

La expansión del ISIS por la cuenca del Éufrates provocó una colisión directa con los *peshmerga*. El 6 de octubre de 2014, el ISIS tomó la ciudad de Kobane después de una sangrienta campaña en la que se hicieron con el control de decenas de aldeas aledañas provocando un éxodo de cientos de miles de kurdos. Como recuerda el periodista Manuel Martorell en su libro *Kurdos*, el propósito no sería otro que “aislar las otras dos regiones kurdas: Afrin y Yazira. De esta forma, si acababa con la resistencia de Kobane, se podría lanzar sobre la Yazira y, después, sobre Afrin, desbaratando así ese proyecto autonómico y, sobre todo, controlando una impresionante ventana al exterior de más de 800 kilómetros que les permitiría multiplicar el número de combatientes extranjeros y garantizar la llegada de todo tipo de suministros”.

Tras varias semanas de combates, el ISIS fue finalmente expulsado de Kobane el 26 de enero de 2015 gracias a la inestimable ayuda que las YPG recibieron del ELS y de centenares de *peshmerga* llegados de Irak, pero también a la cobertura aérea prestada por la aviación norteamericana. En la batalla también participaron las Unidades de Defensa de la Mujer, que infligieron severos daños a las fuerzas yihadistas. La liberación de Kobane marcó un antes y un después en la lucha contra el ISIS y, además, consagró a las *peshmerga* como un actor clave para combatir a dicho grupo sobre el terreno.

Tras ser excluidos de las negociaciones de Ginebra III por las presiones de Turquía, los partidos kurdos decidieron superar el marco de la autonomía y

proclamar el establecimiento de una región federal en el Rojava el 17 de marzo de 2016. Este nuevo giro fue condenado enérgicamente tanto por las plataformas opositoras como por el régimen sirio, que consideró que “carecía de base legal y no tendría ningún impacto legal, político, social o económico”.

Ante el retroceso del ISIS, las denominadas FDS, una heterogénea coalición de fuerzas kurdas, árabes, asirias y turcomanas dominadas por las YPG, trataron de conectar los tres enclaves de Rojava, una empresa que generó la intervención terrestre de una Turquía renuente a permitir que este movimiento nacionalista kurdo emparentado con el PKK controlase toda la línea fronteriza. La expulsión del ISIS de Manbiy por las FDS el 13 de agosto encendió todas las alarmas y desencadenó la operación Escudo del Éufrates. El 24 de agosto las fuerzas turcas entraron en territorio sirio para expulsar al ISIS de la ciudad fronteriza de Yarabulus, en una operación coordinada con el ELS en la que también participaron, según diferentes fuentes, varias milicias islamistas como Ahrar al-Sham y el Movimiento Nur al-Din Zenki. La entrada en escena de Turquía fue interpretada como un movimiento destinado a crear una zona colchón entre Yarabulus y Azaz, donde la mayor parte de la población era árabe o turcomana, para impedir que las milicias kurdas lograsen conectar los cantones de Afrin y Kobane, lo que daría continuidad territorial al Kurdistan sirio. Tras la operación, el presidente Erdogan señaló: “El combate de Turquía contra todas las organizaciones terroristas, incluidas el ISIS y las YPG, continuará con determinación”.

LA BATALLA DE ALEPO

La intervención militar rusa dio un giro inesperado a la guerra siria. En el mes de julio de 2015, Qasem Suleimani se había reunido en Moscú con el presidente Vladimir Putin y con su ministro de Defensa Sergei Shoigu para advertirle de que la situación del régimen era desesperada. El máximo responsable de la Brigada al-Quds iraní consideraba que las fuerzas con las que contaba Bashar estaban extenuadas y que la intervención de la aviación rusa era indispensable para afianzar las conquistas territoriales de las milicias chiíes desplegadas sobre el terreno. El analista libanés Fidaa al-Aitani, entrevistado en Ammán el 25 de julio de 2016, que conoce bien la situación sobre el terreno, consideraba que “el régimen sirio ya no está al frente de las operaciones contra los rebeldes, sino que la estrategia la marcan Rusia, Irán y Hezbollah, dado que las fuerzas sirias se encuentran en una situación de debilidad manifiesta a la hora de atacar a los

feudos rebeldes y carecen de la capacidad para abrir nuevos frentes, ya que no tienen recursos para movilizar a la población ni a sus combatientes”.

El 30 de septiembre de ese mismo año la aviación rusa comenzó a bombardear las posiciones rebeldes. Una vez más, el pretexto empleado fue la necesidad de derrotar al ISIS, en el que combatían 4.700 yihadistas de las antiguas repúblicas soviéticas según The Soufan Group, aunque el principal objetivo parecía otro: apuntalar a un régimen malherido. En la práctica, este movimiento pretendía frenar el avance del denominado Frente de la Victoria, la alianza entre Ahrar al-Sham y el Frente al-Nusra que había conseguido hacerse con el control de Idlib, desde la cual amenazaba con avanzar a la costa mediterránea, lo que pondría en peligro los feudos del régimen. Esta estratégica provincia, además, permitía tanto el abastecimiento desde Turquía como su empleo como lanzadera de ataques a Lataquia. Este espectacular avance no hubiera sido posible sin la estrecha coordinación entre Arabia Saudí, Turquía y Qatar, que habían decidido dejar atrás sus rencillas para tratar de conseguir un éxito que desequilibrase la guerra.

De ahí que los bombardeos rusos se centrasen esencialmente en combatir a las diversas facciones rebeldes que se habían hecho fuertes en el norte del país y que avanzaban como una tenaza sobre Lataquia. El propósito de la arriesgada operación rusa no sería tanto derrotarlas, algo que exigiría una operación de mayor envergadura, sino delimitar unas líneas rojas para evitar que su avance pusiese en peligro la Siria útil controlada por el régimen, porque esa porción del territorio daba una profundidad estratégica a aquellas zonas que Rusia consideraba vitales: la base naval de Tartus y la costa mediterránea donde se localizaban los yacimientos de gas.

En otoño de 2016, un año después de la intervención rusa, el principal frente de la guerra se encontraba en Alepo, donde se libraba una batalla crucial para su desenlace. Años atrás, Alepo había sido el motor económico del país y su ciudad más poblada con tres millones de habitantes, entre ellos representantes de las minorías circasianas, armenias, turcomanas y kurdas. Los barrios del este de la ciudad fueron conquistados por el ELS a finales de julio de 2012, por lo que se convirtieron en objetivo preferente de la aviación del régimen. En los meses siguientes, los enfrentamientos se multiplicaron y atrajeron a un buen número de yihadistas internacionales que se unieron a las filas del Frente al-Nusra. En el curso de los enfrentamientos, la mezquita de los Omeyas y el antiguo zoco quedaron prácticamente destruidos, y la ciudadela que dominaba la ciudad resultó seriamente dañada.

En una entrevista publicada por el diario francés *L'Express* el 2 de febrero de 2016, el profesor Ziad Majed resumía la situación de la siguiente manera: “La antigua capital económica del país está dividida en dos. En 2012, la parte este —barrios de clases medias y populares, un poco más de la tercera parte de la superficie de la ciudad—, así como el campo que la rodeaba, muy poblado, pasaron a estar bajo el control de la oposición. Incapaz de poder recuperarla, el régimen lanzó en el verano de 2012 los primeros ataques aéreos, seguidos luego del lanzamiento de barriles de explosivos. Las panaderías, las escuelas y los hospitales eran blancos preferentes, con el objetivo de hacer la vida imposible. De dos millones de habitantes en 2012, la población del sector de oposición pasó a alrededor de 250.000. Algunos habitantes huyeron hacia el campo vecino, otros hacia Turquía, otros han encontrado refugio en la parte de Alepo controlada por el régimen, para escapar a los barriles de explosivos; pero no los hombres: corren el riesgo de ser detenidos o enrolados en el campo lealista. Con alrededor de 800.000 habitantes, la parte oeste de la ciudad también ha perdido una parte de su población, que ha huido hacia Lataquia en la costa o a Turquía”.

El 1 de febrero de 2016 el régimen y sus aliados lanzaron una gran ofensiva en el norte de la ciudad con la intención de cortar las vías de aprovisionamiento de los barrios rebeldes. Esta maniobra motivó el fracaso de la Conferencia de Ginebra III, que después de arduos esfuerzos había conseguido sentar en la mesa de negociaciones al régimen y a la oposición. Después de varias semanas de combates, Estados Unidos y Rusia aprobaron un efímero cese de hostilidades el 27 de febrero. El régimen dejó claro que el cese de hostilidades no afectaría al ISIS y al-Nusra, ni tampoco a Ahrar al-Sham y el Ejército del Islam. De hecho, Rusia habría estado detrás del asesinato del máximo responsable de este último grupo, Zahran Allush, en un bombardeo registrado el 25 de diciembre de 2015.

Tras una reunión entre los ministros de Defensa ruso, iraní y sirio, celebrada en Teherán el 9 de junio, el 25 de ese mes se lanzó una nueva ofensiva para hacerse con el control de la carretera Castello, la vía de suministro de los rebeldes, que fue capturada el 17 de julio. A partir de entonces se impuso un asedio sobre los barrios rebeldes en los que quedaron atrapadas un cuarto de millón de personas, la mayor parte de ellas sin los recursos suficientes para huir a los países del entorno.

La intervención de la Defensa Civil de Siria, también conocidos como Cascos Blancos, fue indispensable para minimizar la baja de civiles como resultado de los bombardeos aéreos. El lema de esta organización, nacida en octubre de 2014, era una aleya de El Corán que decía: “Salvar una vida es salvar a toda la

humanidad”. La organización estaba integrada por unos 3.000 voluntarios, tenía presencia en Alepo, Idlib, Hama, Homs, Rif Damasco y Daraa, y contaba con financiación de varias agencias de cooperación internacionales, esencialmente de Estados Unidos y la Unión Europea. Hasta septiembre de 2016, dicha organización había rescatado a 62.000 personas con vida en operaciones de salvamento y había perdido a 141 de sus integrantes. En 2016 fueron nominados al Premio Nobel de la Paz en reconocimiento por su labor.

En el campo de batalla de Alepo se enfrentaban las fuerzas del régimen y sus aliados (la aviación rusa, las tropas de Hezbollah, la Guardia Republicana iraní y el Haraka al-Nujaba iraquí) contra una heterogénea coalición de rebeldes integrada por algunas brigadas del ELS, Ahrar al-Sham, el Frente al-Nusra y el Frente del Levante, una coalición de grupos islamistas creada a finales de 2014 entre los que se encontraba los remanentes de la Brigada Tawhid, el Movimiento Nur al-Din Zenki, el Ejército de los Muyahidin y otros grupos menores. En el combate también tomaron parte las YPG, que desde el barrio kurdo de Seij Maqsud atacaron las zonas rebeldes del este e intentaron aprovechar la confusión para lanzar una ofensiva sobre la localidad de Azaz, con la idea de crear un corredor que uniera los cantones de Afrin y Kobane.

De perder el este de Alepo, las fuerzas rebeldes sufrirían un golpe definitivo que les expulsaría a las zonas rurales, donde serían combatidas más fácilmente. Debe tenerse en cuenta que esta era la última gran urbe en la que tenían presencia después de haber sido expulsados antes de Hama y Homs. En mayo de 2014 el régimen y los rebeldes alcanzaron un acuerdo para que 600 milicianos y 1.400 civiles abandonaran el casco viejo de Homs. En diciembre de 2015, la ciudad quedó completamente en manos del régimen cuando se alcanzó un acuerdo similar para que los 350 rebeldes y sus familias que todavía estaban atrincherados en el barrio de al-Waer pudieran evacuar la ciudad.

El deterioro de la situación humanitaria y el elevado número de víctimas provocados en la batalla por Alepo llevaron a Estados Unidos y Rusia a aprobar un nuevo alto el fuego que entró en vigor el 12 de septiembre, coincidiendo con la celebración de la Fiesta del Sacrificio. El acuerdo, que tan solo se mantuvo en vigor durante una semana, se articulaba en torno a cuatro ejes. El primero de ellos era el completo cese de hostilidades, que atañía tanto al régimen como a los diversos grupos que lo combatían y que contemplaba, también, la interrupción de los bombardeos aéreos sobre las zonas dominadas por la oposición. El segundo elemento consistía en la apertura de corredores humanitarios para que pudiese distribuirse ayuda a la población sitiada en Alepo. En tercer lugar,

Washington y Moscú aceptaban coordinar sus operaciones para combatir al ISIS y al Frente al-Nusra. Por último, se intentarían crear las condiciones para retomar las negociaciones de Ginebra.

Este plan se negoció a espaldas del régimen y la oposición, pero también de las potencias regionales con intereses en el país —es decir, Irán, Arabia Saudí, Turquía y Qatar—, cuya contribución se antojaba determinante para su éxito o fracaso. En todo caso era evidente que Moscú se encontraba en una posición de fuerza desde que interviniese militarmente para evitar el colapso del régimen, mientras que Washington se encontraba en una situación de debilidad, ya que carecía de una política exterior coherente hacia Siria y su único propósito parecía ser combatir al ISIS.

Al centrarse en la lucha contra el yihadismo, Obama y Putin lanzaban el mensaje de que al-Asad se había convertido en un mal menor. Por ello, las fuerzas rebeldes acogieron con tibieza el acuerdo al interpretar que el principal beneficiado sería el régimen, que podría aprovechar dicho tiempo muerto para reagrupar sus fuerzas y lanzar la ofensiva final sobre Aleppo, tal y como ocurrió. No es casual que tanto al-Asad como sus dos principales aliados regionales — Irán y Hezbollah— se apresurasen a aceptar este alto el fuego que concentraba los ataques sobre los grupos yihadistas y no mencionaba en ningún momento a la miríada de milicias chiíes que también representaban un factor desestabilizador en la ecuación siria.

Como cabría esperar, este frágil alto el fuego apenas duró una semana. El ataque aéreo norteamericano contra un cuartel en Deir ez-Zor, en el que murieron 62 soldados del régimen, fue respondido por la aviación rusa con el bombardeo de un convoy humanitario de la Media Luna Roja y la ONU que destruyó a 18 de sus 31 camiones y dejó un saldo de 12 trabajadores humanitarios muertos. El Comité Internacional de la Cruz Roja condenó el ataque y lo consideró una flagrante violación del Derecho Humanitario Internacional. La ruptura de la tregua permitió al régimen y la aviación rusa reanudar sus ataques contra los barrios rebeldes de Aleppo empleando barriles bomba y bombas de racimo, prohibidas por las convenciones internacionales.

CAPÍTULO 9

La catástrofe humanitaria

En todo conflicto armado, la población civil suele ser la principal víctima, pero en el caso sirio la magnitud de la catástrofe humanitaria supera todos los límites. Las cifras hablan por sí solas. En los primeros cinco años y medio de guerra, el número de muertos oscilaría entre los 330.000, calculados por el Observatorio Sirio de Derechos Humanos, y los 470.000, por el Centro Sirio de Investigación Política. A ellos deberían sumarse los 75.000 desaparecidos contabilizados por la Red Siria de Derechos Humanos, de los que no se tiene ninguna noticia desde hace años, por lo que se teme por su suerte.

En septiembre de 2016, ACNUR tenía registrados a 4.800.000 refugiados en los países del entorno y otros 1.120.000 sirios habían pedido asilo en Europa. Por otra parte, el número de desplazados internos rozaba los 9.000.000 de personas. Al menos dos terceras partes de la población siria, por lo tanto, se había visto obligada a abandonar sus hogares en el curso de la guerra. Para Antonio Guterres, el entonces Alto Comisario de ACNUR, se trataba de “la crisis más peligrosa para la paz y la seguridad global desde la Segunda Guerra Mundial”. Organismos internacionales advirtieron, a su vez, de la proliferación de enfermedades ya extinguidas como la poliomielitis, el tifus o el sarampión, así como de la dramática situación educativa, puesto que había tres millones de niños sin escolarizar debido a la destrucción de 4.000 escuelas. Este catastrófico escenario confirma la existencia de toda una generación perdida en Siria con niños que, en muchos casos, ni tan siquiera han podido aprender a leer o escribir.

UNA ECONOMÍA DE GUERRA

El éxodo masivo de la población siria no solo ha sido provocado por los combates y los bombardeos, sino también se debe al deterioro generalizado de las condiciones de vida en el interior del país. El informe “Confronting

Fragmentation! Impact of Syrian Crisis Report”, elaborado por el Centro Sirio para la Investigación Política y la Universidad Americana de Beirut, consideraba que la esperanza de vida había retrocedido desde los 70,5 años de 2010 a los 55,4 de 2015, y la pobreza se había disparado hasta afectar al 85,2 por ciento de la población, viviendo un 69,3 por ciento de los sirios en situación de pobreza extrema. En tan solo cinco años, Siria habría perdido más de 50 puestos en el Índice de Desarrollo Humano elaborado por el PNUD, pasando del puesto 121 de 2010 al 173 de 2015. Un descenso meteórico sin precedentes.

No nos debería extrañar, por lo tanto, que no solo la población que vivía en las zonas rebeldes azotadas por los bombardeos, sino también quienes residían en las áreas bajo control del régimen decidieran abandonar Siria, un país sin futuro. Debe tenerse en cuenta que Bashar al-Asad gobierna en la actualidad tan solo sobre una tercera parte de un país devastado por la guerra e inmerso en una delicada situación económica. Según un informe del Economic and Social Commission for Western Asia, el PIB sirio cayó en picado en los primeros cinco años de guerra, pasando de los 60.000 millones de dólares a los 23.000. Los sectores que tradicionalmente tiraban de la economía, como los servicios, la industria, la agricultura o el turismo, colapsaron a consecuencia de los enfrentamientos y las inversiones extranjeras se esfumaron. En los primeros compases de la guerra, el régimen también perdió el control de los pozos petrolíferos que producían 380.000 barriles de crudo al día y representaban un 25 por ciento de las exportaciones, viéndose obligado a adquirir el crudo al Frente al-Nusra o al ISIS en diversas fases del conflicto.

Como resultado del agravamiento de la situación, el gobierno impuso una economía de guerra y la población se vio abocada a una economía de subsistencia. La depreciación de la lira con respecto al dólar, que encareció de manera notable las importaciones, fue otro de los quebraderos de cabeza del gobierno. El cambio oficial pasó de las 50 liras por dólar de marzo de 2011 a las 215 de septiembre de 2016. Esta caída en picado obligó al gobierno a elevar el precio de los productos básicos, que tradicionalmente habían sido subvencionados para comprar la paz social. El 2 de octubre de 2014, poco después de que la coalición internacional empezara a bombardear los pozos de petróleo bajo control del ISIS, el gobierno anunció una subida del 33 por ciento del precio del gasoil. También los productos de la cesta diaria han multiplicado sus precios, convirtiéndose prácticamente en artículos de lujo para la cada vez más empobrecida población. Como gráficamente resumía el director de cine Muhammad Ali al-Atasi, “Siria ha vuelto a la edad de piedra: la industria, la

agricultura y la educación han sido destruidas por completo”.

LOS REFUGIADOS EN LOS PAÍSES DE ACOGIDA

Los casi cinco millones de refugiados registrados en los países del entorno por ACNUR en verano de 2016 se repartían de la siguiente manera: 2.700.000 en Turquía, 1.033.000 en Líbano, 656.000 en Jordania, 240.000 en Irak y 115.000 en Egipto. En realidad, las cifras podrían ser mucho mayores, puesto que quienes disponen de recursos no suelen registrarse en los censos de ACNUR. Por otra parte, la agencia onusiana tenía cada vez más dificultades para financiarse debido al agotamiento de los donantes ante una crisis que no tiene visos de solución en el corto plazo, lo que ha repercutido negativamente en los servicios que presta.

Además, debe tenerse en cuenta que los países de acogida cuentan con unos recursos extraordinariamente limitados, lo que les ha llevado a revisar su política de puertas abiertas y adoptar legislaciones más restrictivas para impedir la entrada de nuevos refugiados. Ni Líbano ni Jordania son firmantes de la Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951 ni tampoco del Protocolo de 1967, por lo que los recién llegados se encuentran en un limbo legal. Otro tanto se puede decir de Turquía, que solo ofrece asilo político a los refugiados europeos. Al haber ratificado los Pactos Internacionales de Derechos Económicos, Sociales y Culturales y de Derechos Civiles y Políticos, estos países están obligados a garantizar el acceso a la salud, la educación, la vivienda y la alimentación, pero la ayuda internacional es indispensable para satisfacer dichas necesidades.

Turquía se ha convertido en el país del mundo que más refugiados acoge en la actualidad: 2.700.000 sirios. Debe recordarse que ambos países comparten unas fronteras de 900 kilómetros y que buena parte de las zonas bajo control rebelde están en la línea fronteriza. El éxodo hacia Turquía se explica sobre todo por dos razones: la estrategia de tierra quemada aplicada por el régimen y el avance del ISIS. Turquía tiene, además, un atractivo añadido, ya que comparte fronteras con la Unión Europea, por lo que es considerado por muchos como una estación de paso hacia el continente europeo. Las autoridades turcas cifran en 10.000 millones de dólares los gastos generados por la atención a los refugiados entre 2011 y 2016.

Turquía considera a los refugiados sirios como invitados y les conceden protección temporal mientras dure el conflicto, lo que les permite acceder al

sistema sanitario y educativo de manera gratuita. Solo una pequeña parte de ellos, unos 250.000, viven en los 26 campamentos gestionados por la agencia estatal AFAD en las zonas fronterizas, mientras que el 90 por ciento ha optado por instalarse en áreas urbanas, donde se encuentran en una situación más vulnerable. Como las autoridades turcas no permiten que los refugiados trabajen, la gran mayoría se ven abocados al mercado informal, donde perciben un salario notablemente inferior y realizan jornadas laborales más intensivas. El aluvión de refugiados sirios ha provocado el aumento de alquileres y el crecimiento del desempleo, lo que ha desencadenado tensiones con la población local, parte de la cual percibe a los refugiados como foco de inseguridad.

En Líbano hay 1.033.000 refugiados sirios registrados por ACNUR, a los que las autoridades libanesas denominan “desplazados” y no conceden asilo. Se trata, por lo tanto, del país con más refugiados per cápita del mundo, puesto que representan el 20 por ciento de la población. Esta presencia ha colapsado sectores como la sanidad, la educación o la vivienda, que ya estaban en una situación crítica debido a la fragilidad del Estado libanés. La llegada de centenares de miles de sirios, la mayor parte de ellos sunníes, también representa un potencial factor desestabilizador en un país que mantiene un precario equilibrio confesional. Los refugiados sirios son contemplados con preocupación no solo por la población cristiana, sino también por la mayoría chií. Es sabido que Hezbollah se ha involucrado activamente en la guerra siria, lo que ha sido respondido con varios atentados yihadistas contra zonas chiíes del país.

La legislación libanesa, al contrario que la turca o la jordana, impide la creación de campamentos para evitar que los refugiados se asienten de manera indefinida, por lo que una parte de ellos ha apelado a la solidaridad de la población local. En algunas zonas de la frontera sirio-libanesa existen unas estrechas relaciones entre las respectivas poblaciones. Como recuerda Filippo Dionigi en el informe “The Syrian Refugee Crisis in Lebanon. State Fragility and Social Resilience”, publicado por el Middle East Centre de la London School of Economics, “además de los aspectos económicos, las conexiones sociales y familiares son sólidas a lo largo de la frontera... Originalmente, la frontera no estaba claramente delimitada y, de hecho, muchos habitantes también tenían la nacionalidad o la ciudadanía provisional siria. Los vínculos familiares y la identidad nacional son realidades difusas en esta y otras zonas fronterizas”. Esta situación permitió que algunas localidades como Aarsal o Hermel acogieran a decenas de miles de refugiados en los primeros compases de la guerra.

No obstante, la mayor parte de los refugiados viven en infraviviendas en las

zonas rurales. Se estima que tan solo la mitad de los 420.000 menores de edad tienen acceso a educación, lo que les coloca en una situación extremadamente vulnerable dado que se convierten en carne de cañón para la explotación infantil. Los refugiados, a los que la legislación impide trabajar, se ven abocados al sector informal y, sobre todo, a la agricultura, los servicios o la construcción, lo que ha generado tensiones con las poblaciones locales, ya que suelen aceptar condiciones laborales por debajo de la media. En algunas zonas del país se cultiva un discurso del miedo hacia los refugiados y se restringe su libertad de movimiento mediante toques de queda a partir de ciertas horas de la noche. En opinión de Hassan Abbas, director de The Syrian League for Citizenship, “el sirio se ha convertido en un chivo expiatorio al que se le acusa de todos los problemas que padece el país, incluidos los cortes de electricidad, el aumento de la inflación, el desempleo o la delincuencia”.

Al igual que Turquía, Líbano ha revisado en los últimos años su política de puertas abiertas y ha introducido medidas para dificultar su acceso. El 13 de noviembre de 2015, el gobierno endureció la legislación exigiendo el pago de elevadas sumas (220 euros por persona y año) para renovar el visado y puso numerosas trabas de carácter administrativo para el registro de nuevos desplazados. Muchos de los llegados desde entonces carecen de registro y, por lo tanto, no pueden acceder a las ayudas que ofrece ACNUR.

En Jordania, ACNUR tiene registrados a 656.000 refugiados, que representan el 10 por ciento de la población, aunque el número real podría ser mucho mayor según fuentes oficiales. El 65 por ciento de los refugiados vive en las grandes urbes (125.000 en la capital Ammán) y el resto en los cinco campamentos oficiales en los que se limita la libertad de movimiento. El más grande de ellos, erigido en una zona desértica fronteriza, es Zaatari, donde viven unas 80.000 personas. Uno de los principales problemas es abastecer a la que se ha convertido, en muy poco tiempo, en la cuarta ciudad con más habitantes del país, problema que se agrava debido a la crónica carestía de agua que padece el reino hachemí.

Buena parte de los refugiados en Jordania provienen de Deraa, Homs y Alepo y se han instalado en las provincias norteanas de Mafraq, Irbid, Ramza y Zarqa, donde existen unos fuertes vínculos entre las tribus repartidas a ambos lados de las fronteras. De hecho, los primeros refugiados que salieron de Siria fueron acogidos en muchos de los casos por sus propias tribus. La masiva llegada de refugiados ha repercutido negativamente en la calidad de los servicios públicos y, sobre todo, en el sistema educativo, que está completamente saturado. De

hecho, muchas escuelas jordanas se han visto obligadas a establecer un turno de mañana y otro de tarde con 50 alumnos por clase en cada uno de ellos para atender la creciente demanda. Un problema añadido es la falta de atención psicológica para los refugiados y, en especial, para los niños, que han sufrido la pérdida de familiares cercanos, han contemplado bombardeos y han desarrollado fobia al sonido de las bombas, que siguen cayendo a escasos kilómetros de la frontera. Según ACNUR, las dos terceras partes de refugiados sirios que viven en áreas urbanas están en situación de pobreza extrema, ya que han agotado los escasos ahorros de los que disponían.

Como en los casos turco y libanés, la legislación jordana impide trabajar a los refugiados lo que les aboca al mercado informal, donde cobran salarios inferiores a sus homólogos jordanos, en condiciones más adversas. Algunos interlocutores entrevistados en Jordania señalaron que en algunos casos llegan a aceptar un tercio del salario habitual. La crisis económica que padece el país, unida a la presencia de refugiados, ha disparado el desempleo de la población jordana, que ha pasado del 14,5 por ciento de 2011 al 22,1 por ciento de 2014 en las zonas de Ammán, Irbid y Mafraq, según un informe de la FAFO. Según estimaciones del Jordanian Economic and Social Council, la factura de la presencia de los refugiados se elevaría a 4.200 millones de dólares en el periodo 2011-2016. A esta cifra deberían añadirse los gastos derivados del reforzamiento de la seguridad en las fronteras con Siria e Irak para evitar la irrupción del ISIS en territorio jordano.

Como señala Doris Carrion en su informe “Syrian Refugees in Jordan Confronting Difficult Truths”, publicado por Chatham House en septiembre 2015, “el aumento de los alquileres, el crecimiento de los precios y las tensiones en los servicios públicos y el orden público han provocado que la población local se sienta cada vez más privada de sus derechos y abandonada por el gobierno jordano y los donantes internacionales. Si persiste la situación actual es probable que en los próximos años aumenten el resentimiento y la alienación en las provincias nortenas”. Todo ello ha llevado a replantear la política de puertas abiertas y, a partir de 2014, se han puesto cada vez más restricciones a la entrada de sirios, quedando decenas de miles de desplazados en tierra de nadie sin poder acceder al reino.

Como hemos tenido la oportunidad de ver, los países del entorno tienen unos recursos sumamente limitados y no están preparados para que la presencia de refugiados, que en un primer momento consideraban que sería de carácter temporal, se convierta en indefinida. No obstante, el agravamiento de la guerra

en Siria y la devastación del país hacen poco probable que este retorno se dé en el corto plazo, por lo que deberían buscarse soluciones a medio y largo plazo para crear las condiciones para que los refugiados puedan integrarse plenamente en la vida de los países limítrofes. En opinión del Ibrahim al-Saqqar, alcalde de al-Ramza, con el que el autor mantuvo una entrevista el 17 de julio de 2016, “la solución de la situación es hartamente complicada porque afectará a dos generaciones y durará, al menos, 20 o 25 años, hasta que Siria pueda ser reconstruida”.

RUMBO A EUROPA

En verano de 2015, muchos de los refugiados radicados en los países del entorno decidieron dar el salto a Europa ante la falta de expectativas de que se resolviera la crisis siria. La descomposición del país, la estrategia de tierra quemada del régimen, el desgobierno en las zonas rebeldes y, por último, la expansión del ISIS no ofrecían una perspectiva demasiado alagüeña para los refugiados, ni tampoco para los millones de desplazados internos.

A ello debe sumarse el hecho de que Turquía, Líbano y Jordania se encontraban desbordados por la crisis humanitaria y empezaron a sellar sus fronteras. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que el ACNUR cada vez tenía más dificultades para prestar servicios básicos a la población debido a que muchas de las donaciones prometidas por la comunidad internacional no se llegaron nunca a materializar, lo que le obligó a reducir drásticamente sus programas. A comienzos de 2016, la agenda onusiana hizo un llamamiento para cubrir 4.540 millones de euros de su presupuesto anual, pero en septiembre tan solo había logrado recaudar un 40 por ciento de dicha cantidad.

Sin un horizonte político para resolver la devastadora guerra que asolaba Siria, parte de los refugiados perdieron definitivamente la esperanza y vieron en Europa su tabla de salvación. Desde marzo de 2011 hasta julio de 2016, un total de 1.120.000 sirios solicitaron asilo en el continente europeo, la mayor parte a partir de 2015. La Unión Europea, que desde el inicio de la guerra siria había optado por mantener un perfil bajo, se vio inmersa en una grave crisis ante su incapacidad para gestionar la llegada a su territorio de cientos de miles de refugiados. La crisis humanitaria se superpuso a las crisis política y económica, que colocaron en una situación delicada a un proyecto europeo que parecía haber renunciado a sus propios principios fundacionales.

Ante la llegada masiva de refugiados, el Consejo Europeo del 20 de julio de 2015 planteó el reparto de 40.000 de ellos entre los Estados miembros, que solo

aceptaron reubicar a 32.256 tras una dura negociación que evidenció la quiebra del principio de solidaridad en el que se basaba la Unión Europea. El reparto tuvo en cuenta diversas variables, entre ellas la población, el PIB y el nivel de desempleo de sus integrantes. Alemania, con 10.500, y Francia, con otros 6.752, fueron los países que más refugiados se comprometieron a admitir, mientras que España se opuso a aceptar los 4.288 y consiguió rebajar esta cantidad hasta prácticamente la mitad tras un intenso regateo.

Tuvo que ser la fotografía del niño Aylan al-Kurdi, ahogado en la costa turca el 2 de septiembre de 2015, y la consiguiente indignación de la sociedad civil europea la que obligase a Angela Merkel a mover ficha. Con cientos de miles de refugiados y migrantes atrapados en Europa del Este, la canciller alemana suspendió temporalmente el reglamento de Dublín III y anunció que por razones humanitarias Alemania acogería a 800.000 refugiados en 2015 y a otros 500.000 en 2016. A pesar de estas buenas intenciones, Merkel se vio obligada a restablecer los controles fronterizos el 13 de septiembre. Durante 2015, Alemania recibió 1.092.000 de solicitudes de asilo, casi el 40 por ciento procedentes de Siria.

El Plan Juncker, planteado el 14 de septiembre, se comprometió a reubicar en los países miembros a otros 120.000 refugiados procedentes de Grecia, Italia y Hungría en el plazo de dos años, pero también a reforzar los mecanismos de control por medio del replanteamiento del Frontex, intensificar la ayuda a Jordania, Líbano y Turquía y luchar contra las mafias que traficaban con seres humanos. Según este plan, España debería recibir a 14.931 nuevos refugiados, a los que se deberían sumar los asignados finalmente en julio, con lo que el número final ascendería a 17.337. Una vez más, Alemania y Francia, como países más poblados y motores de la UE, asumirían casi la mitad de los refugiados: 31.443 el primero y 24.031 el segundo. Los países de Europa del Este, con Hungría, Serbia, Eslovaquia, República Checa y Rumanía a la cabeza, mostraron su rechazo frontal a este reparto. La falta de voluntad política por parte de los países europeos y las consiguientes trabas burocráticas que pusieron impidieron que este proceso de reubicación se llevase a la práctica.

Con la intención de detener el flujo migratorio, la Unión Europea y Turquía acordaron el 15 de octubre un plan de acción conjunto por el que el gobierno turco se comprometía a intensificar los controles fronterizos y a readmitir a los migrantes irregulares que llegasen a la costa europea desde Turquía a partir de aquel momento. A cambio, la Unión Europea concedería a Turquía 3.000 millones de euros para hacer frente a los gastos generados por la gestión de la

crisis de los refugiados. No obstante, este plan no llegó a aplicarse y el flujo de migrantes prosiguió durante el otoño, aunque a menor escala que durante el verano.

Finalmente, el 18 de marzo de 2016, la Unión Europea y Turquía alcanzaron un acuerdo por el cual dicho país impediría la salida de refugiados y migrantes por mar y por tierra y a cambio recibiría una ayuda de 6.000 millones de euros. La Unión Europea, además, se comprometía a retomar las negociaciones de adhesión turca y a suprimir el visado de entrada en el espacio Schengen para los ciudadanos turcos. Los llegados a partir de esa fecha a las islas griegas serían encerrados en centros de internamiento y posteriormente deportados a Turquía, que pasaba a considerarse un “país seguro”. Con esta medida, la Unión pretendía externalizar la gestión de la crisis de los refugiados. Además, debía tenerse en cuenta que el artículo 19 de la Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea establecía que “nadie podrá ser devuelto, expulsado o extraditado a un Estado en el que corra un grave riesgo de ser sometido a la pena de muerte, a tortura o a otras penas o tratos inhumanos o degradantes”.

Por cada refugiado sirio expulsado, la Unión Europea se comprometía a aceptar a otro en situación vulnerable, siempre que no se excediera el cupo máximo de 72.000 personas, una cantidad irrisoria si tenemos en cuenta la magnitud del problema. El punto primero del acuerdo se esforzaba en darle cierta apariencia de legalidad al insistir en que “esto se aplicará en plena conformidad con el Derecho Internacional y de la Unión Europea, descartándose así toda expulsión colectiva. Todos los migrantes estarán protegidos de acuerdo con las normas internacionales pertinentes y dentro del respeto del principio de no devolución. Se tratará de una medida temporal y extraordinaria que es necesaria para poner término al sufrimiento humano y restablecer el orden público. Los migrantes que lleguen a las islas griegas serán debidamente registrados y las autoridades griegas tramitarán toda solicitud de asilo individualmente, de acuerdo con la Directiva sobre procedimientos de asilo, en cooperación con ACNUR. Los migrantes que no soliciten asilo o cuya solicitud se haya considerado infundada o inadmisible de conformidad con la citada Directiva serán retornados a Turquía”.

Desde un primer momento quedaba en evidencia el intento de la Unión Europea de meter en un mismo saco a los refugiados, cuya condición está protegida por el Derecho Internacional, y a los migrantes económicos. Al firmar dicho acuerdo, la Unión Europea parecía olvidarse que la protección de los refugiados no era una opción, sino una obligación, ya que sus integrantes son

firmantes de la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951 y del Protocolo de 1967, lo que les obliga a conceder asilo a las personas que se encuentra en peligro y riesgo y que no puedan o no quieran volver a sus países al existir “fundados temores de ser perseguida por motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social, u opiniones políticas”.

El acuerdo fue inmediatamente denunciado como ilegal y amoral por varias organizaciones humanitarias, entre ellas Amnistía Internacional, que, en su informe “No Safe Refuge: Asylum-Seekers and Refugees Denied Effective Protection in Turkey”, señalaba: “Ante la peor crisis de desplazamiento vista en generaciones, la Unión Europea, el bloque político más rico en el mundo, ha buscado activamente evitar que los solicitantes de asilo y refugiados accedan a su territorio. En lo que se ha dado en denominar las políticas de la Fortaleza Europa, la Unión Europea ha erigido vallas en las fronteras terrestres, desplegado un número cada vez mayor de guardias de fronteras y alcanzado acuerdos con los países vecinos para mantenerlos fuera”. Además, el informe consideraba que Turquía no podía ser considerado un país seguro, puesto que en el pasado había deportado a refugiados a Siria, y tampoco ofrecía protección efectiva o una vida digna a los demandantes de asilo.

A pesar de la securitización del problema de los refugiados y la externalización de su gestión, en los meses siguientes siguieron repitiéndose las tragedias en el Mediterráneo. La organización Save The Children denunció que, un año más tarde de la muerte de Aylan, habían muerto otros 423 menores intentando cruzar el Mediterráneo. Según la Organización Internacional de Migraciones, al menos 3.771 migrantes y refugiados murieron durante 2015 cuando intentaban alcanzar Europa a través del mar Mediterráneo.

CAPÍTULO 10

Sin noticias de la paz

El 17 de marzo de 2011, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la resolución 1.973 que imponía una zona de exclusión aérea sobre Libia para proteger a los civiles y evitar que la aviación bombardease las ciudades que se habían levantado contra Gadafi. El punto 3 exigía “a las autoridades libias que cumplan las obligaciones que les impone el Derecho Internacional, incluido el Derecho Internacional Humanitario, las normas de derechos humanos y el derecho de los refugiados, y adopten todas las medidas necesarias para proteger a los civiles”. El punto 4 autorizaba “a que los Estados miembros adopten todas las medidas necesarias para proteger a los civiles y las zonas pobladas por civiles que estén bajo amenaza de ataque, aunque excluyendo el uso de una fuerza de ocupación extranjera de cualquier clase en cualquier parte del territorio libio”. Por último, el punto 6 decidía “establecer una prohibición de todos los vuelos en el espacio aéreo libio con el fin de ayudar a proteger a los civiles”.

A pesar del elevado número de víctimas provocado por la represión de las manifestaciones y el bombardeo de las ciudades alzadas en Siria, las potencias internacionales fueron incapaces de aprobar una resolución similar destinada a proteger a la población civil. Las propuestas formuladas por Estados Unidos, Reino Unido y Francia chocaron, una y otra vez, con los vetos de Rusia. Ante esta negativa, los países occidentales apostaron por imponer sanciones contra el régimen sirio, entre ellas la prohibición de venta de armamento, la congelación de las transacciones con el Banco Central sirio, la restricción de la libre circulación de personas y el bloqueo de las cuentas de sus principales dirigentes en el extranjero. Estas medidas apenas tuvieron impacto sobre el régimen, que siempre contó con la complicidad de Irán y Rusia, que además de respaldo diplomático, prestaron una valiosa ayuda económica y militar.

LA ESTRATEGIA DE CONTENCIÓN DE ESTADOS

UNIDOS

La espiral de violencia desatada en Siria a partir de otoño de 2011 tomó a Estados Unidos con el pie cambiado, puesto que la prioridad absoluta del presidente Barack Obama era cortar con el legado intervencionista de su antecesor en el cargo: George W. Bush. Las intervenciones en Afganistán e Irak no solo no habían servido para consolidar la posición de Estados Unidos, sino más bien todo lo contrario, porque habían destruido los países reduciéndolos a dos Estados fallidos con uno de los índices de violencia y corrupción más elevados del mundo. Esta ocupación norteamericana sirvió, además, de acicate para que los talibanes y los yihadistas ganaran protagonismo y se hicieran con importantes porciones de dichos países.

Como reacción a esta desastrosa política exterior, Obama decidió tomar distancia de Oriente Próximo y se inclinó por la estrategia de la contención en Siria intentando evitar que la guerra afectase a sus principales aliados regionales: Israel, Arabia Saudí y Jordania. Debe tenerse en cuenta que las relaciones entre Washington y Damasco eran prácticamente nulas desde la aprobación de la Ley de Responsabilidad Siria y de Restauración de la Soberanía Libanesa en 2003, en la que la Administración de Bush acusaba al régimen sirio de respaldar el terrorismo internacional, disponer de armas de destrucción masiva y representar una amenaza para la estabilidad regional.

La máxima prioridad de Obama parecía ser evitar el colapso estatal de Siria. Desde un primer momento, la administración norteamericana mostró su rechazo a la creación de zonas de exclusión aérea o, siquiera, a la apertura de corredores humanitarios, a pesar de las reiteradas peticiones en este sentido por parte de la oposición. También descartó proporcionar misiles de tierra-aire a los grupos rebeldes por temor a que cayesen en manos de grupos yihadistas o de Hezbollah. El empleo de armas químicas contra la población civil en la masacre de Guta en 2013, considerada una línea roja por el propio Obama, no modificó esta posición, sino más bien todo lo contrario, porque a partir de entonces el régimen fue reconocido como interlocutor en el proceso de destrucción del arsenal químico. Como recuerda el opositor sirio Muhammad Ali al-Atasi, “tras este acuerdo quedó claro que el régimen no caería”.

A pesar de la devastación del país y de la crisis humanitaria, la Administración de Obama siguió pronunciándose a favor de una solución negociada que ni el régimen ni sus aliados rusos e iraníes estaban dispuestos siquiera a contemplar, ya que consideraban que la única manera de poner fin a la

crisis siria era aplastar a los grupos rebeldes, independientemente de la ideología que profesasen. Hoy en día, la máxima prioridad de Washington parece ser el combate contra el ISIS y no la derrota del régimen sirio, al que sigue considerando como garante de la unidad siria. En opinión del analista libanés Fidaa al-Aitani, “las propuestas de Estados Unidos y Rusia están encaminadas a perpetuar el *statu quo*, ya que no pretenden atajar los problemas centrales”.

Como señalara Gilbert Achcar, profesor de la School of Oriental and African Studies de la University of London en una entrevista con la revista *Left East* publicada el 15 de octubre de 2015, “desde los primeros días del levantamiento en Siria, el gobierno estadounidense, por mucho que, de entrada, dijera que al-Asad debía dimitir, siempre insistió en que su régimen debía mantenerse. Contrariamente a lo que creen los críticos simplistas de Estados Unidos, el gobierno de Obama no está en modo alguno a favor de un ‘cambio de régimen’ en Siria, sino más bien lo contrario. Lo único que quiere es mantener el régimen de al-Asad sin el propio al-Asad. Esta es la ‘lección’ que sacaron del fracaso estrepitoso de Estados Unidos en Irak: retrospectivamente, entienden que deberían haber optado por un ‘sadamismo sin Saddam’, en vez de dismantelar los aparatos del régimen”.

Frente a la ambigüedad de Estados Unidos, Rusia siempre ha dejado claro que defendería el régimen sirio por todos los medios posibles. No debe pasarse por alto que la caída de Bashar haría peligrar sus intereses geoestratégicos en Oriente Próximo. En juego estaba no solo la base naval Tartus, la única de la que dispone Rusia en el Mediterráneo, sino también importantes intereses económicos. Como ya hemos señalado, la compañía rusa Soyuzneftegaz firmó en 2013 un jugoso contrato de 25 años de duración para explotar las reservas petroleras y gasísticas detectadas en la costa siria, que podría albergar la mayor bolsa de gas existente en el mundo.

Los vínculos entre Moscú y Damasco no son nuevos, ya que ambos países mantuvieron una estrecha alianza en el transcurso de la Guerra Fría que se coronó con la firma del Tratado de Amistad y Cooperación Militar en 1980. El estallido de la guerra siria creó las condiciones para el retorno de Rusia a Oriente Próximo por medio del crucial respaldo que Putin prestó a Bashar. Desde el inicio de la guerra, Rusia ofreció una ayuda determinante para evitar que el régimen sirio se desmoronase. A la ayuda diplomática y económica se sumó la intervención militar a partir del 30 de septiembre de 2015.

LAS INICIATIVAS DE LA LIGA ÁRABE Y DE LA

ONU

Ante la parálisis del Consejo de Seguridad, la Liga Árabe decidió aprobar una hoja de ruta para tratar de frenar la guerra. El 2 de noviembre de 2011 planteó un Plan de Acción que reclamaba poner fin a todos los actos de violencia, proteger a la población civil, liberar a los detenidos, retirar a las tropas de las calles, permitir el despliegue de observadores internacionales y emprender un diálogo nacional entre el régimen y la oposición. A finales de diciembre, la Liga Árabe desplegó a 200 observadores para vigilar el cumplimiento del alto el fuego, pero se vio obligada a retirarlos solo un mes más tarde ante el asalto de las tropas del régimen al barrio rebelde de Baba Amro en Homs.

Unas semanas más tarde, el 22 de enero de 2012, la Liga presentó un ambicioso plan de transición que contemplaba el diálogo político entre el régimen y la oposición para establecer un gobierno de unidad nacional que se encargaría de convocar unas elecciones libres y transparentes bajo supervisión internacional en un plazo de dos meses. En la primera reunión del Grupo de Amigos de Siria, celebrada en Túnez el 24 y 25 de marzo de ese año, el CNS dio su respaldo a esta iniciativa. Dicho gobierno transitorio tendría como principal labor supervisar las elecciones a una Asamblea Constituyente que redactaría la nueva Constitución y pilotaría la transición hasta la celebración de unas elecciones legislativas y presidenciales.

Aprovechando estas nuevas propuestas, también la ONU decidió plantear el denominado Plan Annan el 16 de marzo. Dicho plan de seis puntos se basaba en la iniciativa de la Liga Árabe antes mencionada y pretendía reducir la violencia y facilitar un diálogo entre el régimen y la oposición. El plan preveía la apertura de un proceso político basado en las aspiraciones y preocupaciones del pueblo sirio, el cese de todo tipo de violencia verificado por observadores de la ONU, garantías al acceso de la ayuda humanitaria, la liberación de los presos políticos encarcelados de forma arbitraria, el acceso de periodistas al país y el respeto de las autoridades a libertad de asociación y manifestación pacífica. El 30 de mayo fueron desplegados 278 observadores de la ONU con el objeto de supervisar el alto el fuego, pero el 16 de agosto el Consejo de Seguridad decidió no renovar la misión ante la intensificación de la violencia.

EL PROCESO DE GINEBRA

Sin duda, la iniciativa más ambiciosa fue la planteada en la Conferencia de Ginebra sobre Siria, celebrada el 30 de junio de 2012 a iniciativa de Estados

Unidos y Rusia y con la presencia de buena parte de los actores regionales involucrados en la crisis, a excepción de Irán. Durante dicha cumbre se aprobó un plan de transición que preveía la formación de un gobierno de unidad con figuras de la oposición y miembros del régimen “sobre la base de un consentimiento mutuo”, cuyo primer ministro dispondría de plenos poderes ejecutivos. Además, fijó un calendario para la redacción de una nueva Constitución y la convocatoria de elecciones legislativas y presidenciales en el plazo de 18 meses. En lo que respectaba al futuro de Bashar al-Asad se apostó por la “ambigüedad constructiva”, ya que en ningún momento se especificó si podría ser parte de la solución o era precisamente el principal escollo para la aplicación de dicho plan.

Ante esta propuesta, el vicepresidente Faruq al-Sharaa, al que muchos situaban al frente de un eventual gobierno de transición, señaló el 17 de diciembre de 2012 al diario libanés *Al-Akhbar* que, a pesar de que el presidente al-Asad todavía confiaba en “obtener una victoria final antes de emprender el diálogo político... algunas personas en el Partido Baaz y en las Fuerzas Armadas han creído desde el inicio de la crisis, y todavía lo siguen haciendo, que no hay alternativa a la solución política y que no puede haber un retorno al pasado”. La mera posibilidad de que la comunidad internacional comenzase a manejar nombres de posibles recambios presidenciales fue respondida de manera tajante por el régimen, que decidió apartar a al-Sharaa de su cargo y colocarlo bajo detención administrativa.

La segunda Conferencia de Ginebra se desarrolló entre el 22 y el 24 de enero de 2014. Después de un año aciago en el que el ISIS se hizo prácticamente con toda la cuenca del Éufrates y el régimen intensificó su estrategia de tierra quemada, las potencias internacionales decidieron presionar a sus respectivos aliados para que retornaran a la mesa de negociaciones. Demasiado tiempo si tenemos en cuenta el nivel de devastación alcanzado y la magnitud de la catástrofe humanitaria. Muchos interpretaron que la creciente fatiga del régimen y de los grupos rebeldes tras cuatro años de guerra podría abrir una ventana de oportunidad si no para hallar una solución negociada, al menos para alcanzar acuerdos puntuales en torno a un alto el fuego y la interrupción de las hostilidades para garantizar la entrada de ayuda humanitaria.

En realidad, las transformaciones experimentadas sobre el terreno invalidaban la fórmula Ginebra I, ya que la distribución de fuerzas había cambiado de manera radical. En los meses previos a la conferencia, el régimen había recuperado parte del terreno perdido en la primera fase de la contienda, lo que le

sirvió para reforzar su cohesión y para estar en una posición de fuerza frente a una oposición cada vez más atomizada, que no parecía estar en condiciones de imponer sus condiciones en unas eventuales negociaciones ni, mucho menos, exigir la salida de Bashar como condición de un eventual acuerdo. Por último, el avance del ISIS añadía un nuevo elemento a la ecuación siria que no se podía ignorar. A partir de 2014, la mayor preocupación de la comunidad internacional fue combatir al califato yihadista y no desalojar a Bashar al-Asad del poder.

Las conversaciones de Ginebra II se interrumpieron de manera abrupta. Debe tenerse en cuenta que los contendientes acudieron a la mesa de negociaciones forzados por la presión internacional, pero sin la menor voluntad política de alcanzar un compromiso que cerrase el ciclo de violencia. De hecho, el régimen acompañó la apertura de las negociaciones con una ofensiva contra las posiciones rebeldes en Aleppo, lo que echó por tierra los esfuerzos del enviado de la ONU, Staffan de Mistura, destinados a crear un clima de confianza entre las partes.

A principios de 2015 se dieron varios intentos de retomar el diálogo. Entre el 26 y el 29 de enero de 2015, Rusia convocó en Moscú al régimen y a diversos grupos de la oposición tolerada, como el troskista Partido de la Voluntad del Pueblo o el marxista PYD. En una entrevista publicada por *Foreign Affairs* en su número de marzo-abril de 2015, el presidente al-Asad dejó muy claro qué es lo que entendía por oposición: “La oposición tiene que ser nacional y trabajar en interés del pueblo sirio. No puede ser oposición si es una marioneta de Qatar o Arabia Saudí o de cualquier país occidental, incluido Estados Unidos, o es pagada por el extranjero. Debería ser siria: de hecho, contamos con una oposición doméstica”.

El encuentro de Moscú se cerró con un acuerdo de mínimos: un documento de 11 puntos en el que se reafirmaba la soberanía de Siria y su integridad territorial y se apoyaba una negociación basada en el marco establecido en Ginebra I y en el principio de no injerencia de las potencias extranjeras. También se pedía la liberación de los presos políticos y la entrada de ayuda humanitaria, así como el establecimiento de una Comisión de Derechos Humanos para investigar las violaciones registradas durante la guerra. Por último, se demandó el fin de la ocupación israelí del Golán. Los participantes también respaldaron una nueva conferencia internacional con la presencia de todas las potencias regionales, incluida Irán, que previamente había sido excluida de Ginebra I y II.

Acuciados por el avance del ISIS y la crisis de los refugiados, Estados Unidos, Rusia, Arabia Saudí, Irán y Turquía, así como los representantes de la

ONU, Staffan de Mistura, y de la Unión Europea, Federica Mogherini, decidieron abrir un canal de negociación en Viena a finales de octubre de 2015. La hoja de ruta que plantearon no fue demasiado imaginativa, pues se trataba de recuperar, por enésima vez, el plan de transición planteado en Ginebra en 2012 y basado en la formación de un gobierno de unidad nacional, la redacción de una nueva Constitución y la convocatoria de elecciones legislativas y presidenciales en un plazo de 18 meses.

El 14 de noviembre, un día después de la masacre de París, el Grupo Internacional de Acción para Siria reunido en Viena subrayó “la urgente necesidad de poner fin a los sufrimientos del pueblo sirio, a la destrucción del país, a la desestabilización de la región y al aumento del número de terroristas participantes en acciones bélicas”. Para interrumpir la guerra, dicho grupo consideraba imprescindible ligar el alto el fuego y el proceso de transición política. También se acordó que las organizaciones humanitarias pudieran acceder a la totalidad del territorio sirio y, sobre todo, a las zonas bajo asedio. El ISIS y el Frente al-Nusra, así como “otros grupos terroristas a determinar”, quedarían excluidos del alto el fuego. También se hizo un llamamiento a que las partes del conflicto tomaran parte en la Conferencia de Ginebra III una vez que se comprometieran a aceptar la integridad territorial del país, el carácter laico del sistema político y la pluralidad étnica-religiosa de la sociedad siria. El 23 de diciembre el Consejo de Seguridad aprobó la resolución 2.254 que respaldaba las propuestas de Viena.

Finalmente, la Conferencia de Ginebra III dio comienzo el 1 de febrero de 2016 y se interrumpió dos días más tarde ante la ausencia de avances. El Alto Comité Negociador, que había sido creado en diciembre en Riad con el fin de aproximar las posiciones de la oposición política y las milicias armadas, intentó sin éxito condicionar su presencia a un alto el fuego en todos los frentes, al levantamiento del asedio sobre una docena de poblaciones, a la liberación de los presos políticos y a la apertura de corredores humanitarios para aliviar el sufrimiento de la población civil. A pesar de que el régimen no aceptó ninguna de estas condiciones, la oposición se vio forzada a acudir a Ginebra por la presión conjunta de Estados Unidos y sus patrocinadores.

Por otra parte, el régimen se encontraba en una posición de fuerza tras la intervención rusa, por lo que se mostraba renuente a negociar con la oposición. Siguiendo su estrategia obstruccionista, Bashar al-Asad intentó que Ahrar al-Sham fuera declarado grupo terrorista y, en consecuencia, fuera excluido de las negociaciones, al igual que el Frente al-Nusra y el ISIS. En la citada entrevista a

El País, el presidente sirio hacía la siguiente lectura del fracaso de las negociaciones: “En Ginebra se suponía que había una mezcla. Por un lado, terroristas y extremistas que se han formado en Arabia Saudí, algunos de los cuales pertenecen a al-Qaeda. Otra parte son opositores que viven en el exilio o dentro de Siria. Podemos negociar con esta otra parte, con los sirios patrióticos vinculados con su país, pero sin lugar a dudas no podemos negociar con los terroristas, y por ello fracasó la conferencia”.

Confiar que los graves problemas de Siria se resolverían con la celebración de unas elecciones no solo era poco realista, sino también cínico. Nadie explicó cómo se desarrollarían unos comicios en plena guerra con dos terceras partes de la población convertidas en desplazados o refugiados ni quién garantizaría la limpieza del proceso electoral, sobre todo si tenemos en cuenta los precedentes de un régimen autoritario que ha perseguido hasta la extenuación cualquier disidencia en los últimos cincuenta años. Tampoco la pujanza de las fuerzas salafistas y yihadistas era un buen indicador, puesto que dichos grupos contemplaban la democracia como una herejía que debe extirparse de raíz y las elecciones no entraban dentro de sus planes.

A pesar de que el marco de Ginebra había quedado superado por los acontecimientos, la comunidad internacional siguió aferrándose a él con uñas y dientes como si fuera la única tabla de salvación que podría impedir la balcanización de Siria entre el régimen, los diferentes grupos rebeldes, los *peshmerga* kurdos y las fuerzas yihadistas. Este planteamiento ponía de relieve su rotundo fracaso a la hora de abordar la guerra siria, basado en la gestión de la crisis en lugar de la resolución del conflicto y la intervención humanitaria. Hoy en día, los países occidentales parecen haberse resignado al cuanto peor mejor y carecen de una hoja de ruta creíble para poner fin a las hostilidades y poner fin a la catástrofe humanitaria.

Si algo se echa en falta en todas las iniciativas de paz presentadas hasta el momento es que todas ellas pasan por alto la situación de los derechos humanos. Como es sabido, los civiles son las principales víctimas de todas las guerras y el caso de Siria no es una excepción. Por eso es tan necesario que todos aquellos que hayan violado el Derecho Internacional y el Derecho Internacional Humanitario rindan cuentas por los crímenes de guerra y de lesa humanidad que hayan perpetrado ante la Corte Penal Internacional. Como señalara el abogado Anuar al-Bunni en un encuentro celebrado en Madrid el 11 de diciembre de 2015: “Cualquier solución política que no juzgue a los responsables de los crímenes de guerra y de lesa humanidad está condenada al fracaso y es, además,

una invitación a seguir perpetrando crímenes en el futuro”.

Glosario terminológico

alauí: seguidor de una corriente heterodoxa del islam chií. También conocidos como nusairíes, a principios del siglo XX adoptaron el término alauíes para enfatizar su adscripción al chiísmo duodecimano. Hoy en día representan un 11 por ciento de la población siria. Sus orígenes se remontan al siglo IX, cuando Ibn Nusayr se proclamó profeta afirmando haber recibido de al-Hasan al-Askari, onceavo imán chií, una doctrina secreta que, desde su ocultación, es transmitida de generación en generación. A mediados del siglo X, el credo se extendió por la Montaña alauí. Los sultanes mamelucos y otomanos intentaron convertirlos al sunnismo sin éxito. Algunas de sus doctrinas chocan con la ortodoxia sunní, en especial su creencia en la trasmigración de las almas.

druso: fiel de una religión sincrética emparentada con el islam chií, que también incorpora elementos judíos, cristianos, neoplatónicos e hindúes. Los drusos, o unitarios como prefieren denominarse, creen en la existencia de un Intelecto Activo que rige el orden cósmico. Creen también en la metempsicosis y que las reencarnaciones cesarán cuando retorne el imán oculto para instaurar la justicia universal. Tradicionalmente han vivido en lugares aislados y lejos de los centros urbanos sunníes. En la actualidad, los drusos representan un 3,5 por ciento de la población siria.

ismaelí: rama del islam chií septimano que profesa cerca de un 1,5 por ciento de la población siria concentrada en la zona de Salamiya. Según sus creencias, de origen neoplatónico, Dios es un principio más allá de la comprensión humana. Los ismaelíes distinguen entre los aspectos exotéricos de la religión, es decir, el significado comúnmente aceptado de las escrituras, y los esotéricos, las verdades inmutables a las que solo se puede acceder gracias a la interpretación cabalística de cifras y letras de los textos sagrados. Durante las épocas mameluca y otomana, los ismaelíes tuvieron que hacer frente al pago de un tributo especial al

no ser considerados parte del islam.

mujabarat: denominación que hace referencia a los diversos servicios de inteligencia sirios, cuyas ramas más importantes son la Dirección General de Seguridad, la Inteligencia Militar, la Inteligencia Aérea, la Seguridad Política y la Policía Militar.

peshmerga: expresión que literalmente significa “aquellos que se enfrentan a la muerte” y sirve para denominar a los combatientes kurdos, responsables de defender Rojava, el Kurdistán sirio, compuesto por los enclaves de Afrin, Kobane y la Yazira.

salafismo wahabí: corriente religiosa que aboga por el retorno a un islam rigorista y puritano basada en la interpretación literal de los textos sagrados. Además, subrayan la unicidad de Dios, se oponen al politeísmo y consideran el Corán y la Sunna como las únicas fuentes válidas de legislación. Los wahabíes pretenden cambiar la sociedad por medio de la predicación o *dawa*. Consideran la época de Mahoma y los califas bien guiados como una etapa modélica a restaurar y ven como herética cualquier desviación, especialmente la corriente chií (a los que tacha de *rafidun* o renegados) y el islam popular.

shabbiha: literalmente significa “fantasmas” y es un término empleado originalmente para referirse a los grupos creados por la familia Asad y sus aliados para gestionar el contrabando de tabaco, drogas y productos de lujo entre Líbano y Siria durante los años de ocupación militar. Tras el estallido de la revolución fueron empleados para reprimir las manifestaciones y lanzar operaciones de castigo contra las poblaciones alzadas.

sharía: conjunto de normas y principios religiosos que regulan la vida de los musulmanes. Se extrae principalmente del Corán y los dichos y hechos del profeta que se conocen con el nombre de hadices y componen un vasto corpus jurídico que fue desarrollado durante un milenio. Técnicamente, la *sharía* debe ser administrada y aplicada por las autoridades religiosas y está supeditada al *qanún* o ley civil, por lo que su aplicación real en mundo islámico actual ha estado restringida a contados países (entre ellos, Arabia Saudí e Irán). La única parcela del derecho donde la *sharía* ha quedado prácticamente inalterada es el derecho de familia o los códigos de estatuto personal (que, entre otras cosas,

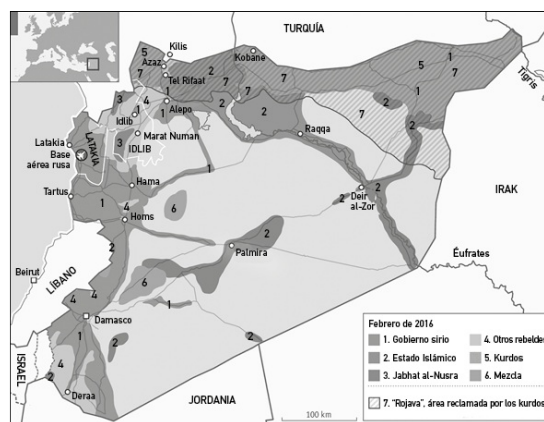
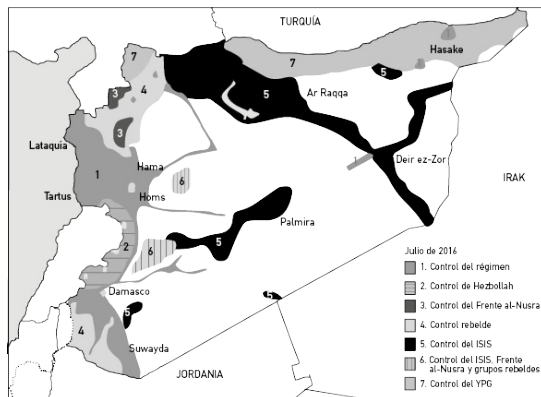
regulan en buena parte los derechos de la mujer).

takfir: acto, declaración o sentencia mediante el cual una autoridad o comunidad musulmana declara que otros musulmanes han dejado de serlo, esto es, que se han vuelto apóstatas o infieles, y por lo tanto merecen la muerte. Técnicamente, el *takfir* es una figura jurídica compleja que necesita de minuciosos requisitos para ser pronunciada y ejecutada, pero que forma parte esencial del ideario de los grupos yihadistas: declarar unilateralmente a otros correligionarios como no musulmanes o infieles para justificar su posterior asesinato. La figura del *takfir* no aparece en el Corán.

yihad: literalmente significa en árabe “esfuerzo” religioso. En la doctrina clásica implica fundamentalmente la defensa de las tierras islámicas en caso de que estas sean atacadas por un invasor. Sin embargo, el concepto ha admitido en el islam contemporáneo diversidad de acepciones que, distorsionadas o no, resultan polémicas. Una de ellas —y quizás la más corriente cuando la utilizan los grupos yihadistas— es la de “acción armada” o “guerra santa” contra grupos o comunidades no musulmanas o musulmanas que hayan sido previamente declaradas infieles o apóstatas.

Anexos

Distribución de fuerzas sobre el terreno



Fuerzas rebeldes

GRUPOS ARMADOS EN EL FRENTE NORTE				
GRUPO	ZONA	COMBATIENTES	IDEOLOGÍA	ARMAS AVANZADAS
Ahrar al-Sham	Sur de Aleppo, Idlib, parte de Guta	10.000	Islamista	Si
Frente Norte (Brigadas Nur al-Din Zanki, Ejército de los Muyahidin,...)	Norte y ciudad de Aleppo	2.500	Islamista	Si
13ª División de Infantería	Idlib, Hama, Sur y ciudad de Aleppo	1.500	ELS	Si
División Sultan Murad	Norte y oeste de Aleppo	1.000	ELS	Si
División del Norte	Norte y este de Aleppo	1.000	ELS	Si
16ª División de Infantería	Ciudad de Aleppo	800	ELS	Si
Cuerpos del Sham	Idlib, Sur y este de Aleppo	800	Islamista	Si
Ejército de la Sunna	Norte de Aleppo	600	Islamista	No

GRUPOS ARMADOS EN SIRIA CENTRAL Y LA COSTA				
GRUPO	ZONA	COMBATIENTES	IDEOLOGÍA	ARMAS AVANZADAS
Ejército de la Victoria	Norte de Hama y áreas rurales de Lataquia	5.000	ELS	Si
Legión de Homs	Norte de Homs	1.000	ELS	Si
Centro de operaciones de Homs	Norte de Homs	800	ELS	No
Iª División Costera	Yabal al-Kurd	700	ELS	Si
IIª División Costera	Montaña turcomana	350	ELS	No

GRUPOS ARMADOS EN RIF DAMASCO				
GRUPO	ZONA	COMBATIENTES	IDEOLOGÍA	ARMAS AVANZADAS
Ejército del Islam	Centro de Rif Damasco	21.000	Islamista	Si
Ejército al-Fustat	Rif Damasco	5.000	Yihadista	No
Legión al-Rahman	Rif Damasco	3.500	Islamista moderado	Si
Aynad al-Sham	Daraya	1.800	ELS	No
Ejército de los Mártires del Islam	Daraya	1.500	ELS	No
Fuerzas del Mártir Ahmad al-Abdo	Qalamun oeste	1.300	ELS	Si
Ahrar al-Sham	Rif Damasco	750	Islamista	Si
Leones del Este de Siria	Qalamun oeste	750	ELS	Si
Nuevo Ejército Sirio	Puesto fronterizo de Tanf y desierto sirio	600	ELS	Si

GRUPOS ARMADOS EN EL FRENTE SUR

GRUPO	ZONA	COMBATIENTES	IDEOLOGÍA	ARMAS AVANZADAS
1 ^{er} Ejército	Anjil (Deraa)	4.500	ELS	Sí
Legión del 1 ^{er} Ejército	Dail (Deraa)	2.500	ELS	Sí
Leones de la Guerra	Al-Luyya (Deraa)	2.000	ELS	Sí
Ejército de Yarmuk	Taiba y Nuseib (Deraa)	1.800	ELS	Sí
Frente de los Rebeldes Sirios	Quneitra	1.000	ELS	Sí
Muhayirun wa Ansar	Al-Hirak, al-Sura (Deraa)	700	ELS	Sí
Pilar del Hauran	Busra (Deraa)	650	ELS	Sí
Brigada Falluya del Hauran	Naima (Deraa)	650	ELS	Sí
Ejército de Ababil	Jassim (Deraa)	400	ELS	Sí
División de la Libertad	Al-Hirak (Deraa)	400	ELS	No
Ejército de los Clanes	Frontera sirio-jordana	350	ELS	Sí

Fuente: Arab Center for Research and Policy Studies, Syria's Armed Uprising: The Status Quo, Policy Analysis Unit, julio de 2016.

Bibliografía

Para la preparación de este libro se ha recurrido a numerosas fuentes bibliográficas, siendo de especial valor los informes publicados en diversos *think tanks* internacionales como Carnegie Endowment for International Peace, Brookings Institution, International Crisis Group, Chatham House, SWP, Arab Reform Initiative, Quilliam Foundation, RAND Corporation, Swedish Institute of International Affairs, The Soufan Group o Institute for the Study of War, entre otros. También se ha seguido muy de cerca la evolución del conflicto en los medios de comunicación árabes y, especial, en periódicos de la región como *Al-Sharq al-Awsat*, *Al-Safir*, *Al-Nahar*, *Al-Akhbar* o *Al-Sharq*, así como los portales de Al-Jazeera y Al-Arabiyya. Buena parte de la información ha sido recabada por el autor en encuentros con analistas, opositores y refugiados sirios desarrollados en Líbano, Jordania, Egipto y Qatar en el curso de los últimos años.

Para la redacción de este libro el autor también ha recurrido, aprovechado y reelaborado parte de su producción sobre Siria publicada desde 2011, así como artículos aparecidos en diferentes medios de comunicación como *El País*, *El Correo* y *Cambio 16* y *think tanks* como la Fundación Alternativas, Real Instituto Elcano o Fundación CIDOB. Entre los capítulos y artículos cabe citar:

“La intifada siria: el ocaso de los Asad”, en I. Gutiérrez de Terán e I. Álvarez-Ossorio (eds.), *Informe sobre las revueltas árabes*, Madrid, Ediciones del Oriente y el Mediterráneo, 2011 (junto a Laura Ruiz de Elvira).

“Las paradojas del Islam político en Siria”, *Revista Cidob D’Afers Internationals*, nº 93-94, abril de 2011.

“Syria’s Struggling Civil Society”, *Middle East Quarterly*, vol. 19, nº 2, primavera de 2012.

“Le Conseil National Syrien: genèse, développement et défis”, *Maghreb Machrek*, nº 213, otoño de 2012.

“Las relaciones entre Siria e Israel: de ‘territorios por paz’ al ‘realineamiento estratégico’”, en L. Mesa (ed.), *Las relaciones exteriores de Siria*, México D.F., El Colegio de México, 2013.

- “The Syrian Ruling Elite and the Failure of the Repressive Trend”, en F. Izquierdo (ed.), *Political Regimes in the Arab World. Society and the Exercise of Power*, Londres, Routledge, 2013 (junto a I. Gutiérrez de Terán).
- “Evolution and Outlook of the Syrian Crisis”, *IEMed Mediterranean Yearbook*, 2013.
- “Los Hermanos Musulmanes en Siria: entre la confrontación y la concertación”, en F. Izquierdo (ed.), *El Islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución*, Barcelona, CIDOB, 2013 (junto a N. Ramírez).
- “[Guerra de agotamiento en Siria](#)”, *Política Exterior*, nº 164, 2015.
- “[El enroque autoritario del régimen sirio: de la revuelta popular a la guerra civil](#)”, *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 109, 2015.
- “El gran juego sirio. Irán Versus Arabia Saudí”, en I. Álvarez-Ossorio (ed.), *La Primavera Árabe revisitada. Reconfiguración del autoritarismo y recomposición del islamismo*, Pamplona, Aranzadi, 2015.
- “Las tres dimensiones de la crisis siria”, *Economía Exterior*, nº 71, 2016.
- “La fractura del campo islamista en el conflicto sirio”, en G. Conde (coord.), *Siria en el torbellino: insurrección, guerras y geopolítica*, México D.F., El Colegio de México, 2016.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AARTS, P. y VAN DUIJNE, J. (2009): “Saudi Arabia after U.S.-Iranian Détente: Left in the Lurch?”, *Middle East Policy*, vol. XVI, nº 3.
- ABU JAMAJEM (2013): “The Charter of the Syrian Islamic Front”, 29 de enero.
- AJAMI, F. (2012): *The Syrian Rebellion*, Standford, Hoover Press, 2012.
- AL-HAJ SALEH, Y. (2016): “La desnuda desgracia del mundo”, *CTXT*, 3 de septiembre.
- AMIRAH FERNÁNDEZ, H. y FERNÁNDEZ GÓMEZ, M. (2014-2015): “El Golfo y su creciente intervencionismo en Oriente Medio”, *Economía Exterior*, nº 71, invierno.
- AMNISTÍA INTERNACIONAL (2015): ‘*Left to Die Under Siege*’: War Crimes and Human Rights Abuses in Eastern Ghouta.
- (2015): ‘*Torture was my punishment*’: Abductions, torture and summary killings under armed group rule in Aleppo and Idleb.
- (2016): ‘*It breaks the human*’: Torture, disease and death in Syria’s prisons.
- (2016): *No Safe Refuge: Asylum-Seekers and Refugees Denied Effective*

Protection in Turkey.

- BAABOOD, A. (2014): "Gulf Countries and Arab Transitions: Role, Support and Effects", *IEMed Mediterranean Yearbook*.
- BADARO, S. A. (1987): *The Islamic Revolution of Syria (1978-1982). Class Relation, Sectarianism and Social-Political Culture in a National Progressive State*, tesis doctoral, The Ohio State University.
- BALANCHE, F. (2014): "Insurrection et contre-insurrection en Syrie", *Géoeconomic Maritime Review*, nº 2, primavera-verano.
- BECKER, P. (2013): "Syrian Muslim Brotherhood. Still a Crucial Actor", *SWP Comments*, nº 34, Wissenschaft und Politik / German Institute for International and Security Affairs, octubre.
- BENOTMAN, N. y BLAKE, R. (2013): *Jabhat al-Nusra: A Strategic Briefing*, Quilliam Foundation.
- BERTI, B. y GUZANSKY, Y. (2015): "Saudi Arabia's Foreign Policy on Iran and the Proxi War in Syria: Toward a New Chapter?", *Israel Journal of Foreign Affairs*, vol. 8, nº 3.
- BILADI (2013): *The Syrian Non Violent Movement. Perspectives from the Ground*.
- BOOTHROYD, M. (2016): "Self Organisation in the Syrian Revolution", *Socialist Project*, 14 de agosto.
- BURGAT, F. y CAILLET, R. (2013): "Une guérilla 'islamiste'? Les composantes idéologiques de la révolte armée", en F. Burgat y B. Poli (eds.), *Pas de printemps pour la Syrie*, París, La Découverte.
- CARRION, D. (2015): *Syrian Refugees in Jordan Confronting Difficult Truths*, Chatham House, Research Paper Middle East and North Africa Programme, septiembre.
- DAHI, O. (2011): "A Syrian drama: A Taxonomy of a Revolution", *Syria Comment*, 13 de agosto.
- DAZI-HÉNI, F. (2013): "Arabia Saudí contra Irán: un equilibrio regional de poder", *Awraq*, nº 8.
- DONATI, C. (2009): *L'exception syrienne, entre modernisation et résistance*, París, La Découverte.
- DIONIGI, F. (2016): *The Syrian Refugee Crisis in Lebanon. State Fragility and Social Resilience*, Londres, LSE Middle East Centre Paper Series.
- EHTESHAMI, A. (1997): *Syria and Iran: Middle Powers in a Penetrated Regional*, Londres, Routledge.
- ESPINOSA, J. y GARCÍA PRIETO, M. (2016): *Siria. El país de las almas rotas*,

Barcelona, Debate.

FINANCIAL ACTION TASK FORCE (2015): *Financing of the terrorist organisation Islamic State in Iraq and the Levant (ISIL)*.

GALIÉ, A. y YILDIZ, K. (2005): *Development in Syria: A Gender and Minority Perspective*, Londres, Kurdish Human Rights Project.

GAMBILL, G. C. (2004): "The Kurdish Reawakening in Syria", *Middle East Intelligence Bulletin*, abril.

GOODARZI, J. M. (2006): *Syria and Iran: Diplomatic Alliance and Power Politics in the Middle East*, Londres, I. B. Tauris.

GRESH, A. (2013): "Syria's Proxy War", *Le Monde Diplomatique*, julio.

HEYDEMANN, S. (1999): *Authoritarianism in Syria. Institutions and Social Conflict. 1946-1970*, Nueva York, Cornell University Press.

HEYDEMANN, S. y LEENDERS, R. (2013): *Middle East Authoritarianisms. Governance, Contestation and Regimen Resilience in Syria and Iran*, Standford, Standford University Press.

HUMAN RIGHTS WATCH (2010): *A Wasted Decade. Human Rights in Syria during Bashar al-Asad's First Ten Years in Power*.

— (2013): *If the Dead Could Speak: Mass Deaths and Torture in Syria's Detention Facilities*.

IÇDUYGU, A. (2015): *Syrian Refugees in Turkey. The Long Road Ahead*, Transatlantic Council on Migration, abril.

INTERNATIONAL CRISIS GROUP (2004): "Syria under Bashar (II): Domestic Policy Challenges", *Middle East Report*, nº 24, 11 de febrero.

— (2012): "Tentative Jihad: Syria's Fundamentalist Opposition", *Middle East Report*, nº 131, 12 de octubre.

— (2015): "Statement on a Syrian Policy Framework", 27 de abril.

IZQUIERDO, F. (ed.) (2013): *El islam político en el Mediterráneo. Radiografía de una evolución*, Barcelona, CIDOB/Bellaterra.

JENKINS, B. M. (2014): *The Dynamics of Syria's Civil War*, Santa Monica, RAND Corporation.

KAWAKIBI, S. (2007): *Political Islam in Syria*, CEPS Working Document, Centre for European Policy Studies, nº 270, junio.

KHATIB, L. (2014): "Qatar and the Recalibration of Power in the Gulf", Carnegie Middle East Center, 11 de septiembre.

KILO, M. (2011): "Na`m. La budda min hall siyasi", *Al-Safir*, 16 de abril.

— (2011): "Bi-saraha... `an al-hall al-amani", *Al-Safir*, 26 de abril.

KIRMANJ, S. (2015): "Gulf States: The Syrian Proxi War and the Question of

- Balance of Power”, *Ekurd Daily*, 3 de enero.
- KODMANI, B. y LEGRAND, F. (2013): *Empowering the Democratic Resistance in Syria*, París, Arab Reform Initiative.
- LANDIS, J. (2013): “Zahran Alloush: His Ideology and Beliefs”, *Syria Comment*, 15 de diciembre.
- LANDIS, J. y PACE, J. (2007): “The Syrian Opposition”, *The Washington Quarterly*, vol. 1, nº 30.
- LAWSON, F. (ed.) (2010): *Demystifying Syria*, Londres, Saqi.
- [LESCH, D. W.](#) (2005): *The New Lion of Damascus: Bashar Al-Asad and Modern Syria*, Yale, Yale University Press.
- LEVERETT, F. (2005): *Inheriting Syria. Bashar’s Trial by Fire*, Washington D.C., Brookings Institution Press.
- LUND, A. (2012): *Divided They Stand. An Overview of Syria’s Political Opposition Factions*, Bruselas, Foundation for European Progressive Studies.
- (2012): “Syrian Jihadism”, *Occasional Papers*, nº 13, Estocolmo, Swedish Institute of International Affairs.
- (2013): “Syria’s Salafi Insurgents: The Rise of the Syrian Islamic Front”, *Occasional Papers*, nº 17, Estocolmo, Swedish Institute of International Affairs.
- MAJED, Z. (2014): *Syrie, la révolution orpheline*, París, Actes Sud.
- MALKA, H. (2014): “Jihadi-Salafi Rebellion and the Crisis of Authority”, *Religious Radicalism After the Arab Uprisings*, Washington D.C., Center for Strategic and International Studies.
- MARTORELL, M. (2016): *Kurdos*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- MIKAIL, B. (2013): “Can the Syrian war be ended?”, *FRIDE Policy Briefing*, nº 167.
- NACHAWATI, L. (2016): *Cuando la revolución termine*, Madrid, Turpial.
- O’BAGY, E. (2012): “Jihad in Syria”, *Middle East Security Report*, Institute for the Study of War, septiembre.
- PACE, J. (2005): “Interview with Kamal al-Labwani”, *Syria Comment*, 2 de septiembre.
- PERTHES, V. (2004): *Syria under Bashar al-Asad: Modernisation and the Limits of Change*, Londres, Routledge.
- PHILLIPS, C. (2015): “Sectarianism and Conflict in Syria”, *Third World Quarterly*, vol. 36, nº 2.
- PICARD, E. (2005): “Syrie: la coalition autoritaire fait de la résistance”, *Politique Étrangère*, nº 4.

- PIERRET, T. y SELVIK, K. (2009): "Limits of 'Authoritarian Upgrading' in Syria: Private Welfare, Islamic Charities, and the Rise of the Zayd Movement", *International Journal of Middle East Studies*, nº 41.
- RAMÍREZ, N. (2012): "La revolución siria: orígenes, actores y procesos", *Sociología Histórica*, nº 1.
- (2013): "Kafrnabel... Esos de las pancartas", *Entretierras*, 20 de mayo.
- RASHEED, M. (2013): "Saudi Arabia's Domestic Sectarian Politics", *Policy Brief*, Oslo, Norwegian Peacebuilding Resource Centre, agosto.
- (2015): "Sectarianism as counter-revolution: Saudi responses to the Arab spring", *Studies in Ethnicity and Nationalism*, vol. 11, nº 3.
- RIEGER, R. (2014): "In Search of Stability: Saudi Arabia and the Arab Spring", *Gulf Research Center Papers*.
- RUIZ DE ELVIRA, L. (2010): "L'État syrien de Bachar al-Assad à l'épreuve des ONG depuis l'arrivée au pouvoir de Bachar al-Assad", *Maghreb-Machrek*, nº 203.
- (2011): "Siria: el largo camino hacia la revolución", *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, nº 10, enero-junio.
- RUIZ DE ELVIRA, L. y ZINTL, T. (2014): "The End of the Bathist Social Contract in Bashar al-Asad's Syria: Reading Sociopolitical Transformations through Charities and Broader Benevolent Activism", *International Journal of Middle East Studies*, vol. 46.
- SADEGHI-BOROUJERDI, E. (2014): *Salvaging the "Axis of Resistance," Preserving Strategic Depth. The Iranian Political Elite and Syria: Parallel Tracks with a Single Objective?* *Dirasat*, nº 1, Riad, King Faisal Center for Research and Islamic Studies, noviembre.
- SADJADPOUR, K. y BEN TALEBLU, B. (2015): "Iran in the Middle East: Leveraging Chaos", *FRIDE Policy Brief*, nº 202.
- SALEH, H. (2012): "The Kurdish Issue and Syria's Democracy", *Fikra Forum*, 20 de abril.
- SALEH, Y. H. (2016): "La desnuda desgracia del mundo", *CTXT*, 3 de septiembre.
- SATIK, N. y MAHMUD, K. (2013): "The Syrian Crisis: An Analysis of Neighboring Countries' Stances", *Policy Analysis*, Doha, Arab Center for Research and Policy Studies.
- SCHAMI, R. (2008): *El lado oscuro del amor*, Barcelona, Salamandra.
- SCHENKER, D. (2013): "Qaradawi and the Struggle for Sunni Islam", *Policy Watch*, nº 2.157, Washington D.C., The Washington Institute, 16 de octubre.

- SMYTH, P. (2015): *The Shiite Jihad in Syria and Its Regional Effects*, Washington D.C., The Washington Institute for Near East Policy.
- SOUFAN GROUP (2014): *Foreign Fighters in Syria*.
- SYRIAN CENTER FOR POLITICAL AND STRATEGIC STUDIES / SYRIAN EXPERT HOUSE (2013): *Syria Transition Roadmap*, Washington.
- SYRIAN NETWORK OF HUMAN RIGHTS (2016): *The Prolonged Pain*.
- SZMOLKA, I. (2012): “Factores desencadenantes y procesos de cambio político en el mundo árabe”, *Documentos Cidob Mediterráneo*, nº 19.
- TALHAMY, Y. (2012): “The Muslim Brotherhood Reborn”, *Middle East Quarterly*, vol. 19, nº 2.
- TAMIMI, A. J. (2013): “Jihad in Syria I”, *Syria Comment*, 20 de marzo.
- (2013): “The Islamic State of Iraq and al-Sham”, *Middle East Review of International Affairs*, 11 de diciembre.
- (2014): “The Dawn of the Islamic State of Iraq and al-Sham”, *Current Trends in Islamic Ideology*, Washington D.C., Hudson Institute.
- VELA, J. (2012): “Rebels Without a Clue. Why can’t the Syrian opposition get its act together?”, *Foreign Policy*, 31 de enero.
- VON MALTZAHN, N. (2013): *The Syria-Iran Axis: Cultural Diplomacy and International Relations in the Middle East*, Londres, IB Tauris.
- WALT, S. M. (1985): “Alliance Formation and the Balance of World Power”, *International Security*, vol. 9, nº 4.
- WIELAND, C. (2012): *A Decade of Lost Chances. Repression and Revolution from Damascus Spring to Arab Spring*, Seattle, Cune Press.
- YASSIN-KASSAB, Y. y AL-SHAMI, L. (2016): *Burning Country. Syrian in Revolution and War*, Londres, Pluto Press.
- YAZBEK, S. (2015): *La frontera. Memorias de mi destrozada Siria*, Barcelona, Stella Maris.
- ZEITUNE, R. (2013): “Why the West is Wrong on Syria?”, *Damascus Bureau*, 14 de octubre.
- ZIADEH, R. (2013): *Power and Policy in Syria. Intelligence Services, Foreigns Relations and Democracy in the Modern Middle East*, Nueva York, I. B. Tauris.

FUNDACIÓN ALTERNATIVAS

La FUNDACIÓN ALTERNATIVAS nació en 1997 con la voluntad de ser un cauce de reflexión político, social, económico y cultural en España y Europa, en el marco de una creciente globalización.

La Fundación se ha convertido en un lugar de encuentro, de discusión y elaboración de ideas y propuestas de vanguardia realizadas por un amplio Panel de expertos/as, y destinadas a partidos políticos, gobiernos, instituciones y otros actores económicos y sociales, así como a la ciudadanía en su conjunto, con la intención de que estos las incorporen a la toma de decisiones.

Las áreas de trabajo de la FUNDACIÓN ALTERNATIVAS abarcan todas las políticas públicas, tanto desde un enfoque nacional como europeo y global. Para ello cuenta con diferentes departamentos: el LABORATORIO DE ALTERNATIVAS, lugar desde donde se pretende impulsar la elaboración de propuestas rigurosas a cuestiones de políticas públicas que preocupan a los ciudadanos; el OBSERVATORIO DE POLÍTICA EXTERIOR ESPAÑOLA (OPEX), dedicado al análisis y elaboración de propuestas sobre política exterior y de seguridad española y europea, y el seguimiento de la misma en el marco europeo y global; ESTUDIOS DE PROGRESO, programa dirigido a jóvenes investigadores con el fin de que puedan aportar nuevas ideas y alternativas a los problemas contemporáneos; y el OBSERVATORIO DE CULTURA Y COMUNICACIÓN (OCC-FA), cuya finalidad es estudiar, analizar y plantear iniciativas en los sectores de cultura y comunicación, tanto en España y la Unión Europea como en Iberoamérica y en la comunidad hispana de Estados Unidos.